

Dios Padre

Meditaciones bíblicas

Colección «EL POZO DE SIQUEM»
63

Luis Alonso Schoekel, S.J.

DIOS PADRE

Meditaciones bíblicas

Editorial SAL TERRAE
Santander

Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-1124-6
Dep. Legal: BI-909-94

Fotocomposición:
Didot, S.A. - Bilbao
Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. - Bilbao

Índice

Prólogo

Nos encontramos con estos dos elementos: nuestra filiación de Dios como sustancia de la vida cristiana y los Ejercicios Espirituales como práctica intensiva de la misma. ¿Podemos conjugarlos?

Se diría que sí, porque, si la paternidad de Dios es el fundamento de nuestra nueva vida, la encontraremos en cualquier forma que la vivamos; muy especialmente en unos Ejercicios Espirituales.

Y se diría también que no, porque los Ejercicios de San Ignacio imponen una selección de materiales y un orden dinámico, mientras que la enseñanza sobre Dios Padre se encuentra esparcida a lo largo del Nuevo Testamento.

Al dilema responderá la práctica o un ensayo cauteloso, al cual se prestan personas de intensa vida espiritual que ya han hecho ejercicios varias veces, incluso anualmente. Para ellos la referencia ignaciana es inteligible aun en forma de alusión.

Al director le tocó simplemente aportar su experiencia para seleccionar y organizar textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Los textos eran tan ricos y tan atractivos que lo único que pedían era discreción en el comentario.

No fue difícil respetar hasta cierto punto el curso de las cuatro «semanas» tradicionales. Pero quedaba material abundante e importante que pareció conveniente reunir en un apartado. No es una «quinta semana», sino material para ser repartido oportunamente.

Ayudado por José Fernández de Pinedo, que registró y transcribió mis palabras, he intentado fijar por escrito, con mayor amplitud, aquella experiencia oral, viva, de unos Ejercicios predicados en Pedreña en 1993. Quizá por esa razón el estilo no sea lo suficientemente fluido.

Espero, de todos modos, que lo escrito reviva muchas veces en lectores y contempladores.

Roma,
en la fiesta de Todos los Santos de 1993

Saludo

Llegamos y entramos en el recinto material de una casa de ejercicios, en el recinto espiritual de un retiro, y nos sale a recibir Pablo con su saludo:

> «A todos los que Dios amó y llamó a ser consagrados, que se encuentran en Roma: Paz y gracia a vosotros de parte de Dios nuestro Padre y de Jesús, Mesías y Señor» (Rom 1,7).

Es un saludo que nos llega desde una distancia de siglos, pero que resulta constantemente actual. Como esa luz que partió de una estrella hace dos mil años y nos llega en esta noche: el inmenso espacio interplanetario hace a la estrella contemporánea nuestra con su luz. No menos luminoso y presente ha de sonar el saludo de Pablo.

Desde Grecia o desde Asia, Pablo, que acostumbra a salvar la distancia y a hacerse presente con sus cartas, aunque sea para pronunciar una sentencia (1 Co 5,3), envía su saludo a la comunidad de Roma, probablemente por vía marítima. Lanza la carta para que llegue a Roma, la capital del imperio; pero, como la flecha de Jonatán (1 Sm 20), va más allá del blanco y alcanza a cualquier punto de la cristiandad, incluido el lugar donde hoy nos reunimos. Porque también nosotros, como cristianos, estamos consagrados a Dios, que nos «amó y llamó»

eficazmente. Con esta conciencia, respondiendo a una llamada amorosa, llegamos y entramos.

El saludo es tradicional: la paz con que se saludan los hebreos, paz cabal con Dios y con los hombres; la gracia con que se saludan los griegos, que se eleva cristianamente a carisma. Pero lo más importante del saludo es su origen último: de parte de Dios nuestro Padre y de Jesús Mesías y Señor. El que nos amó y llamó y nos consagró por el Espíritu, es nuestro Padre Dios: su llamada es paterna; quiere manifestarnos y comunicarnos su amor; desea que en estos días nos sintamos en casa de manera más intensa; nos acoge para que vivamos la filiación. Su paternidad se nos comunica por Jesús, enviado como Mesías y con el título divino de «Señor».

Respondamos al saludo entrando confiados, dispuestos a vivir y sentir, más que a pensar, nuestra relación filial con Dios Padre.

Principio y fundamento

Nuestro principio y fundamento particular lo encontramos en dos textos paralelos: Mt 11,25-27 y Lc 10,21-22. Por su introducción narrativa, escojo la versión de Lucas:

> «En aquella ocasión, con el júbilo del Espíritu Santo, dijo: '¡Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, ocultando estas cosas a los entendidos, se las has revelado a los ignorantes! Sí, Padre, ésa ha sido tu elección. Todo me lo ha encomendado mi Padre. Nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo decida revelárselo'».

No es corriente en los evangelios sinópticos que Jesús haga confidencias. Nos dice una vez el narrador que Jesús se retiró a orar, pero no nos comunica el contenido de la oración. Jesús no habla mucho de sí mismo en los sinópticos. Por eso la presente efusión es más densa de significado y expresión. Jesús siente un gozo interno, desbordante, infundido por el Espíritu Santo. Pero no puede contenerlo y se desahoga en voz alta, traicionando su intimidad. Por un momento, ¡y qué momento!, nos invita a asomarnos a esa intimidad. En esos versos declara lo más hondo y lo más alto de su conciencia, la médula de su ser y de su misión: ser Hijo de Dios Padre.

Cuanto tiene Jesús, lo ha recibido del Padre, el cual posee toda sabiduría. Un conocimiento personal se nos comunica por revelación del Padre y del Hijo. Sólo el Hijo conoce y nos puede revelar la intimidad del Padre:

«Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único, Dios, que estaba al lado del Padre, lo ha explicado» (Jn 1,18). Moisés quiso ver a Dios y no pudo más que vislumbrar su espalda; es decir, ver cómo Dios desaparecía de su vista (Ex 33-34). Jesús, que goza de la intimidad del Padre, nos revela la intimidad divina. Como Job, conocemos a Dios de oídas (42,5-8); ahora se nos concede un encuentro. Conocer a Dios de oídas es necesario e importante, pero no basta. Conocer de oídas no es más que el trampolín para ser lanzados a una experiencia espiritual: la del conocimiento que el Padre tiene del Hijo, y el Hijo del Padre.

Nuestra primera exclamación, convertida en una especie de jaculatoria a lo largo de estos días, ha de ser: ¡Enséñanos al Padre! ¡Enséñanos al Hijo! Sólo a través de esa revelación entramos en la filiación divina y en la fraternidad con el Hijo, y ésa es la experiencia cristiana clave. Verdadero principio y fundamento. A menudo nos dedicamos a inculcar deberes y normas, mandatos y prohibiciones, cumplimientos y observancias —cosas buenas e importantes—, mientras nos olvidamos de la experiencia fundante. Hemos de estar sobre aviso para no conformarnos con un Dios conocido sólo de oídas. Job añadía: «Ahora te han visto mis ojos», y se refería a la experiencia personal.

La relación de conocimiento mutuo Hijo-Padre se nos comunica a través de la Palabra, transmisora de Espíritu: tiene carácter trinitario. El Padre nos presenta al Hijo en los momentos del Bautismo y la Transfiguración. El Hijo escucha esa palabra que se refiere a él y se dirige a nosotros. Al recibir Jesús ese testimonio,

revela que Dios es Padre. Al pronunciar el testimonio declarando que Jesús es su Hijo, Dios revela que es Padre. Cuando Pedro pronuncia su confesión, «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo», Jesús lo rubrica y explica: «no te lo ha revelado nadie de carne y sangre, sino mi Padre del cielo» (Mt 16,16-17).

Al conocer y aceptar ese testimonio, se le ilumina al hombre, al cristiano, su verdadera naturaleza y destino: «a los que la recibieron los hizo capaces de ser hijos de Dios» (Jn 1,12). Por eso hablamos de principio y fundamento.

Un principio y fundamento también de todo apostolado, como nos hace comprender Pablo en Gal 1,15-16:

> «...cuando el que me apartó desde el vientre materno y me llamó por puro favor, tuvo a bien revelarme a su Hijo para que yo lo anunciara a los paganos».

¿Hasta qué punto, Dios mío, te conozco sólo de oídas? No basta que otros me hablen, ni que yo por mi cuenta me esfuerce por convencerme. En lo íntimo de mi conciencia, necesito escuchar tu testimonio insustituible. Cuando leo el evangelio, que suene dentro de mí tu voz inconfundible. Yo sé que, si me das a conocer a tu Hijo, me atraerás a él, y que nadie puede acudir a él si tú no lo arrastras (Jn 6,44). Jesús, hermano mío mayor, hazme sentir que Dios es tu Padre y que yo estoy llamado a ser hijo de Dios.

«Si alguno no lo entiende, porque yo no lo dije como es debido, perdone mi fragilidad y suplique a la bondad de Dios. Pues llevamos dentro a Cristo como maestro. Si algo no lográis entender por mi voz y vuestro oído, dirigíos internamente al que me enseña lo que yo digo y os suministra a vosotros como le parece bien» (Agustín, *Homilías sobre el evangelio de Juan*, XX,3).

La acción del Espíritu

Falta algo esencial a nuestro principio y fundamento, y es que no podemos comprender la relación entre el Padre y el Hijo si el Espíritu no nos introduce en ella.

> «A nosotros nos lo ha revelado Dios por medio del Espíritu: pues el Espíritu lo explora todo, incluso las profundidades de Dios. ¿Qué hombre conoce lo propio del hombre sino el espíritu del hombre dentro de él? Del mismo modo, nadie conoce lo propio de Dios si no es el Espíritu de Dios. Ahora bien, nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, que nos hace comprender los dones que Dios nos ha hecho.
>
> Exponemos esto no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino enseñadas por el Espíritu, exponiendo las cosas espirituales en términos espirituales. Un simple hombre no acepta lo que procede del Espíritu de Dios, pues le parece locura; y no puede entenderlo, porque sólo se discierne espiritualmente. En cambio, el hombre espiritual lo discierne todo y no se somete a discernimiento ajeno. ¿Quién conoce la mente del Señor para darle lecciones? Pero nosotros poseemos la mentalidad de Cristo» (1 Co 2,10-16).

Nos encontramos ante un texto fundamental para entender lo que es la inspiración, la revelación y la herme-

néutica de la palabra inspirada. Un texto —y esto es aún más importante para nosotros— sumamente rico para centrar nuestra oración y contemplación en la perspectiva de la conciencia, enigma que vivimos y desarrollamos día a día.

La conciencia es fundamentalmente presencia a sí mismo. Los seres materiales están unos junto a otros por los cuatro costados; las partes de un cuerpo están yuxtapuestas en el espacio, cada una fuera de la otra y contigua a ella. No están presentes a sí mismas. Se da una presencia de algo a algo o a alguien; siempre se dan dos elementos. El misterio de nuestra conciencia es ser presentes a nosotros mismos. El enigma consiste en la autopresencia: sujeto y complemento son idénticos. El animal conoce y reconoce por lo que llamamos «instinto», sin acabar de explicarlo; pero no es consciente de su conocimiento. Nuestra conciencia acompaña a nuestra actividad: somos conscientes de nuestro pensar y querer, de nuestro mundo afectivo y emotivo, y por eso decimos que sentimos. La autopresencia se traduce después en posesión de sí, intelectual, volitiva, libre. Nuestra conciencia puede además manifestarse a otros seres conscientes que sintonizan con nosotros.

Algo parecido sucede con el Espíritu de Dios. Es como si fuera la conciencia de Dios, presente a sí y capaz de comunicarse a un ser al que, a su vez, ha creado capaz de recibir la comunicación. La cual es realizada por el Espíritu, y el hombre ha de sintonizar con él. Pablo, con sus palabras «espirituales», es el mediador autorizado.

A veces parece que nuestra conciencia se desdobla en un proceso extraño, que puede ser observado por introspección. Así, en el salmo 41-42, donde el orante interpela a su alma: «¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué estás gimiendo? Espera en Dios». Uno habla

consigo como si fueran dos interlocutores, cuando en realidad es uno solo. La conciencia que los desdobla los unifica. En esa zona enigmática puede insinuarse el Espíritu, como poniéndose de parte de uno de los dos interlocutores. Pablo conoce esa división y aun lucha interior. En la carta a los Romanos leemos:

> «La conciencia aporta su testimonio, y los razonamientos dialogan defendiendo o acusando» (2,15).

En el capítulo 7 describe la lucha interior y siente la presencia de dos principios antagónicos: Pecado y Gracia.

Ahora bien, hay una o varias zonas de nuestra existencia que se sustraen a la conciencia. Ante todo, la mayoría de nuestros procesos biológicos. Si todos fueran conscientes, nos distraerían de ocupaciones más importantes. Cuando algo no funciona en esos procesos, llama a la conciencia en forma de dolor, de malestar. Pero también el bienestar puede hacerse sentir en la cenestesia. Además, tenemos recursos para observar algunos procesos, por ejemplo, cuando nos tomamos el pulso.

En segundo lugar, hay toda una zona que llamamos hoy «subconsciente», como si estuviera situada en un nivel subterráneo, no iluminado por la conciencia. Los hebreos, sin saber psicología moderna, imaginaban que conocimientos e informaciones se almacenaban en las «cámaras del vientre» y desde allí «subían» al corazón, es decir, a la conciencia. Decían que Dios conoce hasta lo más profundo y recóndito: corazón y riñones y el resto.

Nuestro mundo subconsciente está ahí, sumergido. Lo reprimimos, lo sublimamos, con él hacemos trampas o jugamos. A veces aflora, enmascarado en símbolos o patente. Está en potencia capaz de hacerse actual.

Trasladando el esquema a nuestra relación con Dios, imaginemos que en nuestro subconsciente, en lo hondo de nuestro ser, llevamos grabado el recuerdo de Dios: nuestra trascendencia esencial que puede manifestarse como ansia de Dios; ansia a veces traducida en formas que intentan encubrirla, a veces dirigida a otros objetos ajenos. Imaginemos que en esa hondura «habita» el Espíritu y que desde ahí aflora a nuestra conciencia para revelarnos y hacernos sentir que somos hijos de Dios. La revelación del Hijo por el Padre, del Padre por el Hijo, se consuma en nosotros por la acción del Espíritu. Nuestro principio y fundamento es trinitario.

Otra dimensión de la conciencia es la necesidad y capacidad de comunicación, ya que el hombre es por constitución ser social. Dios no crea un hombre solo, lo crea hombre y mujer. En esa dualidad primordial se expresa la condición de apertura y complementariedad. Donde hay dos conciencias, hay búsqueda de comunicación. Pero lo más grande de esta condición humana es que seamos capaces de comunicarnos conscientemente con Dios.

Con todo, sabemos por experiencia, dichosa o dolorosa, que reservamos zonas impenetrables a la comunicación. Porque no queremos o porque no podemos comunicar; porque hay zonas que apenas nosotros mismos conocemos. «Conoce el corazón su propia amargura, y en su gozo no se mezcla el extraño» (Prov 14,10).

Estas cosas las sabemos y constatamos, pero apenas nos fijamos en ellas. Alguna vez conviene detenerse a observarlas, porque de ese nivel «fundamental» arranca nuestra experiencia y comunicación con Dios. A ello se refiere San Pablo en el verso 10 del texto citado. El hombre está llamado a entrar en la profundidad de Dios partiendo de su propia profundidad. «Fundamento» es

de la misma raíz que hondo, pro-fundo. Hay un fundamento de nuestra existencia que no ponemos nosotros; podemos, sí, reflexionar sobre él. En ese fundamento estriba nuestro destino de ser hijos de Dios, o quizá ese destino sublime sea nuestro fundamento.

Meditemos sobre ello con la luz del Espíritu. «Ven, Espíritu Santo, y envía desde el cielo un rayo de tu luz. Oh luz felicísima, llena lo más íntimo del corazón de tus fieles».

Volvamos al texto de Pablo. Hay en Dios una hondura insondable:

> «¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y prudencia el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones, qué irrastreables sus caminos!» (Rom 11,33).

¿Quién conoce esa hondura? La conciencia de Dios, el Espíritu de Dios. Hablar del Espíritu divino es difícil. Llegamos a sentirlo en nosotros y en sus efectos, pero no logramos precisar su perfil. La teología del Espíritu Santo es quizá el capítulo más difícil. Pablo nos lo presenta aquí como una conciencia, como una presencia interior de Dios. Claro está que en Dios no hay desdoblamiento, pero sí comunicación total. Sólo el Espíritu, que está presente y es como una presencia, puede hacernos vislumbrar esa hondura divina, según nuestra capacidad y disposición de recibir. Además, el Espíritu va ensanchando nuestra capacidad o afinando nuestra visión.

El Espíritu conoce desde dentro la paternidad divina y la filiación divina y también nuestra fraternidad divina con el Hijo, y nos la revela haciéndola presente a nuestra conciencia. Por esa acción Dios se comunica a nuestra conciencia, también como Padre, ya que nuestro destino de ser hijos de Dios, es parte del «abismo de sabiduría de Dios».

Hay una conciencia incapaz de recibir dicha comunicación, nos dice Pablo: es el «espíritu o mentalidad del mundo». Es la visión del hombre que, de hecho, se cierra a la trascendencia y, de ese modo, no permite que penetre la revelación.

El Espíritu, presente en los bautizados, actúa sin que nos demos cuenta siquiera. A veces su acción se hace consciente, pero aun entonces tiene sus modos y caminos inaccesibles al hombre, porque «el Espíritu es sutil, multiforme, penetrante, ágil, y lo conoce todo» (Sab 7,22). Su comunicación no es puramente intelectual: más que un saber, es un «sentir internamente». Sentir es un modo de percibir humano más rico que el mero conocer. No bastan los tratados teológicos, de indudable utilidad, que nos permiten «conocer de oídas». En rigor, las diferentes teologías son válidas si parten del sentir del corazón y conducen a él. Decimos: me siento mal, me siento bien, me siento a gusto, me siento abatido, animoso... ¡Dios mío!, que pueda decir de veras: me siento hijo de Dios, hermano de su Hijo. «¡Oh, quién podrá sanarme! Acaba de entregarte ya de vero. No quieras enviarme de hoy ya más mensajero, que no me hacen sentirte como quiero».

Nuestro orar será clamar al Padre para que nos revele al Hijo y gritar al Hijo para que nos muestre al Padre. Orar será expresar nuestra ansia de asomarnos a la comunicación misteriosa del Padre y del Hijo, para participar de ella según nuestra capacidad. «Y aunque no sabemos pedir como es debido, el Espíritu mismo intercede con nuestros gemidos inarticulados (con gemidos inefables)» (Rom 8,26).

No sólo orar; también contemplar, que no es simple conocer intelectual. Podemos saberlo todo y no comprender nada. Contemplar es sentir en nosotros la acción

del Espíritu y abrirnos al misterio de Dios para que crezca en nosotros la conciencia de hijos de Dios.

Se da también una comunicación del Espíritu por el lenguaje, porque es una manera humana de conocer y comprender. El lenguaje que aprendemos nos suministra un sistema flexiblemente orgánico de conceptos e imágenes que nos sirven para pensar y comprender. Es el medio de comunicación más rico y diferenciado. Por eso se vale de él el Espíritu para comunicarnos la hondura de Dios.

Pero ¿cómo es posible que el abismo de Dios se ahorme a nuestra realidad tan limitada? No sabemos cómo, pero la revelación nos dice que es así: que se nos comunica en un lenguaje humano, en un lenguaje inspirado. El idioma que usa Pablo como mediador no es un idioma diverso de las restantes idiomas humanos; en semejante hipótesis, no serviría para comunicar. Pablo echa mano del griego, que conoce bastante bien, incorpora muchos elementos del Antiguo Testamento y utiliza recursos de la retórica griega y técnicas rabínicas. Pero no le sirve el lenguaje de la mitología ni le basta el de los filósofos. Pablo quiere que su lenguaje brote bajo la presión del Espíritu, de manera que resulte transmisor proporcionado al mensaje. Que el misterio inefable se haga en él palabra articulada.

El tema espiritual, que es la hondura de Dios, y el lenguaje espiritual, que anima el Espíritu, buscan como destinatarios a hombres espirituales. O sea, hombres sintonizados con el Espíritu, que habita y actúa en ellos. Para que acojamos la palabra de Dios como es, no como simple palabra humana, nos tiene que disponer quien la inspiró. Ésta es la hermenéutica de Pablo, que incluye: tema, autor (humano inspirado), lenguaje y receptor.

La finalidad de la palabra inspirada es poner al hombre en comunicación con Dios. Es como una barca

que nos introduce en el océano del misterio de Dios. En esa hondura abismal percibimos la paternidad y filiación divina, principio y fundamento de nuestra oración y contemplación.

El hombre guiado por el Espíritu es capaz de discernir, es decir, de distinguir y apreciar en su valor relativo las realidades, la espiritual frente a la puramente humana. A quien se queda en el nivel puramente humano le falta el parámetro para discernir y apreciar lo que queda fuera de su alcance. Sin embargo, ese hombre pretende enjuiciar y condenar al espiritual, a quien no puede comprender. Pero el espiritual no se somete a un discernimiento regido por semejantes criterios. El misterio de Dios no es reductible a un sistema de categorías simplemente humanas, filosóficas o teológicas.

Pablo habla de una «sabiduría de Dios misteriosa»: la que él predica respetando el misterio (1 Co 2,7). Nuestra teología debe respetar el misterio, al que se asoma la contemplación. Como uno que conduce el coche por una carretera firme, al borde de un abismo. El abismo de Dios relativiza nuestros conceptos humanos; nos servimos de analogías metafísicas o de símbolos poéticos. El número «tres» que enunciamos de la Trinidad no es unívocamente el «tres» de nuestros objetos (tres manzanas o tres sillas). Aritmética y geometría pertenecen al mundo creado; sólo por analogía las usamos para hablar de Dios.

Nosotros hemos asimilado, en parte, la mentalidad de Cristo, que es mentalidad de Hijo del Padre. Poseyéndola, sintonizamos con el misterio de la paternidad divina. «Quien me ve a mí, ve al Padre», dice Jesús (Jn 14,9): quien lo ve como Hijo, se entiende; quien cree que Jesús está en el Padre, y el Padre en él. La mentalidad de Cristo también la vamos asimilando en la contemplación. Revisemos, pues, nuestros modos de

orar y de escuchar la palabra. Sólo es válida una contemplación en la que el protagonista sea el Espíritu. Vamos a repetir el principio y fundamento de nuestra vida cristiana: «Nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo decida revelárselo» (Lc 10,22). «Si me conocierais a mi, conoceríais también al Padre... Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí» (Jn 14,7.9-10).

I
Dios Padre en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento, Dios se presenta como Padre del pueblo, no del individuo. La única excepción es el rey, que representa a la comunidad. Equivalente al pueblo puede ser el plural «hijos». Muy tarde, a principios del siglo II a.C., Jesús Ben Sira, el autor del *Eclesiástico*, invoca dos veces a Dios como Padre: (23,1) «Señor, Padre y dueño de mi vida»; (51,10) «Invoqué al Señor: Tú eres mi Padre». El singular *rey* y el colectivo *pueblo* pueden prefigurar la situación del Nuevo Testamento, en el que *Jesucristo* es el singular, y la *Iglesia* el colectivo: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre». Teniendo en cuenta dicha relación, dedicaremos algunas meditaciones a textos escogidos del Antiguo Testamento.

Empezamos por un texto del *Deuteronomio* dedicado a tabúes y otras observancias. Comienza así:

> «Hijos sois del Señor vuestro Dios... Eres un pueblo consagrado al Señor tu Dios; el Señor te ha elegido entre todos los pueblos de la tierra como pueblo de su propiedad» (14,1-2).

Se trata de una declaración programática en la que se reúne una constelación de temas teológicos: la elección,

la consagración, la consiguiente apropiación y la filiación, que implícitamente es una adopción. En la carta a los *Romanos*, reflexionando sobre el destino de sus paisanos, reconoce Pablo esta filiación colectiva. Lógicamente, Pablo lo contempla a la luz del Mesías. Leamos todo el texto:

> «Siento una pena muy grande, un dolor incesante en el alma: yo por mis hermanos, los de mi linaje, querría estar excluido de la compañía del Mesías. Son israelitas, adoptados como hijos de Dios, tienen su presencia, las alianzas, el culto, las promesas, los patriarcas; de su linaje carnal desciende el Mesías» (9,2-4).

Vamos a fijarnos en dos actividades de esta paternidad divina en el AT: el *rescate* y la *educación.*

Rescate y educación

a) *Rescate*. Cuando los hebreos son esclavizados y maltratados por los egipcios, se presenta el Señor, ya comprometido con su pueblo, dispuesto a rescatarlo de la esclavitud. Cuando Moisés, finalmente, se encamina hacia Egipto, el Señor le encarga:

> «Yo pondré terco al Faraón, y él no dejará salir al pueblo. Tú le dirás: 'Así dice el Señor: Israel es mi hijo primogénito, y yo te ordeno que dejes salir a mi hijo para que me sirva; si te niegas a soltarlo, yo daré muerte a tu primogénito'» (Ex 4,21b-23).

Es una declaración de principio, sin valor estrictamente cronológico. En el proyecto histórico de Dios, orientado hacia Cristo, el pueblo hebreo será como el personaje de una representación sacra. Dios lo toma tal como se encuentra étnica y culturalmente y empieza a trabajar con él. Lo adopta como hijo y, como con él empieza

una tarea histórica, lo llama «primogénito». Y, como tal, goza de privilegios especiales, pero también se carga con una responsabilidad mayor.

«Primogénito» no significa «único»: con el tiempo, otros pueblos podrán ser adoptados como hijos por Dios. Por lo demás, la categoría social de primogénito puede ser invertida por un acto jurídico del soberano o del supremo responsable. Dios declara heredero a Jacob, que es menor que Esaú; si Isaac, engañado, lo bendice como heredero, después, consciente, ratifica la bendición (Gn 27). El anciano Jacob antepone a Efraín, aunque fuera menor que Manasés (Gn 48). Por eso, cumplido un designio histórico, podrá un día llamarse primogénito el pueblo cristiano.

Como hijo primogénito de Dios, el pueblo es libre. Si un día cayó por la violencia en la esclavitud, es injusto retenerlo. Su Padre reclama su libertad y acude a rescatarlo de la esclavitud. Si el Faraón no cede por las buenas, atendiendo a razones, cederá por las malas, cuando le apliquen la ley del talión. ¿Que el Faraón se ensaña con el primogénito del Señor?; pues entonces el Señor dará muerte al primogénito del Faraón. El primogénito es el sucesor, y en él puede peligrar la dinastía. El pueblo hebreo no es sucesor del Dios vivo, pero en él puede peligrar el proyecto histórico. Más aún, su rescate de la esclavitud es el primer acto del proyecto histórico de Dios. El rescate se realizará por mediación de Moisés. En otra versión de su vocación y misión, el Señor le dice:

> «Yo me aparecí a Abrahán, Isaac y Jacob como Dios Todopoderoso, pero no les di a conocer mi nombre 'El Señor' (Yahvé). Yo hice alianza con ellos prometiéndoles la tierra de Canaán, tierra donde habían residido como emigrantes. Yo también, al escuchar las quejas de los israelitas esclavizados, me acordé de la alianza.

Por tanto, diles a los israelitas: 'Yo soy el Señor. Os quitaré de encima las cargas de los egipcios, os libraré de vuestra esclavitud, os rescataré con brazo extendido y haciendo justicia solemne. Os adoptaré como pueblo mío y seré vuestro Dios, para que sepáis que soy el Señor vuestro Dios, el que os quita de encima las cargas de los egipcios; os llevaré a la tierra que prometí con juramento a Abrahán, Isaac y Jacob, y os la daré en posesión. Yo, el Señor'» (Ex 6,3-8).

Probablemente, se trata de un texto tardío en el que el autor quiere concentrar varios aspectos. Las «cargas» significan el trabajo forzado; la esclavitud es la situación injusta en que se encuentran. «Rescatar» es término técnico que equivale a «recobrar». Se rescata una propiedad enajenada para que retorne al propietario original; se rescata un esclavo para que recobre la libertad y retorne al seno de la familia o del clan. El Señor no tiene que pagar rescate, le basta con «hacer justicia». Todo arranca de la «alianza» que hizo con los patriarcas, como compromiso unilateral. En este contexto, «alianza» equivale a «promesa».

El texto no alude a la filiación. Es su ubicación en el contexto más amplio del Éxodo lo que nos permite contemplar el rescate como acción que ejecuta alguien que es responsable de la familia; en concreto, Dios como Padre. Dios es fiel a la palabra dada, a su promesa. No se desentiende de los suyos. Esta vez decide intervenir en vista de la situación desgraciada de «su hijo primogénito». Pasados algunos siglos, el pueblo, por su culpa y su infidelidad, es conducido al destierro. Pero la infidelidad del pueblo no invalida la fidelidad de Dios, que vuelve a intervenir para rescatarlo. Es lo que canta repetidas veces el Segundo Isaías, el profeta del destierro:

«Y ahora, así dice el Señor,
el que te creó, Jacob, el que te formó, Israel:
No temas, que te he redimido,
te he llamado por tu nombre, tú eres mío.
Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo:
la corriente no te anegará;
cuando pases por el fuego, no te quemará,
la llama no te abrasará.
Porque yo soy el Señor tu Dios,
el Santo de Israel, tu salvador.
Como rescate tuyo entregué a Egipto,
a Etiopía y Saba a cambio de ti;
porque te aprecio y eres valioso y te quiero,
entregaré hombres a cambio de ti,
pueblos a cambio de tu vida.
No temas, que contigo estoy yo.
Desde oriente traeré a tu estirpe,
desde occidente te reuniré.
Diré al norte: Entrégalo;
al Sur: No lo retengas;
tráeme a mis hijos de lejos
y a mis hijas del confín de la tierra;
a todos los que llevan mi nombre,
a los que creé para mi gloria,
a los que hice y formé» (Is 43,1-7).

La declaración formal de la filiación se lee en el verso 6, si bien el tema del rescate ya suena en el verso 1. Dios se presenta como amparo contra toda clase de males, simbolizados en la bina agua/fuego. El rescate implica la perdición de los opresores. El pueblo es valioso porque Dios lo estima, no al revés. Dios elige a su pueblo, lo cual implica no elegir a otros. Israel figura como pueblo del Señor; y así, como pueblo de su propiedad, como grupo de hijos, lleva el nombre de su Dios y lo hace presente en el mundo. El elemento afectivo, «te aprecio, te quiero», ocupa un puesto central y es la

fuente de todo; en lo demás dominan los verbos de acción o los mandatos eficaces.

Completemos lo dicho con dos textos más breves. Uno es el título «padre de huérfanos, protector de viudas», que leemos en el salmo 68. La orfandad del pueblo puede ser cualquier situación de desvalimiento; entonces se muestra intensamente la paternidad de Dios, y el huérfano gana con la adopción. También puede sobrevenir de hecho la orfandad cuando los padres abandonan al hijo, como recuerda Ezequiel (cap. 16). En tal caso reza el orante del salmo: «Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me acogerá» (27,10).

b) La segunda actividad paterna de Dios es la *educación* del pueblo. Hay que partir de textos de *Proverbios*, que nos hablan de la educación familiar. Ésta empezaba en el seno de la familia, por lo cual, varias veces figura el padre exhortando al hijo:

> «Hijo mío, escucha los avisos de tu padre,
> no rechaces las instrucciones de tu madre» (1,8).
> «Hijo mío, si aceptas mis palabras
> y conservas mis mandatos...» (2,1).
> «Hijo mío, no olvides mi instrucción,
> conserva en la memoria mis preceptos» (3,1).

La cosa es tan normal que los maestros posteriores adoptarán en la relación con sus discípulos un trato paterno-filial, hasta el punto de que en muchos textos es difícil decidir si quien habla es el padre o el maestro, que llama hijo al discípulo. El siguiente es más claro, porque habla de una cadena:

> «Escuchad, hijos la corrección paterna,
> atended para aprender prudencia:
> os enseño una buena doctrina,
> no abandonéis mis instrucciones.

> Yo también fui hijo de mi padre,
> tierno y preferido de mi madre.
> Él me instruía así:
> Conserva mis palabras en tu corazón,
> guarda mis preceptos y vivirás.
> Adquiere sensatez, adquiere inteligencia,
> no la olvides, no te apartes de mis consejos.
> No la abandones y te guardará,
> ámala y te protegerá...» (4,1-6).

También la Sabiduría personificada se dirige a veces a los oyentes como a hijos. El padre no adopta una actitud permisiva, porque busca la formación del hijo. La reprensión, incluso el castigo, forma parte de la educación: «No rechaces, hijo mío, el castigo del Señor, no te enfades por su reprensión, porque al que ama lo reprende el Señor, como un padre al hijo querido» (Prov 3, 11-12). Los textos se podrían multiplicar. Es útil recordar por adelantado que el NT recoge la idea y la cita (Heb 12,5s).

Sobre el fondo de esos textos de Proverbios, leamos un texto del *Deuteronomio* en el que las aflicciones pasadas en el desierto son presentadas como pedagogía divina, una pedagogía paternal:

> «Todos los preceptos que yo os mando hoy ponedlos por obra: así viviréis, creceréis, entraréis y conquistaréis la tierra que el Señor prometió con juramento a vuestros padres. Recuerda el camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto: para afligirte, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones, si guardas sus preceptos o no. Él te afligió haciéndote pasar hambre y después te alimentó con el maná —que tú no conocías ni conocieron tus padres— para enseñarte que el hombre no vive sólo de pan, sino de todo lo que sale de la boca de Dios. Tus vestidos no se han gastado ni se te han hinchado los

> pies en estos cuarenta años, para que reconozcas que el Señor tu Dios te ha educado, como un padre educa a sus hijos; para que guardes los preceptos del Señor tu Dios, sigas sus caminos y lo respetes» (8,1-6).

La educación es laboriosa y prolongada, es exigente, pero está animada por el afecto paterno. No es puramente teórica, sino vital, experimental. Someter a prueba es colocar al educando en una situación en que tenga que afrontar decisiones y superar dificultades; al hacerlo se va realizando y manifestando. El padre se adelanta y provoca la situación aflictiva, porque mira al resultado. No sería padre si cediera en todo. El padre desea que el hijo le obedezca puntualmente, porque sus mandatos son para el bien del hijo, no para afirmar su autoridad.

La carta a los Hebreos, con un conocido juego de palabras, dirá que Jesús aprendió por el sufrimiento lo que es obedecer (Heb 5,8). El educando tiene que conjugar la valentía y el aguante en la prueba con la confianza en el auxilio paterno. Eso sugiere el milagro de la ropa que no se gasta, de los pies que no se hinchan. Esta doctrina se repite en otras ocasiones. El *Eclesiástico*, apenas comienza, recomienda al discípulo:

> «Hijo mío, cuando te acerques a servir al Señor,
> prepárate para la prueba,
> mantén el corazón firme, sé valiente,
> no te asustes cuando te sobrevenga una desgracia.
> Confía en el Señor, que el te ayudará» (2,1.2.6).

La Constitución conciliar *Dei Verbum* caracteriza toda la economía del AT como una pedagogía divina. Lo peculiar del texto comentado del Deuteronomio es que lo expresa como actividad de Dios Padre. En conclusión, podríamos decir que el principio y fundamento del pueblo escogido se encuentra en el amor paterno del Señor.

Pecado y perdón

¿Cómo responde el pueblo escogido y adoptado a esa solicitud paterna de Dios? Con demasiada frecuencia responde rebelándose, «siguiendo los caprichos de su corazón obstinado». Los profetas no se cansan de denunciar la infidelidad del pueblo o de las clases dirigentes. Puestos a citar, no acabaríamos; sólo que aquí nos interesan los textos que relacionan el pecado con la paternidad y la filiación.

La mayoría de los textos pertinentes se escuchan en boca de Dios y suenan a reproche, desilusión, desengaño... Es muy importante escuchar ese tono emotivo, sincero e intenso, ya que en él se revela de algún modo la intimidad de Dios. Como si su amor lo traicionara y no pudiera ocultarlo. En nuestra espiritualidad penitencial, debemos ser conscientes de nuestra relación filial para comprender la enormidad del pecado en el orden de nuestra relación con un Dios Padre. Lo que el Señor reprocha a su pueblo en el AT nos lo dice a la Iglesia y a cada uno de sus miembros. Si el Señor se queja a veces de su honor ofendido, más le duele el daño que sufren sus hijos.

El primer texto lo leemos al principio del libro de *Isaías*. Para quien colecciona y edita los oráculos del profeta, el texto liminar adquiere un carácter programático. Pues bien, en el pórtico de libro tan importante, un padre (Dios) se queja de sus hijos (el pueblo):

> «Oíd, cielos, escucha, tierra, que habla el Señor:
> Hijos he criado y educado,
> y ellos se han rebelado contra mí.
> Conoce el buey a su amo,
> y el asno el pesebre de su dueño;
> Israel no conoce, mi pueblo no recapacita.

¡Ay, gente pecadora, pueblo cargado de culpas,
raza de malvados, hijos degenerados!
Han abandonado al Señor,
han despreciado al Santo de Israel» (1,2-4).

Según este texto, la educación del pueblo no consistía simplemente en transmitir informaciones o conocimientos, sino en desarrollar la capacidad de comprender y recapacitar. En otras palabras, no sólo suministra datos, sino que desarrolla capacidades. Pero el pueblo se abandona al pecado sin fijarse ni preocuparse, acumula delitos, y así, los que deberían ser hijos educados se vuelven hijos «degenerados». En Os 2,6, el marido y padre pronuncia una frase de despecho indignado (que más abajo corregirá): «de sus hijos no me compadeceré, porque son hijos bastardos».

El instinto animal resulta más certero que la inteligencia humana pervertida. Se hace necesario el castigo áspero, en virtud del cual, finalmente, el pueblo recapacita y confiesa:

«Si el Señor de los ejércitos
no nos hubiera dejado un resto,
seríamos como Sodoma,
nos pareceríamos a Gomorra» (Is 1,9).

El *Deuteronomio* formula una ley muy grave contra el hijo incorregible: sus padres, de común acuerdo, pueden entregarlo a la justicia, incluso para una pena capital:

«Si uno tiene un hijo rebelde e incorregible, que no obedece a su padre ni a su madre, que aunque lo corrijan no hace caso, sus padres lo agarrarán, lo sacarán a las puertas del lugar, a los ancianos de la ciudad, y declararán ante ellos:

Este hijo nuestro es rebelde e incorregible, no nos obedece, es un comilón y un borracho; y los hombres

de la ciudad lo apedrearán hasta que muera. Así extirparás la maldad de ti, y todo Israel escarmentará al enterarse» (21,18-21).

Retengamos de este texto —a nuestro sentir, despiadado— la gravedad del pecado en el ámbito de las relaciones paternofiliales. Comparemos con la actitud de estos padres el sentimiento de Dios, su deseo y esperanza de que el hijo pecador recapacite y se convierta. En Sodoma y Gomorra se consumó el castigo definitivo, pero no así en Israel, gracias al amor paterno de su Dios.

Permitamos que resuene en nuestros corazones el grito de dolor del Padre por la rebeldía del hijo amado, grito que concluye en denuncia, pero no en renuncia.

Quizá sea éste el lugar para anticipar un texto del NT que suena como polémica violenta de Jesús con las autoridades judías. Los que pretenden dar muerte al inocente, ¿de quién son hijos?, ¿pueden gloriarse de una descendencia patriarcal? El argumento no es la pertenencia a un pueblo o a una clase, sin más; lo decisivo es el odio homicida. Donde domine y actúe un odio semejante, se revela otra paternidad tenebrosa. Por eso debemos ponernos al alcance de esta intensísima polémica, sentirnos interpelados por ella:

«— Somos del linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie...

— Me consta que sois del linaje de Abrahán; pero intentáis matarme porque no os cabe mi palabra. Yo digo lo que he visto junto a mi Padre; vosotros hacéis lo que habéis visto a vuestro padre.

— Nuestro Padre es Abrahán.

— Si fuerais hijos de Abrahán, haríais las obras de Abrahán. Ahora bien, intentáis matarme, a mí que os he dicho la verdad que le escuché a Dios. Eso no lo

hacía Abrahán... Vuestro padre es el diablo, y vosotros queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él era homicida desde el principio; no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él... El que viene de Dios escucha las palabras de Dios» (Jn 8,33. 37-40.44.47).

La probable alusión al delito de Caín, o quizás al paraíso, generaliza el horizonte de esta polémica particular.

El segundo texto del AT es el himno que, según el *Deuteronomio*, compone Moisés para que el pueblo lo aprenda y recite como testimonio siempre vivo, como voz profética de Moisés muerto. Vale la pena releer y meditar el texto íntegro (32,1-43) para asistir a un proceso complejo. Aquí me contento con resumir secciones y entresacar versos.

El comienzo es solemne, como el de Isaías: invocación al universo, cielo y tierra, como testigos notariales de la querella de Dios con su pueblo. La palabra quiere destilar y caer mansamente para fecundar espiritualmente, como rocío, como llovizna, como orvallo. Con nuestra meditación reposada, hacemos que esa lluvia de palabras nos empape y saque lo mejor de nosotros.

Muy pronto, en boca de Moisés, suena el tema de la filiación y la paternidad con la patética intensidad que escuchábamos en Isaías:

«Hijos degenerados, se portaron mal con él,
generación malvada y pervertida.
¿Así le pagas al Señor, pueblo necio e insensato?
¿No es él tu padre y tu creador,
el que te hizo y te constituyó?» (vv. 5-6).

A continuación explica cómo la filiación consistió en la elección entre todos los pueblos: «la porción del Señor fue su pueblo; Jacob fue el lote de su heredad». A raíz

del hecho inicial, describe metafóricamente los cuidados paternos por el hijo: protección, guía, alimento escogido. Una comparación del reino animal apunta a la relación paternal:

«Como el águila incita a la nidada
revoloteando sobre sus polluelos,
así extendió él sus alas, los tomó
y los llevó sobre sus plumas» (v. 11).

La buena alimentación, el bienestar físico del adolescente, en vez de inculcarle el agradecimiento filial, le hacen díscolo y rebelde:

«Comió Jacob hasta saciarse,
engordó mi Cariño y tiró coces
—estabas gordo y cebado y corpulento—
y rechazó a Dios, su Creador,
deshonró a su Roca salvadora...
¡Despreciaste a la Roca que te engendró
y olvidaste al Dios que te dio a luz!» (vv. 15.18).

El pecado capital ha consistido en adorar a otros dioses «desconocidos, importados». Sobreviene entonces el segundo acto: la reacción del Señor —rechazo y castigo—, también en clave de filiación:

«Lo vio el Señor e, irritado,
rechazó a sus hijos e hijas,
pensando: Les esconderé mi rostro
y veré en qué acaban,
porque son una generación depravada,
unos hijos desleales» (vv. 19-20).

Sigue Dios pensando el castigo que va a aplicar a los hijos rebeldes, cuando de pronto se interrumpe y decide castigar más bien al enemigo arrogante:

«Yo pensaba: Voy a dispersarlos
y a borrar su memoria entre los hombres.
Pero no; que temo la jactancia del enemigo
y la mala interpretación del adversario,
que dirían: Nuestra mano ha vencido,
no es el Señor quien lo ha hecho» (vv. 26-27).

Esta manera de querellarse con su hijo, el pueblo escogido, es también parte de la pedagogía divina en el asunto del pecado. Y nosotros debemos descubrir que en nuestras meditaciones y actos penitenciales actúa, quizá disimulado, el amor paterno de Dios.

Añadimos un texto tardío, del libro de *Malaquías*. El Señor recurre a su condición de padre para quejarse de la conducta de sus hijos, esta vez apelando a su honor: «Honre el hijo a su padre, el esclavo a su amo. Pues, si yo soy padre, ¿dónde queda mi honor? Si yo soy dueño, ¿dónde queda mi respeto?» (1,6) El precepto del decálogo sirve para una comparación *a minore ad maius*. Lo ilustran algunos versos del comentario que dedica el *Eclesiástico* a dicho precepto:

«El Señor da honra al padre frente a los hijos
y afirma la autoridad de la madre
sobre su prole» (3,2).
«Quien honra a su padre tendrá larga vida,
quien da descanso a su madre
obedece al Señor» (3,6).
«La honra de un hombre
es la honra de su padre» (3,11).

Arrepentimiento y conversión

Hemos visto la elección de Israel y su adopción como hijo de Dios, la rebeldía del hijo y el grito de dolor del Padre por la conducta de sus hijos. Ese grito de dolor hablará al corazón de los israelitas y provocará un proceso de arrepentimiento —dolor y pena por lo que han hecho— y conversión —cambio de dirección, vuelta, retorno—. Vamos a seguir este proceso de conversión en varios textos proféticos.

El comienzo del libro de *Jeremías*, después del relato de la vocación, es una gran composición de tipo penitencial, elaborada con materiales diversos, con riqueza de imágenes y gran movimiento. Dios se querella con el pueblo denunciándole sus reiterados delitos y ofensas; pero, antes de que el pueblo responda, se adelanta Dios a rebatir sus objeciones. Los capítulos 2-4 combinan la imagen conyugal con la paterna, dando ventaja a la primera. La idolatría puede formularse en términos de paternidad: «Dicen a un leño: Eres mi padre; a una piedra: Me has parido» (2,27).

La querella de Dios culmina en una invitación urgente, porque el Padre está dispuesto a perdonar, desea perdonar: «Volved, hijos apóstatas, que yo soy vuestro dueño» (3,14).

«Yo había pensado contarte entre mis hijos,
darte una tierra envidiable,
la perla de las naciones en heredad;
esperando que me llamaras Padre mío
y no te apartaras de mí» (3,19).

El pueblo escucha la llamada y emprende el retorno hacia Dios:

«Volved, hijos apóstatas,
y os curaré de vuestra apostasía.
Aquí estamos, hemos venido a ti,
porque tú, Señor, eres nuestro Dios.
Cierto, son mentira las colinas
y el barullo de los montes,
en el Señor nuestro Dios
está la salvación de Israel.

La ignominia devoró los ahorros de nuestros padres,
desde su juventud: vacas y ovejas, hijos e hijas;
nos acostamos sobre nuestra vergüenza
y nos cubre el sonrojo,
porque pecamos contra el Señor nuestro Dios,
nuestros padres y nosotros,
desde nuestra juventud hasta hoy,
y desobedecimos al Señor nuestro Dios» (3,22-25).

A la confesión humilde del pueblo responde el Señor acogiendo y amonestando:

«Si quieres volver, Israel, vuelve a mí,
si apartas de mí tus execraciones, no irás errante;
Si juras por el Señor con justicia, derecho y verdad,
las naciones se desearán tu dicha y tu fama.
Así dice el Señor a los habitantes de Judá y Jerusalén:
Roturad los campos y no sembréis cardos,
el prepucio quitadlo de los corazones,
no sea que, por vuestras malas acciones,
estalle como fuego mi cólera
y arda inextinguible» (4,1-4).

Una aclaración terminológica: cuando los autores hablan con propiedad rigurosa, distinguen entre arrepentimiento (verbo *nhm*; griego: *metanoia*) y conversión (*šub*; griego: *epistrepho*). A veces usan un solo término para designar todo el proceso; pero es falso decir que «conversión» traduce exactamente *metanoia*. Arrepentirse es algo previo a la conversión: es reconocer la maldad de la propia conducta y dolerse de ella. Sin embargo, no basta con arrepentirse: Judas se arrepintió, pero no se convirtió. La conversión es la vuelta a Dios y es el término que completa la penitencia.

En el texto citado de Jeremías, Dios invita a «volver», y el pueblo se arrepiente y se presenta avergonzado de lo que ha hecho: «Aquí estamos, hemos venido a ti».

Vuelven porque creen en el amor paterno y esperan confiados el perdón. Vuelven porque Dios se adelanta a llamarlos. La llamada lleva implícito el perdón, pues el mayor castigo sería no llamar, «entregarlos a su corazón obstinado».

El arrepentimiento arranca del examen y la recapacitación. La conducta ha provocado unas desgraciadas consecuencias que devuelven su sombría luz a la causa: «devoró los ahorros de nuestros padres, cuanto nos habían legado con su trabajo». La conducta aparece en su indignidad y produce una vergüenza noble: «nos cubre el sonrojo». Por contraste, descubren que «la salvación está en el Señor».

La vuelta incluye otro elemento esencial, que nosotros llamamos «propósito de enmienda». Eso es obvio y elemental. El Señor lo enuncia como condición («si apartas de mí... si juras por el Señor con verdad») o como mandato («el prepucio quitadlo de vuestros corazones»). Si reinciden después de la conversión y el perdón, han de saber que las consecuencias serán graves: «no sea que...».

El delito que denuncia Jeremías es la idolatría, como pecado directo contra el primer mandamiento, como ofensa personal de Dios. Al ídolo lo llama «leño y piedra», «ignominia», «mentira», «rival del Dios verdadero». Aunque sea falso, el ídolo tiene una potencia «devoradora», porque a él se ofrecen dones en vano y sin resultado; porque a él se sacrificaron hijos e hijas.

A nosotros nos toca «recapacitar» y desenmascarar nuestros ídolos, no de leño y piedra: cuáles son, qué dones les ofrecemos en sacrificio. Recapacitemos sobre nuestra conducta fatal y vergonzosa. La suerte que escogimos prescindiendo de Dios nos lleva a perder lo más querido o lo más valioso. La salida de nuestra situación es acudir a Dios para recibir su perdón, para

lo cual Dios nos pide la circuncisión del corazón, o sea, extirpar de raíz cuanto rompe o amenaza nuestra relación con Dios. Todavía es tiempo de «roturar» nuevos campos en nosotros y de sembrar en ellos, no «cardos», sino la palabra de Dios, el mensaje del Evangelio.

Pasamos a otro texto penitencial amplio, en la tercera parte del libro de *Isaías*: 63,7 - 64,11. Podemos meditarlo dejándonos llevar del texto, sin seguir un orden lógico, tomando en primera persona las palabras del profeta.

Supone una situación desgraciada, sentida como castigo merecido de Dios. Esto hace recapacitar al pueblo, que al evocar los beneficios históricos de Dios (63,7-14) como telón de fondo, interpreta las desgracias antiguas y presentes (63,18-19 y 64,9-10) como castigo y expresión de la ira de Dios (64,4.8). En semejante contexto brota la invocación y la súplica, apelando al amor paternal de Dios (63,15-17; 64,7-8). Al hacer nuestras la confesión del pecado, la invocación y la súplica, debemos sentir su hondura y sinceridad.

Primera parte: repaso histórico de los beneficios, provocado por la desgracia presente:

«Voy a recordar la misericordia del Señor,
las alabanzas del Señor,
todo lo que hizo por nosotros el Señor,
sus muchos beneficios a la casa de Israel,
lo que hizo con su compasión y su gran misericordia.
Él dijo: Son mi pueblo, hijos que no engañarán.
Él fue su salvador en el peligro,
no fue un mensajero ni un enviado,
él en persona los salvó,
por su amor y su clemencia los rescató, los liberó
y los llevó siempre a cuestas en todos los peligros.
Pero ellos se rebelaron e irritaron su santo espíritu.
Entonces él se volvió su enemigo

y guerreó contra ellos.
Se acordaron del pasado, del que sacó a su pueblo:
¿Dónde está el que sacó de las aguas
al pastor de su rebaño?
¿Dónde el que metió en su pecho su santo espíritu?
El que estuvo a la derecha de Moisés,
guiándolo con su brazo glorioso.
El que dividió el mar ante ellos,
ganándose renombre perpetuo.
El que los hizo andar por el fondo del mar,
como caballo por la estepa, sin tropezar
y como ganado que baja a la cañada.
El espíritu del Señor los llevó al descanso:
así condujiste a tu pueblo,
ganándote renombre glorioso» (63,7-14).

Como en otros textos, es el contraste entre el pasado y el presente lo que induce y profundiza la reflexión: entonces nos iba bien; ahora el Señor se ha alejado, ¿dónde está? Por un momento introduce a Dios hablando con fuerza programática, y sus palabras expresan el afecto paternal que espera mucho de sus hijos (63,8). Este verso, como el pedal de un piano, prolonga su resonancia en todo lo que sigue, imponiendo su tonalidad hasta que el pueblo responda con expresión filial, la cual llena la segunda parte.

El «espíritu del Señor, su santo espíritu» equivale al espíritu profético, al carisma de guía infundido en el ánimo de Moisés. Es mediador del dinamismo divino. Moisés realiza y no anula el protagonismo liberador de Dios. Al trasponer este fragmento al contexto cristiano, el tema adquiere nueva altura y profundidad, porque el mediador es ahora Jesucristo, lleno del Espíritu Santo. En nuestra reflexión histórica tenemos que aprender a superponer y sintetizar la liberación de la esclavitud egipcia y la nuestra del pecado, el paso del Mar Rojo

y nuestra Pascua o tránsito del Señor. Somos hijos de Dios: ¿engañamos a nuestro Padre?, ¿provocamos su desilusión? Es nuestra hora de preguntar: ¿dónde está?, de modo que la pregunta dolorida desemboque en la invocación confiada.

En la segunda parte del texto, el tema de la paternidad ocupa el primer plano, centrando el contraste de la situación presente. El pueblo, que recuerda cómo Dios lo guiaba en un tiempo, sugiere que es ahora el mismo Dios quien lo extravía:

«Otea desde el cielo, mira
desde tu morada santa y gloriosa:
¿Dónde están tu celo y tu valor,
tu entrañable ternura y compasión?
No la reprimas, que tú eres nuestro Padre:
Abrahán no sabe de nosotros,
Israel no nos conoce, tú, Señor, eres nuestro Padre,
tu nombre de siempre es Nuestro Redentor.
Señor, ¿por qué nos extravías lejos de tus caminos
y endureces nuestro corazón para que no te respete?
Vuélvete, por amor a tus siervos,
a las tribus de tu heredad.
Por un momento nuestros enemigos
se apoderaron de tu pueblo santo
y pisotearon tu santuario.
Estamos como antaño, cuando no nos gobernabas
y no llevábamos tu nombre» (63,15-19).

Al padre compete rescatar o redimir a sus hijos, por eso lleva el nombre o título de «Redentor». El pueblo pide audazmente una conversión de Dios —«vuélvete»— que sólo el amor paterno puede provocar, porque el pueblo no puede aducir ningún título ni mérito, como no sea, implícitamente, el título de «hijos». Durante cuarenta años, el Señor conducía a su pueblo haciéndolo vagar por el desierto, antes de entrar en la patria. De modo

semejante parece «extraviar» ahora a su pueblo en el destierro o la diáspora. Se encuentran ahora como si no llevaran la marca de propiedad «pueblo del Señor». Comparada con la paternidad divina, la de los patriarcas Abrahán y Jacob se esfuma.

¿Cómo invocamos nosotros a Dios, nuestro padre? ¿Mantenemos la marca, el nombre de la Trinidad impreso por el bautismo, o deshonramos con nuestra conducta ese nombre? ¿Nos gobierna realmente el Señor o nos sustraemos de su gobierno? Que Dios «se convierta por amor», y también nosotros nos convertiremos por amor filial.

Al entregarnos a tu Hijo, nos revelaste tu infinita «ternura y compasión», pues «tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único». Nuestros padres y patriarcas terrenos no saben llegar a tales extremos. Solo tú posees la plenitud de la paternidad. «No la reprimas, que tú eres nuestro Padre». Devuélvenos al buen camino, que es tu Hijo; devuélvenos a su gobierno, que es la verdad; graba en nosotros tu nombre, que nos consagra.

Saltamos unos versos (63,19b - 64,4a) y pasamos a la tercera parte, que reúne confesión del pecado y nueva súplica, apelando a la paternidad de Dios. Ésta suena en el centro, entre el pecado humildemente confesado y la descripción de la desgracia presente. Conjugando ambas cosas, el pueblo procura mover y conmover a Dios:

«Estabas airado, y nosotros fracasamos;
aparta nuestras culpas, y seremos salvos.
Todos estábamos contaminados,
nuestra justicia era un paño asqueroso;
Todos nos marchitábamos como follaje,
nuestras culpas nos arrebataban como el viento.

Nadie invocaba tu nombre
ni se esforzaba por aferrarse a ti,
pues nos ocultabas tu rostro
y nos entregabas en poder de nuestra culpa.
Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro Padre,
nosotros la arcilla y tú el alfarero,
somos todos obra de tus manos.
No te excedas en la ira, Señor,
no recuerdes siempre nuestra culpa,
mira que somos tu pueblo.
Tus santas ciudades son un desierto,
Sión se ha vuelto un desierto, Jerusalén un yermo.
Nuestro templo, nuestro orgullo,
donde te alabaron nuestros padres,
ha sido pasto del fuego,
y lo que más queríamos
ha quedado reducido a escombros.
¿Te quedas insensible a todo esto, Señor,
te callas y nos afliges sin medida?» (64,4b-11).

Miremos valientemente nuestra situación espiritual. Nuestras culpas nos manchan y contaminan; nos marchitamos como tamo que arrebata el viento; nos hallamos en poder y a merced de nuestra culpa. Somos templo de Dios por el Espíritu, y estamos en escombros. Somos ciudad de Dios, y estamos arrasados. Por la luz de la palabra de Dios, no somos insensibles a nuestras culpas y desgracias: ¿se quedará insensible Dios? Si él ha provocado nuestro sentimiento de disgusto y congoja, es que no es insensible. Pero le queda mucho que restaurar, templo y ciudad, para habitar en medio de nosotros. A pesar de nuestras culpas, «tú eres nuestro Padre». Si la vasija de tu presencia se ha roto o deformado, aquí nos tienes, como arcilla, para que tu mano de alfarero nos vuelva a modelar.

El texto siguiente introduce un nuevo elemento: la intercesión. Lo encontramos en la última parte del libro de *Baruc*, en el gran poema que, a imitación del Segundo y el Tercer Isaías, canta el destierro y la repatriación. Es un poema de gran belleza y riqueza teológica, que merece ser meditado entero. El poeta se dirige primero al pueblo desterrado dándole ánimos (4,5-8), cede después la palabra a Jerusalén, que exhorta a sus hijos (4,9-19), y finalmente el poeta interpela a Jerusalén (4,20 - 5,9). Todo el poema es una invitación a la esperanza, que afecta contextualmente a los elementos penitenciales. Éstos se encuentran principalmente en la exhortación materna de Jerusalén, en la que nos vamos a detener.

La imagen de fondo es familiar: el Señor es el padre, Jerusalén es la madre. Por la rebeldía de los hijos, el padre los ha castigado expulsándolos de casa (destierro). Frente a la autoridad paterna, la mujer no tiene autoridad; siendo ella inocente, sólo puede interceder por sus hijos y exhortarlos a la paciencia y la esperanza. Así se constituye la madre en mediadora entre el padre y los hijos. Puede hacerlo porque es inocente; y en este punto radica la novedad de Baruc. Los textos proféticos tradicionales (Os, Is, Jr, Ez) presentan a Jerusalén como esposa culpable de infidelidad. Baruc descarga toda la culpa en los hijos (L. Alonso Schoekel, *Hermenéutica de la palabra* III, Madrid 1987, pp. 81-94). La denuncia del pecado se lee al principio, en clave de filiación:

«Os vendieron a los gentiles,
pero no para ser aniquilados;
por la cólera de Dios contra vosotros
os entregaron a vuestros enemigos.
Porque irritasteis a vuestro Creador
sacrificando a demonios y no a Dios.
Os olvidasteis del Señor eterno que os había criado

y afligisteis a Jerusalén que os sustentó.
Cuando ella vio que el castigo de Dios
os alcanzaba, dijo:» (4,6-9a)

(Jerusalén toma la palabra para contar a las [naciones o poblaciones] vecinas su pena y su causa. Es bien consciente de que el castigo era merecido.)

«Escuchad, vecinas de Sión:
Dios me ha enviado una pena terrible.
Vi cómo el Eterno desterraba a mis hijos e hijas:
Yo los crié con alegría,
los despedí con lágrimas de pena.
Que nadie se alegre viendo a esta viuda
abandonada de todos.
Si estoy desierta, es por los pecados de mis hijos,
que se apartaron de la ley de Dios:
no hicieron caso de sus mandatos
ni siguieron la vía de sus preceptos,
no pisaron fielmente
la senda de su instrucción» (4,9b-13).

En el castigo del destierro, escuchamos reminiscencias de las Lamentaciones:

«Que se acerquen las vecinas de Sión:
recuerden que el Eterno
llevó cautivos a mis hijos e hijas.
Les envió un pueblo remoto,
pueblo cruel y de lengua extraña,
que no respetaba a los ancianos
ni sentía piedad por los niños;
arrebataron a la viuda sus hijos queridos,
la dejaron sola y sin hijos» (4,14-16).

Después de hablar a «las vecinas», se dirige a los hijos con un cariño que no disimula la culpa de éstos, pues no la ciega el amor materno. Mas aún, es el amor el

que la mueve a ver las cosas claras y a exponerlas sin reticencias. La esperanza sólo se puede fundar en la verdad y la sinceridad:

«Y yo ¿qué puedo hacer por vosotros?
Sólo el que os envió tales desgracias
os librará del poder enemigo.
Marchad, hijos, marchad, mientras yo quedo sola.
Me he quitado el vestido de la paz,
me he vestido el sayal de suplicante,
gritaré al Altísimo toda mi vida.
¡Ánimo, hijos! clamad a Dios
para que os libre del poder enemigo.
Yo espero que el Eterno os salvará,
el Santo ya me llena de alegría.
porque muy pronto el Eterno, vuestro Salvador,
tendrá misericordia de vosotros.
Si os expulsó entre duelo y llantos,
Dios mismo os devolverá a mí
con gozo y alegría sin término.
Como hace poco las vecinas de Sión
os vieron marchar cautivos,
así pronto verán la salvación que Dios os concede,
acompañada de gran gloria
y del esplendor del Eterno.
Hijos, soportad con entereza el castigo
que Dios os ha enviado;
si tus enemigos te dieron alcance,
muy pronto verás su perdición
y pondrás el pie sobre sus cuellos.
Mis niños mimados recorrieron caminos ásperos,
los robó el enemigo como a un rebaño.
¡Ánimo, hijos! gritad a Dios,
que el que os castigó se acordará de vosotros.
Si un día os empeñasteis en alejaros de Dios,
volveos a buscarlo con redoblado empeño.
El que os mandó las desgracias os mandará
el gozo eterno de vuestra salvación» (4,17-29)

Al trasponer este poema al contexto cristiano, la Iglesia ocupa el puesto de Jerusalén y desempeña la función de interceder por sus hijos. El factor maternal entra así en nuestros actos penitenciales. Por medio de la penitencia, la Iglesia nos dirige una palabra de esperanza, porque la penitencia conduce a la salvación. La maternidad de la Iglesia es participación de la paternidad de Dios; porque Dios es Padre por encima de la división humana entre padre y madre y lo abarca todo. De él toma nombre toda paternidad y maternidad y, en un sentido muy especial, la maternidad de la Iglesia.

Perdón paterno

Después de provocar el arrepentimiento y guiar la conversión o retorno, el Padre otorga su perdón. En muchos textos del AT, Dios ofrece al pueblo, al pecador, su perdón. Queremos escoger textos que muestren explícitamente la dimensión paternal del perdón, pues en él se revela la paternidad de Dios. Es una paradoja: el pecado reconocido nos lleva a penetrar en la intimidad de Dios; no el pecado en sí, sino todo el proceso de conversión que hemos recorrido. Que no se nos escape ese aspecto afectivo, esa relación personal que da sentido profundo a la penitencia. En los textos escogidos, Dios se traiciona dejando asomar su amor irreprimible. Estos textos son el adelanto de la parábola del hijo pródigo.

Encontramos el primer texto en el libro de *Oseas*. Dios habla como padre; pero algunos de los cuidados que dispensa al hijo fácilmente los imaginamos como actividad materna. El esquema es sencillo: el padre lo cría y educa, el niño se rebela, el padre decide expulsarlo, pero el amor paterno puede más. Al poner las palabras en boca de Dios, es como si el profeta desvelara

la intimidad de Dios. El pecado ha sido la idolatría, grave deslealtad filial:

«Cuando Israel era niño, lo amé,
y desde Egipto llamé a mi hijo.
Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí:
ofrecían incienso a los baales
y quemaban ofrendas a los ídolos.
Yo enseñé a andar a Efraín y lo llevé en mis brazos,
y ellos sin darse cuenta de que yo los cuidaba...
Con correas de amor los atraía,
con cuerdas de cariño.
Fui para ellos como quien alza
una criatura a las mejillas;
me inclinaba y les daba de comer» (11,1-4).

El castigo proyectado es radical: desandar la liberación, llevándolos de nuevo a la esclavitud de Egipto; desposeerlos de la tierra, sometiéndolos al poder de Asiria.

«Pues volverá a Egipto, Asiria será su rey,
porque no quisieron convertirse.
Irá girando la espada por sus ciudades
y destruirá sus cerrojos;
por sus maquinaciones, devorará a mi pueblo,
propenso a la apostasía.
Aunque invoquen a su Dios,
tampoco los levantará» (11,5-7).

Se refiere al dios extraño que se han escogido. En este punto se quiebra el proyecto de castigo por la violenta irrupción del amor:

«¿Cómo podré dejarte, Efraín,
entregarte a ti, Israel?
¿Cómo dejarte como a Adma,
tratarte como a Seboín?
Me da un vuelco el corazón,

se me conmueven las entrañas.
No ejecutaré mi condena,
no volveré a destruir a Efraín;
que soy Dios y no hombre,
el Santo en medio de ti
y no enemigo devastador» (11,8-9).

Admá y Seboín son dos ciudades de la Pentápolis que, junto con Sodoma, Gomorra y Soar, sufrieron el castigo definitivo al ser aniquiladas por el fuego. Es interesante escuchar en este contexto tan cordial el recuerdo ominoso de las ciudades malditas. Algo así como el recuerdo del infierno en un ciclo de meditaciones penitenciales. También el primer poema de Isaías recordaba estremecido la suerte de Sodoma y Gomorra.

El «vuelco del corazón» expresa felizmente el paso súbito de la cólera a la ternura. Como si a Dios lo pillara por sorpresa el afecto y desarmara de golpe todas sus calculadas amenazas. Esta frase podría iluminar otros textos semejantes en los que no se menciona la paternidad, como, por ejemplo, el de Ez 18,23: «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva». En la parábola del evangelio se dice: «Cuando su padre lo divisó, se enterneció. Corriendo, se le echó al cuello y lo besó» (Lc 15,20).

Is 49,15 añade una representación materna a la conmoción afectiva de Dios:

«¿Puede una madre olvidarse de su criatura,
dejar de querer al hijo de sus entrañas?
Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré».

La paternidad va unida a la santidad, como atributo exclusivo de Dios. La experiencia humana de la paternidad se sublima a esfera divina al ser empleada como símbolo. La santidad hace que Dios no ejecute la «condena» proyectada.

El segundo texto es el capítulo 31 de *Jeremías*, que, en opinión de muchos, constituye una invitación y una promesa a los israelitas del reino septentrional que han sobrevivido a la deportación asiria. Se les reconoce el título de primogénitos y son invitados a incorporarse al reino de Judá y a compartir el culto en Sión. En tres imágenes responde a las objeciones de los destinatarios. Primero, en la figura materna de Raquel; segundo, en la figura adolescente de Efraín; tercero, en la figura de una muchacha esquiva y desconfiada. Nos interesa la segunda figura.

El nombre de «Efraín» designa el reino del Norte. Según Gn 48, Jacob antepuso el menor al mayor, Efraín a Manasés. Y el profeta le hace eco: «Seré un padre para Israel, Efraín será mi primogénito» (31,9).

Este verso prepara el breve diálogo de los versos 18-20. Habla primero el muchacho, pesaroso, avergonzado, temeroso y deseoso de volver con su padre. Responde Dios en un arrebato de ternura:

«Estoy escuchando lamentarse a Efraín:
Me has corregido y he escarmentado,
como novillo indómito;
vuélveme y me volveré,
pues tú eres mi Señor, mi Dios.
Si me alejé, después me arrepentí
y, al comprenderlo, me di golpes de pecho.
Me sentía corrido y avergonzado
de soportar el oprobio de mi juventud.
— ¡Si es mi hijo querido, Efraín,
mi niño, mi encanto!
Cada vez que le reprendo, me acuerdo de ello,
se me conmueven las entrañas
y cedo a la compasión» (31,18-20).

El primer verso recuerda la pedagogía del padre que no transige con la maldad del hijo. El escarmiento ha dado

frutos de arrepentimiento. Ahora le toca a Dios dar otro paso: atraer, hacer volver al que se alejó. También para el hijo pródigo es decisivo el recuerdo del padre, de la vida en su compañía. El Señor lo reconoce, no como pecador, sino como hijo, y pronuncia su nombre y su título. La actitud y las palabras del muchacho conmueven al padre, que no se puede contener. Este desenlace define la dirección de todo el proceso penitencial.

El tercer texto pertenece al *salmo 103*, más conocido y usado en liturgias penitenciales. (Puede verse el comentario completo en L. Alonso Schoekel, *Salmos* II).

Hay una referencia a Moisés, que deseó ver a Dios, pero sólo pudo ver su espalda alejándose, al tiempo que oía, de labios del propio Dios, una descripción de su modo de ser: «compasivo y clemente, paciente y misericordioso»; y el salmo añade: «no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo». Después continúa describiendo esa misericordia entrañable de Dios, utilizando comparaciones cósmicas para ponderar su grandeza. Como no le basta lo cósmico para describir el afecto, recurre a dimensiones humanas, en concreto a la paternidad. La novedad de este texto consiste en la doble referencia: primero, a Moisés, destinatario de una gran revelación; después, al segundo capítulo del Génesis, que presenta a Dios como alfarero del hombre. Como si dijéramos que lo sorprende con las manos en la masa. El alfarero conoce bien su material y lo que da de sí; su dureza y fragilidad. La imagen sensible sugiere algo más íntimo y profundo. Leamos los versos centrales:

> «No nos trata como merecen nuestros pecados
>   ni nos paga según nuestras culpas.
> Pues como se eleva el cielo sobre la tierra,

>   así vence su misericordia a sus fieles.
> Como dista el oriente del ocaso,
>   así aleja de nosotros nuestros delitos.
> Como un padre se enternece con sus hijos,
>   así se enternece el Señor con sus fieles.
> Pues él conoce nuestra condición
>   y se acuerda de que somos barro» (103,10-14).

Una vez que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, ¿cómo suena eso de que él conoce nuestra condición? Hecho hombre como nosotros, en todo excepto en el pecado, ha compartido nuestro barro. Eso sí, con un moldeado especial que no le impide conocernos y comprendernos. «El sumo sacerdote que tenemos no es insensible a nuestra debilidad, ya que, como nosotros, ha sido probado en todo, excepto en el pecado» (Heb 4,15).

En este punto encaja una contemplación sobre la parábola del hijo pródigo.

Transición. Sin pretenderlo, ha resultado que la mayoría de los textos del AT sobre la paternidad de Dios versaban sobre el pecado; con lo cual hemos recorrido lo que san Ignacio llama la «primera semana». Después nos invita Ignacio a contemplar los misterios de la vida de Cristo, principalmente en el evangelio. Esta vez queremos hacerlo centrándonos en su condición y espiritualidad filial. Algunos textos del AT, en que el rey es adoptado por Dios como hijo, anticipan simbólicamente la novedad radical de Jesucristo.

II
Jesús, Hijo de Dios

Prólogo: la encarnación

El Antiguo Testamento prepara la revelación de Jesús como Hijo de Dios con algunos textos «mesiánicos» que presentan al rey como adoptado por Dios. Son textos que, al menos en la lectura posterior, se aplicaron al futuro Mesías, descendiente de David.

Polemizando con los vasallos rebeldes, el rey ungido cita el protocolo de nombramiento, Sal 7,2:

> «Voy a recitar el decreto del Señor: Me ha dicho:
> Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy».

El día de la entronización, el rey es adoptado por la divinidad como hijo; la unción es un rito (L. Alonso Schoekel, *Salmos* I, 158).

Otro salmo mesiánico, el *salmo 89*, alude al mismo principio; el orante se lo recuerda a Dios como argumento de su súplica:

> «Él me invocará: Tú eres mi padre,
> mi Dios, mi Roca de salvación.
> Y yo lo nombraré mi primogénito,
> excelso entre los reyes de la tierra» (vv. 27-28).

Ambos textos arrancan de la promesa pronunciada por Natán y dirigida a David 2 Sm 7,14: «Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo» (2 Sm 7,14).

En el relato de Lucas, el tema se enuncia con bastante claridad, sobre todo si lo leemos a la luz de otros textos del NT y de la tradición.

> «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te hará sombra; por eso, el consagrado que nazca llevará el título de Hijo de Dios» (Lc 1,35).

La acción fecundadora se atribuye toda al poder de Dios y a la infusión del Espíritu. La criatura así concebida nace ya consagrada, es «santa» y ostenta con todo derecho el título de Hijo de Dios. Dice el narrador «el poder del Altísimo», y en el verso 32 anuncia el título o nombre de «Hijo del Altísimo». La coincidencia de las denominaciones puede sugerirnos la relación paterna: el que es concebido por el poder fecundador del Altísimo es Hijo del Altísimo. De ningún hombre dice la Biblia nada semejante.

Si no podemos atribuir a Lucas la madurez teológica de la tradición posterior, sí podemos enriquecer su relato con el texto clásico de Gal 4,4:

> «Cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que rescatase a los súbditos de la ley y nosotros recibiéramos la condición de hijos».

Este texto nos anticipa un tema que hemos de meditar más tarde: la relación entre la filiación de Jesús y la nuestra: el Hijo de Dios es enviado para hacernos hijos de Dios.

A partir de estos dos textos, y con una comprensión más elaborada por nuestra parte, queremos contemplar cómo vive Jesús su relación filial con su Padre Dios.

Vimos, como principio y fundamento, la declaración paralela de Mateo y de Lucas, textos excepcionales en los sinópticos. Hacíamos también referencia a los textos del bautismo y la transfiguración, en los que el testimonio divino lo declaraba Hijo predilecto. En adelante hemos de contemplar cómo se desarrolla esa condición en la vida de Jesús.

El Hijo emancipado

Una declaración sorprendente: así la presenta Lucas en el relato que cierra el ciclo llamado de la infancia. En realidad, es el paso a la mayoría de edad legal: cuando Jesús adolescente acude al templo y se queda allí:

> «Por las fiestas de Pascua, iban sus padres todos los años a Jerusalén. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta, según la costumbre. Al terminar ésta, mientras ellos se volvían, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo supieran. Pensando que iba en la caravana, hicieron una jornada de camino y se pusieron a buscarlo entre parientes y conocidos. Al no encontrarlo, volvieron en su busca a Jerusalén.
>
> Al cabo de tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que lo oían estaban atónitos ante su inteligencia y sus respuestas. Al verlo, se quedaron desconcertados, y su madre le dijo: 'Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados'. Él replicó: '¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo tengo que estar en la casa de mi Padre?' Ellos no entendieron lo que les dijo. Bajó con ellos, fue a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre lo guardaba todo en su interior. Jesús progresaba en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres» (Lc 2,41-52).

El dinamismo del relato se tensa hacia la declaración de una paternidad que está por encima de la humana. Habla la madre y dice «tu padre y yo»; responde Jesús y se refiere a otro Padre: Dios. Seguirá sumiso en la vida doméstica, pero en su misión depende directamente de su Padre celeste. El principio es tan importante que Jesús lo introduce e inculca de forma dramática y dolorosa, admitiendo —se diría que incluso provocando— la angustia de los que más quiere. Angustia, en un primer momento, de unos padres a quienes se les ha extraviado el hijo; angustia que se convierte después en verdadero pavor al sentirse ante un abismo o un misterio que no comprenden en absoluto. María lo siguió meditando para progresar en la comprensión.

Nosotros también meditamos y contemplamos para crecer en conocimiento; pero nunca olvidemos que estamos ante el misterio. No nos asustemos si alguna vez nos invade la angustia. Si alguna vez nos parece que se nos extravía Jesús en nuestra vida, busquemos donde se puede encontrar: junto al Padre. Jesús es ahora templo o casa de Dios.

Aunque Jesús no fuera hijo de José, debemos imaginar —por analogía con casos conocidos de adopción temprana— que entre ambos había crecido una relación de cariño y familiaridad equivalente a la natural. En términos de afecto, confianza y sumisión, hemos de imaginar a Jesús como un hijo normal respecto a su padre. En cuanto a María, la relación tuvo que ser de intimidad sencilla y abierta. Los vínculos humanos afectivos irían creciendo durante la infancia.

Llega el momento en que la ley lo declara mayor de edad y responsable, y lo reclama como hijo —según la expresión tradicional *bar miswa* = hijo del precepto—. En ese momento de afirmación de la personalidad, Jesús suspende los vínculos naturales para revelar su

más auténtica filiación, que a su vez revelará la más auténtica paternidad de Dios. En algunas novelas y dramas románticos hay un momento en que se descubre que el protagonista pobre y despreciado es hijo de un duque o de un hombre riquísimo. En esos episodios, que hoy se nos antojan ingenuos, se expresa un profundo deseo humano de enaltecer a sus favoritos, encontrando en el personaje un desquite vicario: lo que uno no puede tener lo proyecta en el personaje.

En un orden insospechado, Jesús descubre el misterio oculto. La ley le ordena acudir en peregrinación al templo, y él se somete, conducido por sus padres. La ley es interpretada oficialmente por los doctores, y él entra en diálogo con ellos. Pero ha llegado para el adolescente la hora de asumir la iniciativa: conducido por sus padres, se desprende de ellos; instruido por los doctores, introduce una sabiduría inesperada. Él recibe órdenes directas y enseñanzas particulares de su Padre, Dios.

El primer acto suyo que podemos llamar público es exhibir su título de nacimiento, «Hijo de Dios», y revelar que Dios es su Padre. Sin que se escuche la voz de Dios, este momento tiene algo de transfiguración anticipada. El hecho es tan enorme que María y José, tras doce años de convivencia, no logran entenderlo. Los doce años de intimidad humana ¿han servido de preparación o han sido un obstáculo para comprender? Aun creciendo en años con Jesús, no logran ahora dar el salto. Acostumbrados a un Jesús tan casero, no entienden que tenga otra casa paterna. Cuando Jesús vuelva con sus padres a Nazaret, nada será igual, aunque externamente lo parezca.

No intentemos nosotros domesticar dulzonamente al «niño Jesús»; contemplemos más bien en él el misterio de su filiación divina. A su ejemplo, y como hijos de

Dios, aceptemos órdenes paternas superiores a vínculos humanos y a la autoridad de la ley. Nuestra confirmación podría ser, además de simple ratificación del bautismo, una especie de peregrinación espiritual, para comprender y manifestar que somos hijos de Dios y que hemos de vivir en la casa de Dios. Nadie más padre que él; nadie con autoridad superior sobre nosotros.

Finalmente, este episodio se proyecta hacia el futuro: cuando vuelva a subir en peregrinación a Jerusalén, en el viaje definitivo y pascual; cuando mantenga agrias discusiones con doctores de la ley reacios; cuando purifique la casa de su Padre; cuando peregrine a la gloria..., nos hará partIcipes de su filiación.

En nuestra vida, nos vamos emancipando a medida que crecemos: nos emancipamos del vientre y de los brazos maternos, de la mano paterna, de nuestros maestros, de la patria potestad... De nuestra relación con Dios Padre, *sin embargo, nunca nos emancipamos*. Él quiere ejercer cada vez más sobre nosotros su amorosa y soberana patria potestad. Sentirla y vivirla es un acto de maduración espiritual. (Puede verse el comentario a este episodio en L. Alonso Schoekel, *Esperanza*, Santander 1991, 239ss.).

Trasfondo cultural de la paternidad

Algo de divino hay en el padre, puesto que en Dios hay algo de paterno.

Si bien la relación física de paternidad es la misma en todos, su realización consciente está condicionada por la cultura. De ahí que la imagen concreta del «padre» tenga perfiles diversos. Como el escritor opera con su imagen cultural, es importante conocerlo para enfocar debidamente lo que nos dice.

En las sociedades antiguas, y concretamente en la bíblica, la función del padre era más intensa que en nuestras culturas modernas. La madre contaba menos en autoridad para decidir. Vamos a fijarnos en tres aspectos: autoridad, propiedad y oficio. En primer lugar, la *patria potestad* era soberana, y en algunas culturas se extendía hasta el poder sobre la vida y la muerte, como muestran los sacrificios humanos o el episodio de Jefté (Jue 11), donde la hija no se resiste a la decisión del padre, vinculado por un voto. En la cultura latina, los términos *im-petra-re* y *per-petra-re* se derivan de *pater*. *En segundo lugar, el padre conserva la propiedad* de todos los bienes, aunque también disfruten de ellos los hijos mientras convivan con el padre. El hijo pródigo no tenía derecho a reclamar bienes antes de la muerte del padre; cuando el padre dice al hijo mayor: «todo lo mío es tuyo», se refiere al disfrute, no a la propiedad de los bienes. El *Eclesiástico* (33,22-24) aconseja:

> «Mejor es que tus hijos te supliquen
>   que estar tú a merced de ellos.
> Sé dueño de todos tus asuntos,
>   y no caiga mancha en tu reputación.
> Cuando se cumpla el número de tus breves días,
>   el día de la muerte repartirás la herencia».

En tercer lugar, era normal que el hijo aprendiera en casa el *oficio* del padre, practicando bajo su instrucción. El oficio y el taller se heredaban; la destreza se adquiría por imitación personalmente dirigida. En el cap. 8 de Proverbios se transparenta dicha costumbre en las palabras de la Sabiduría (*hokma*) personificada: «yo estaba junto a él como artesano».

El padre era el educador primario, como muestra reiteradamente el libro de los Proverbios: él transmitía las tradiciones culturales y religiosas. Por su parte, el

hijo aprendía, imitaba, recibía, obedecía. Hay que tener en cuenta estos datos y alguno más que irá saliendo al leer el NT, especialmente los evangelios. No he mencionado lo más importante, el amor mutuo, porque éste trasciende las culturas.

En los sinópticos no son muchos los textos que hablan explícitamente de la relación filial de Jesús. Aunque se dice que pasaba la noche orando a Dios, no se entra en ningún detalle, y sólo el «Padrenuestro» ofrece algún indicio. En cambio, puede decirse que en Juan el tema constituye el eje del evangelio; sólo que no se desarrolla linealmente, sino por episodios. Para no perder la orientación, seguiremos —contando de antemano con múltiples interferencias— este itinerario: misión, tarea, enseñanza, oración. Los textos que mencionan explícitamente la paternidad de Dios iluminan todos los demás.

La misión

La misión se expresa con dos verbos intercambiables: «enviar» y «despachar». La idea del envío del hombre por parte de Dios goza de una larga tradición en el AT. Para sacar al pueblo de Egipto, por ejemplo, Dios envía a Moisés. El texto actual del *Éxodo* es llamativo en su secuencia:

> «He visto la opresión de mi pueblo... he oído sus quejas... He bajado... a sacarlos de esta tierra. Y ahora te envío... para que saques...» (3,7-8.10).

Dios baja enviando a un hombre. Dicho al revés: el envío de un hombre es la bajada de Dios. Moisés, en un prolongado forcejeo, se resiste, pero al final debe ceder. Moisés fracasó cuando actuaba por propia iniciativa (Ex 2,11-15) y tuvo éxito cuando actuó enviado

por Dios. (La palabra española «misión» viene del latín *mittere*, que significa «enviar»).

Enviados típicos son los profetas. Lo que llamamos «vocación» se desdobla muchas veces en llamada y envío, o vocación y misión:

> «Adonde yo te envíe irás» (Jr 1,7).
> «Hijo de Adán, yo te envío a la Casa de Israel» (Ez 2,1).
> «No se te envía a un pueblo de idioma extraño» (Ez 3,4).
> «Me ha enviado para dar una buena noticia» (Is 61,1).

El último enviado es Juan Bautista, a quien su homónimo el evangelista define así: «Hubo un hombre enviado por Dios, llamado Juan, que vino como testigo» (Jn 1,6-7).

Toda esa serie de envíos y enviados es preparativo y prefiguración, porque el Enviado por antonomasia es Jesús; y lo es de un modo único, con una misión particular que se va articulando y desarrollando, en diversos actos, hasta su muerte y resurrección. «Dios envió a su Hijo», dice Pablo (Gal 4,4). Y la parábola de los viñadores, pronunciada durante la semana anterior a la pasión, resume en imagen la cadena de envíos hasta el final:

> «Por la vendimia, les envió un criado a los labradores... Les envió un segundo criado, y ellos lo descalabraron... Envió un tercero, y lo mataron... Le quedaba uno, su hijo querido, y se lo envió el último» (Mc 12,2.4-6).

La carta a los Hebreos lo formula así:

> «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por medio de un Hijo» (Heb 1,1-2).

Todas nuestras contemplaciones sobre la vida de Jesucristo han de estar enmarcadas por este dato: Jesús es un enviado, el enviado personal del Padre, y está cumpliendo en cada momento una misión. Jesús es consciente de ello y lo afirma repetidas veces.

De la misión de Cristo parte la misión de la Iglesia: «Como el Padre me envió, así os envío yo» (Jn 20,21). Ya no como fueron enviados los profetas, sino como fue enviado el Hijo. El envío es un dinamismo impreso en el ser y en la vida de la Iglesia y al que ésta no puede renunciar. No sólo los apóstoles: todo cristiano debe vivir como enviado de Jesucristo y, por él, del Padre.

Por su etimología (*via* = camino), en-viar es poner en camino, encaminar. Los profetas tienen que ir; Pablo tiene que viajar; los misioneros marchan a países lejanos. Jesús da ejemplo con sus viajes, dentro de los límites asignados por el Padre: «Vámonos a las aldeas vecinas, para predicar también allí, pues a eso he venido» (Mc 1,38).

El trabajo

El capítulo 5 de Juan contiene uno de los discursos doctrinales que Jesús pronuncia en controversia con las autoridades religiosas judías, La ocasión es la curación de un paralítico en sábado y el mandato de Jesús al paralítico, ya curado, de cargar con la camilla en día de reposo, cosa que realiza tranquilamente el hombre sanado. Dos detalles del relato dejan en mal lugar al ex-paralítico: primero, que no se entera de quién es su benefactor; segundo, que, cuando se entera, se lo cuenta a los rivales de Jesús.

Las autoridades judías se indignan progresivamente en tres tiempos: porque un hombre transporta cargas en sábado; porque Jesús cura en sábado; y por la réplica

contundente de Jesús. Esas autoridades —que Juan llama «judíos», a secas, sin especificar si eran fariseos— siguen y encarnan una tradición legal de profundo respeto al sábado.

El precepto del decálogo de santificar el sábado cobró gran importancia después del destierro, como muestran, por ejemplo, Is 56,4 y 58,13-14. En un texto que recoge el libro de los Números como episodio del desierto, un culpable de violación del sábado es condenado a muerte y apedreado por orden del Señor (15,32-36). El libro primero de los Macabeos 2,17-38 cuenta cómo un grupo de judíos murió en una caverna para no profanar luchando el sábado. La tradición farisaica exacerbó el rigor del precepto, rodeándolo de numerosas precisiones casuísticas. Sobre ese fondo legal hay que ver bastantes episodios de la actuación de Jesús.

Al poner la infracción del precepto en el marco de una curación prodigiosa, Juan dramatiza el contraste y pone un pedestal a la declaración y enseñanza de Jesús.

> «Por este motivo perseguían los judíos a Jesús, por hacer tales cosas en sábado. Pero Jesús les dijo: Mi Padre sigue trabajando, y yo también trabajo» (Jn 5, 15-16).

Del precepto del decálogo sube a la motivación de Ex 20,11:

> «Porque en seis días hizo el Señor el cielo, la tierra y el mar y lo que hay en ellos, y el séptimo descansó; por eso bendijo el Señor el sábado y lo santificó».

El sábado es sagrado en virtud del ejemplo de Dios creador. La visión de un Dios como artesano que descansa el séptimo día, retorna como justificación teológica de la práctica social y religiosa. El Génesis dice que «para el día séptimo había concluido Dios toda su

tarea, y descansó el día séptimo de toda su tarea» (2,2). Según una interpretación corriente, ese día cesó la actividad creadora de Dios. ¿Continuó otro tipo de actividad?

Aquí empalma la respuesta de Jesús: aunque polémica con tal interpretación del Génesis, podría apoyarse en la actividad histórica de Dios, las «obras, prodigios, proezas y portentos» tantas veces cantados por los israelitas. Pero Jesús no suaviza ni corrobora con argumentos su tajante respuesta: «Mi Padre sigue trabajando, y yo también trabajo». El hijo aprendiz acompaña al Padre en su taller artesano: cuando el Padre trabaja, también él colabora. Al Padre compete señalar tiempos y tareas.

El Eclesiástico (33,7) se pregunta: «¿Por qué un día es distinto de otro día, si todos repiten la luz del sol?»; y responde (33,8-12) que «La sabiduría de Dios los distinguió... y estableció entre ellos días festivos... bendijo uno de ellos y lo santificó; a los demás los hizo numerarios». Como en el Génesis concede Dios el disfrute de todos los árboles y veda uno solo, así en el Sinaí concede seis días para el trabajo y reserva uno para el descanso. Es lo que le reprochan, al parecer razonablemente, los fariseos a Jesús: si tienes seis días disponibles, ¿por qué curas en sábado?

Jesús justifica su acción llamando «Padre mío» a quien los judíos consideran autor de la ley. Jesús conoce la ley y conoce además al autor de la ley; sabe que la actividad de Dios no ha cesado con la creación. El Padre sigue creando a lo largo de la historia, porque no está sometido a los tiempos e instituciones creados. El Segundo Isaías, el profeta del destierro usa el mismo verbo crear, *br'* para significar la acción cósmica (40,26.28; 42,5) y la acción histórica (43,7.15; 54,16) de Dios.

El sábado es una institución ligada a nuestro sistema solar y procede de una subdivisión del mes lunar. En otros planetas el ciclo o año puede durar varios meses o varios años de los nuestros, y no todos tienen satélites reguladores... El sábado es una división del tiempo creado, al que el hombre está sometido. Pero Dios creador no está sometido al tiempo, por más que nuestra imaginación se empeñe en encerrar a Dios en las coordenadas temporales.

Dios discierne nuestro tiempo, porque está por encima, antes y después de él. Aunque, en rigor, ésos son modos nuestros de hablar, ya que en Dios no hay antes ni después. Y es que nosotros podemos concebir, pero no podemos imaginar prescindiendo del espacio y el tiempo (nos lo enseñó Kant). El tiempo es creación de Dios —nos recuerda San Agustín—, aunque el Génesis parezca sugerir que Dios se encuentra dentro del tiempo. Hemos de tener mucho cuidado en no mezclar nuestra imaginación con nuestras creencias, y menos aún para proponerla como contenido de nuestra fe. Agustín llama «ídolos mentales» a los productos de nuestra imaginación aplicados a Dios (*In Evang. Jo.* XIX,1). Si no ponemos atención, podemos caer en la trampa de los dirigentes judíos, pues compartimos con ellos algunas categorías de la imaginación. Nuestro lenguaje está irremediablemente ligado a experiencias del espacio y el tiempo; por eso necesitamos criticar nuestro lenguaje cuando explicamos nuestra fe.

En conclusión, Dios está fuera del tiempo (y ésta es otra forma de hablar, ya que tampoco hay «fuera» ni «dentro» para Dios). Dios puede aceptar el homenaje del hombre consistente en dedicarle una parte de su tiempo; pero no lo necesita ni está sometido a ello. Del mismo modo, puede saltarse dicha institución y actuar en cualquier momento del tiempo humano. Y si el Padre

trabaja, también el Hijo ha de trabajar, sólo que dentro del tiempo humano. Si el Padre tiene abierto el taller el sábado, también el Hijo puede y debe trabajar el sábado.

Nos cuesta trabajo imaginar lo que sentían los dirigentes judíos, aferrados a su tradición. Para ellos, el sábado era asunto vital, elemento constitutivo de su ser judíos, y encontraban arrogante la conducta de Jesús, que se ponía por encima del sábado. Y su juicio era lógico, al no reconocer la misión trascendente de Jesús. Lo cual no hace retroceder a éste, porque el Padre le ha encomendado una tarea, y él tiene que cumplirla. Los judíos ven en la conducta y la persona de Jesús una amenaza grave y piensan en eliminarla eliminándolo a él:

> «Por lo cual los judíos intentaban con más ganas darle muerte, porque no sólo violaba el sábado, sino que además llamaba a Dios Padre suyo, igualándose a Dios» (Jn 5,18).

La fórmula supone una reflexión teológica madura, de suerte que no se puede poner históricamente en boca de los judíos de entonces. Con todo, el texto de Juan nos hace comprender que es la relación particular del Hijo con el Padre la que provoca el conflicto de Jesús con sus paisanos. Su filiación no es como la del rey davídico, adoptado como hijo por el Señor (2 Sm 7; Sal 2; 89). El rey de Israel jamás se iguala a Dios.

En este punto encaja un discurso programático de Jesús (Jn 5,19-20):

> «El Hijo no hace nada por su cuenta
> si no se lo ve hacer al Padre.
> Lo que aquél hace lo hace igualmente el Hijo,
> porque el Padre ama al Hijo
> y le enseña todo lo que hace;
> y le enseñará acciones más grandes,
> para que os maravilléis vosotros».

Vuelve la estampa del artesano que cariñosamente va enseñando a su hijo sus habilidades más secretas, y el hijo, por imitación, se va apropiando dichas habilidades. El artesano es padre y maestro. El hijo tiene que aprender del Padre para ejecutar luego las tareas que el padre le encomiende (cf. Prov 8). En estas palabras se nos revela algo de la intimidad de Jesús, más allá de lo que nos dicen los sinópticos. El Padre no tiene secretos para el Hijo, y éste responde amorosamente a la instrucción paterna: hace lo que ha visto hacer a su Padre.

Hasta aquí nos hemos fijado en el aspecto formal, pero no hemos analizado el contenido: ¿qué le enseña el Padre?, ¿qué hace Jesús?, ¿qué tarea ha aprendido y le han encomendado? Por ahora, la tarea ha sido dar la salud a un enfermo grave; aunque su enfermedad no era mortal, yacía como muerto en vida; más que vivir, sobrevivía. El Padre le ha encomendado devolver la salud a un pobre enfermo; acción benéfica que no se ata a la cronología del sábado. Jesús lo cumple con palabra autorizada y autoritaria.

Para los judíos era más importante respetar el sábado, porque, según ellos, el honor de Dios estaba por encima de la salud de un hombre. El principio es aceptable; pero ¿es honor de Dios semejante interpretación del sábado? ¿Se honra a Dios condenando a la impotencia a aquel pobre hombre? Estas preguntas nos deben intranquilizar: ¡que nunca nos tranquilice falazmente el evangelio!

Ahora bien, esta curación no es más que un ensayo, preparación para realizar tareas asombrosas, culminantes. ¿Cuál es la tarea capital que el Padre encomienda al Hijo?

> «Como el Padre levanta a los muertos y les da la vida, así el Hijo a los que quiere les da vida» (Jn 5,21).

Que es Dios quien da la vida, se comprueba en diversos pasajes del AT:

«Yo doy la muerte y la vida,
yo desgarro y yo curo» (Dt 32,39).

«El Señor da la muerte y la vida,
hunde en el abismo y levanta» (1 Sm 2,6).

«¿Soy yo un dios capaz de dar muerte o vida,
para que éste me encargue de librar
a un hombre de su enfermedad?» (2 Re 5,7).

«Él nos despedazó y nos sanará,
nos hirió y nos vendará la herida.
En dos días nos hará revivir,
y al tercer día nos restablecerá» (Os 6,1-2).

En tiempos de Jesús, muchos judíos esperaban otra vida después de la muerte por el poder de Dios, y según esa creencia podían leer los textos citados. Lo que añade Jesús a esa creencia es que también el Hijo posee esa habilidad, aprendida del Padre. La próxima vez, Jesús resucitará a Lázaro. La acción y enseñanza definitiva del Padre dador de vida se realizará en la resurrección de Jesús. Lo que llamamos «resurrección» de Lázaro no es más que retorno a esta vida por algún tiempo más. La resurrección de Jesús será su entrada en la vida definitiva y plena. La alternativa muerte/vida física es símbolo de la alternativa muerte/vida en el orden trascendente. Juan nos invita a contemplar: Jesús, dando su vida, cumple la tarea encomendada de dar vida definitiva.

«El Padre no juzga a nadie, sino que encomienda al al Hijo la tarea de juzgar, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. Quien no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió» (Jn 5,22-23).

Recordamos el salmo 72,1: «Oh Dios, confía tu juicio al rey, tu justicia a un hijo de reyes».

El Padre se encarga de la vida y no quiere entrar en el juicio de condena, que es exclusión de la vida. Dicha tarea se la encomienda a Jesús, el cual sancionará la respuesta del hombre (cf. Jn 5,28-29); y se la encomienda porque su Hijo se ha incorporado a la humanidad. Puede ejercer tal potestad de diversas maneras, y con sentencia decisiva cuando todos comparezcan ante él. Su sentencia simplemente sanciona. Los que rechazaron al Hijo, que es la Vida, se quedarán en su rechazo; los que hayan acogido al Hijo, que es la Vida, la llevan sembrada dentro, y eIla vencerá a la muerte. (El tema queda pendiente para el final de la perícopa o de una sección).

«Os aseguro que quien oye mi palabra y cree a quien me envió tiene vida eterna y no es sometido a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán. Pues como el Padre posee vida en sí, así hace que el Hijo posea vida en sí; y, puesto que es hombre, le ha confiado el poder de juzgar. No os extrañéis de esto: llega la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz» (vv. 24-28).

Se distinguen dos momentos, uno presente y otro futuro: «escuchan» y «escucharán». El presente del primer momento nos invita a referirlo a la vida trascendente ya sembrada o plantada en el creyente, como arras o anticipo, en virtud de la cual, pasará el hombre, a través de la muerte, a la vida definitiva. Está plantada y germinando, aunque todavía no haya logrado el fruto pleno. El segundo momento abarca a los muertos, cuando se abran los sepulcros.

Así pues, la tarea capital de Jesús, encomendada por el Padre, es dar vida plena; por lo cual no puede parar, pues la vida del hombre le exige que no interrumpa su tarea.

Esa vida no se da automáticamente: es don que se recibe libremente, de modo que el rechazo excluye del don. Dios ofrece generosamente; es el hombre quien se sustrae a la vida regalada. No es vida impuesta, sino ofrecida. De hecho, Jesús pregunta al paralítico: «¿Quieres curarte?»; en otras ocasiones dirá: «¿Qué quieres que haga por ti?». La misión de Jesús es de amor, no de imposición; es oferta generosa. Jesús lo está experimentando en la resistencia de las autoridades judías, que han hecho de la *torá* (ley) y sus interpretaciones un absoluto, y no pueden aceptar lo que anula o amenaza su autoridad.

A través del rechazo, entra en la discusión el tema del juicio, especificado en el sentido de condena. Cuando hablamos de juicio, empleamos un símbolo de instituciones humanas que adoptan formas culturales diversas. No nos empeñemos en forzar los textos bíblicos para que encajen en nuestro sistema teológico conceptual, y en particular, el final de este texto:

> «Los que obraron bien resucitarán para vivir, los que obraron mal resucitarán para ser juzgados» (v. 29).

El último verbo equivale a «juzgados y condenados», o sea, a recibir la sentencia condenatoria. El reo tiene que comparecer, y para ello se levanta del sepulcro. Notemos cuidadosamente la oposición que propone Juan: vida / juicio, o vida / condena. Este texto no opone «vida feliz» a «vida atormentada». La tarea de Jesús es la que aprende del Padre: dar vida a cuantos quieran recibirla. Los que la rechazan, ellos mismos se condenan; y Jesús, en función de juez, sancionará la elección.

También en el juicio cumple la voluntad del Padre, como la cumple dando vida:

> «Yo no puedo hacer nada por mi cuenta; juzgo por lo que oigo, y mi sentencia es justa, porque no pretendo hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (v. 30).

La misión de dar vida se manifestará de modo espectacular en la resurrección de Lázaro, que precipita el desenlace de su pasión y muerte. Pero las palabras de Jesús y todo el relato no se refieren a una resurrección limitada a la vida temporal; cuando Jesús dice: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25), podríamos parafrasear diciendo: «resurrección para la vida» (5,29), o vida que exige la resurrección.

En el mismo capítulo 11 que acabamos de citar, queremos subrayar dos detalles importantes. Primero, la oración de Jesús al Padre:

> «Te doy gracias, Padre, porque me has escuchado. Yo sabía que siempre me escuchas, pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me enviaste» (vv. 41-42).

Es decir, resucitando al amigo revela su relación filial con su Padre Dios. El segundo detalle es que Jesús se conmueve por toda la situación humana: «se estremeció y dijo muy agitado... se echó a llorar... estremeciéndose de nuevo, se dirigió al sepulcro...» Juan quiere mostrarnos el rostro humano de Jesús y que el hecho portentoso es efecto del amor. Su relación con el Padre se funde perfectamente con la relación con sus hermanos los hombres, y desde esa situación humana se dirige al Padre con plena confianza.

Cuatro testimonios

Continuamos con el capítulo 5 de Juan, donde prosigue el discurso de Jesús, aunque el tema justifica una contemplación aparte.

¿Qué es un testimonio? Aunque lo sabemos, podemos afinar nuestra comprensión. Una determinada teoría del lenguaje incluye la distinción entre elocución e inlocución, donde esta última se refiere al talante, a la actitud del sujeto cuando habla. El mismo enunciado puede pronunciarse con actitudes diversas: contando a los amigos un suceso presenciado, denunciándolo a la policía, declarando como testigo en un proceso... Al ser distintas la finalidad y la función, cambia también nuestra actitud, nuestra manera de expresarnos. El testimonio posee una fuerza que no tiene el simple enunciado: quien lo pronuncia se compromete y exige asentimiento al que escucha. Puede obtener valor jurídico y forense. En cuanto al oyente, éste no escucha un relato de la misma manera que un informe o que un testimonio. El Antiguo Testamento considera muy importante el asunto y se ocupa de él en la legislación, en la predicación profética y en textos sapienciales.

En la perícopa que nos ocupa figuran cuatro testimonios que, en orden cronológico, son los siguientes: el de Moisés en la Escritura, el de Juan Bautista, el de las obras de Jesús y el del Padre. Seguiremos el orden del texto:

> «Si yo diera testimonio a mi favor, mi testimonio no sería válido; otro atestigua a mi favor, y me consta que su testimonio es fidedigno» (vv. 31-32).

Lo que se pide de un testigo es que sea fidedigno; y nadie más digno de fe que el Padre. En la causa que pretenden instruir las autoridades judías contra Jesús,

éste —dado que, según la legislación, el testimonio de uno en su propio favor no es válido— apela al testimonio del Padre. Bastaría con este testimonio; pero, como sus interlocutores no lo admiten, entonces apela al testimonio de otros hombres. A Jesús le basta el testimonio de su Padre; pero, en bien de los interlocutores, acepta testimonios humanos.

El primero es el del Bautista: aquel revuelo en el desierto, lejos de Jerusalén y de los núcleos urbanos, en una especie de retorno a experiencias fundantes del pueblo, fue tan impresionante que algunos llegaron a preguntarse si no sería Juan el Mesías. No lo era, evidentemente; su oficio era el de testigo:

> «Vosotros enviasteis una delegación a Juan, y él dio testimonio de la verdad. Y, aunque yo no me apoyo en testimonio humano, digo esto para vuestra salvación. Él era una lámpara que ardía y alumbraba, y vosotros quisisteis disfrutar un rato de su luz» (vv. 33-35).

Como un candil que alumbra mientras tiene aceite. Juan no era la luz, no tenía luz propia, sino recibida. Y la luz que recibía la reflejaba y difundía. Los judíos se contentaron con el reflejo del candil y no accedieron a la fuente luminosa. Siguiendo a la Vulgata, algunos autores antiguos citan a este propósito el salmo 132,17: «Preparo una lámpara para mi Ungido». Si la predicación de Juan fue importante y obtuvo algunos resultados, lo más importante de su misión fue, sin embargo, el testimonio a favor de Jesús: el que, viniendo detrás, estaba antes; el que poseía el Espíritu, el esposo. También Juan era testigo fidedigno, pero muchos no aceptaron su testimonio. Jesús apela entonces a otro más fuerte:

«Yo tengo un testimonio más valioso que el de Juan: las obras que mi Padre me encargó hacer y yo hago atestiguan que el Padre me ha enviado» (v. 36).

Son obras prodigiosas y benéficas, signo patente de poder y bondad. Cuando los hombres encuentran servicialidad y desinterés, suelen fiarse. Las obras de Jesús son desinteresadas, y por ello son testimonio de una conducta y un modo de ser. Pero, además, Jesús las realiza por encargo del Padre, y así resultan ser testimonio mediato del Padre. Con todo, apela de nuevo al testimonio inmediato:

«También el Padre que me envió da testimonio de mí. Su voz nunca la habéis oído, su figura no la habéis visto y su palabra no la conserváis en vosotros, porque al que él envió no le creéis» (vv. 37-38).

Recordamos los versos del prólogo: «Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único, Dios, que estaba al lado del Padre, lo ha explicado» (1,18). Sucede que aceptar el testimonio del Padre conlleva aceptar a Jesús como su enviado, y a esto se niegan los judíos. Han prejuzgado contra el testigo principal.

Los judíos aceptaban el testimonio de la Escritura, especialmente de Moisés, mediador de la ley. Precisamente en nombre de la ley (por ellos interpretada) rechazaban a Jesús, que violaba la ley. Jesús apela en última instancia —cuarto testigo— a la Escritura y a Moisés:

«Estudiáis la Escritura pensando que encierra vida eterna, pues ella da testimonio de mí; pero vosotros no queréis acudir a mí para tener vida. No penséis que seré yo quien os acuse ante el Padre: os acusará Moisés, de quien os fiáis. Pues, si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, pues él escribió acerca de mí. Y si no creéis

lo que él escribió, ¿cómo vais a creer mis palabras?» (vv. 39-40.45- 47).

«Moisés» equivale aquí al «Pentateuco», que no es todo ley, sino también relato y canto y exhortación. El argumento se basa en la lectura de la Escritura como profecía y prefiguración. Cuando la curación del ciego, los fariseos arguyen: «De Moisés nos consta que le habló Dios; en cuanto a ése, no sabemos de dónde viene» (Jn 9,29). Con sus escritos —según la opinión entonces imperante— Moisés habla como testigo de cargo, como cuando compone un canto (Dt 32) para la posteridad.

Juan escribe su evangelio para los cristianos; por lo tanto, debemos apropiarnos sus palabras y examinar cómo recibimos nosotros esos testimonios, que forman un sistema orgánico de textos escritos que incluye el Antiguo y el Nuevo Testamento. Moisés puede representar la parte principal del AT y es leído a la luz del Nuevo. Los evangelios recogen el testimonio del Bautista, las obras milagrosas de Jesús y el testimonio del Padre.

Esto puede inducirnos a pensar que todos los testimonios se reducen a un conjunto de textos escritos. No es así: en los textos hemos de escuchar la voz del Espíritu; no basta leerlos como simples documentos humanos. Y a ello se ha de sumar el testimonio del Padre, dirigido personalmente a cada uno de los cristianos: nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre.

¿Dónde buscamos nuestra información y apoyamos nuestra convicción? ¿Leemos la Biblia para satisfacer nuestra curiosidad? ¿Nos conformamos con testimonios humanos, luz limitada como la de Juan Bautista? ¿Buscamos sinceramente el testimonio del Padre en nosotros, o nos da miedo y pensamos que esa voz en nuestro

interior nos va a engañar? ¿Predomina en nosotros la sospecha o la confianza?

La actitud básica del cristiano debe ser la de la confianza infundida por el Espíritu. Los testimonios humanos tienen valor, como también lo tienen los textos escritos del Evangelio. Pero todos nos deben conducir al testimonio insustituible del Padre.

Los versos 41-44 añaden otro tema en forma de denuncia: Jesús es desinteresado y busca únicamente el honor del Padre; los judíos interpelados, en cambio, van a la caza de honores y prestigio y se encierran en un círculo de elogios mutuos. Citan a sus maestros para ser citados. No buscan sinceramente el honor de Dios ni el honor que procede de solo Dios. Son interesados, y por eso no se abren al mensaje y la misión de Jesús, al testimonio del Padre. Pues bien, Moisés, a quien citan como maestro —tal como ellos lo interpretan—, los acusará un día con el sentido auténtico de sus palabras.

Y también nosotros podemos caer en la misma tentación: la búsqueda de prestigio y honores como valor superior al que subordinamos nuestro estudio de la Biblia, en la que no escuchamos la voz del Espíritu. La humildad es actitud básica para aceptar el testimonio. Como complemento de lo anterior, leamos otro texto de Juan:

> «Yo soy la luz del mundo: quien me siga no caminará en tinieblas; antes bien, tendrá la luz de la vida. Le dijeron los fariseos: —Tú das testimonio a tu favor, tu testimonio no es válido. Jesús les contestó: —Aunque doy testimonio a mi favor, mi testimonio es válido, porque sé de dónde vengo y adónde voy; en cambio, vosotros no sabéis de donde vengo ni adónde voy. Vosotros juzgáis con criterios humanos; yo no juzgo a nadie. Y si juzgase, mi juicio sería válido, porque no juzgo yo solo, sino con el Padre que me envió. Y en

> vuestra ley está escrito que el testimonio de dos personas es válido. Yo soy testigo en mi causa, y es testigo también el Padre que me envió» (8,12-18).

Como San Juan, invitados y guiados por él, volvamos siempre a escuchar en nuestra oración el testimonio del Padre sobre Jesús: 1 Jn 5,9-10:

> «Si aceptamos el testimonio humano, más convincente es el testimonio de Dios; y el testimonio de Dios es el que ha dejado acerca de su Hijo» (1 Jn 5,9-10).

La doctrina de Jesús

Gran parte de la actividad de Jesús, según los evangelios, consiste en enseñar. Su estilo era semejante al de los rabinos de su tiempo: relatos, refranes, comparaciones... El contenido era nuevo, y el tono distinto: «Cuando Jesús terminó su discurso, la multitud estaba asombrada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, no como los letrados» (Mt 7,28). ¿De dónde le viene la autoridad?

Los doctores de la ley o letrados solían haber sido formados en la escuela de un maestro (Pablo arguye que había estudiado «a los pies de Gamaliel»: Hch 22,3) y recibían credenciales que les autorizaban para enseñar en el templo o en las sinagogas.

Estudiaban principalmente la ley y su interpretación. Aunque podían presentarse por cuenta propia, habitualmente formaban parte de una escuela y apelaban a la autoridad de algún maestro reconocido.

Jesús, en cambio, enseña como un rabino ambulante: ¿dónde están sus credenciales?

> «Mediada la fiesta, subió Jesús al templo a enseñar. Los judíos comentaban sorprendidos: '¿Cómo tiene ése

> tal cultura si no tiene instrucción?' Jesús les contestó: 'Mi enseñanza no es mía, sino del que me envió. Si uno está dispuesto a cumplir la voluntad de aquél, podrá distinguir si mi enseñanza procede de Dios o si me la invento yo. El que habla por cuenta propia busca su gloria; pero el que busca la gloria del que lo envió es veraz y no procede con injusticia'» (Jn 7,14-18).

Jesús enseña lo que el Padre le enseña: él es su fuente de enseñanza y de autoridad. Jesús, pues, no inventa nada, como los falsos profetas:

> «¡Ay de los profetas mentecatos que se inventan profecías, cosas que nunca vieron, siguiendo su inspiración!» (Ez 13,3).

Tampoco tiene que apelar a la autoridad de ninguna escuela o maestro famoso.

Sentados, no a los pies de Gamaliel, como Pablo, sino a los pies de Jesús, como María (Lc 10,39), escuchamos su enseñanza, que procede inmediatamente del Padre. Dios educaba a su pueblo como un padre a su hijo (Dt 8); ahora el Padre nos educa por medio de su Hijo.

La pregunta de las autoridades judías revela su sorpresa y su admiración, pues saben que Jesús es hijo de artesano y no ha asistido a ninguna escuela. Jesús nos dice que su doctrina la ha aprendido en la escuela paterna; y no se presenta como jefe de escuela, porque quiere conducirnos al Padre. ¿Y cómo estamos seguros de que ha sido enviado por Dios? No esperábamos la respuesta que nos da: si estás dispuesto a ponerla en práctica, verás que el Padre la garantiza. Si alguien no reconoce la misión del Padre, es porque no quiere aceptar y vivir su mensaje; en consecuencia, procura desacreditar la doctrina y al maestro.

Esa doctrina no pertenece a un régimen racional de pruebas y contrapruebas, sino a un régimen de disponibilidad y de fe. Uno puede cerrarse libremente a la enseñanza y al testimonio. Quien no cree, busca justificarse; y lo hace negando crédito, desacreditando. Incluso repasa las pruebas para refutarlas, porque de antemano se niega a aceptarlas.

Sentémonos en la escuela de Jesús, que es la del Padre, y seamos muy cautelosos ante la multiplicación de mediaciones humanas: el evangelista escogido, el magisterio de la Iglesia, los comentarios, los traductores... Sin rechazar las mediaciones, hay que volver siempre al Evangelio como enseñanza de Jesús aprendida del Padre. Después, cuando nos toque enseñar a otros, como mediadores, todo nuestro esfuerzo debería consistir en conducirlos al contacto directo con el Evangelio. En la cultura griega, el «pedagogo» era el que conducía a los niños a la escuela (*pais* = niño; *ago* = conducir). Ojalá sea de ese estilo nuestra pedagogía, sin buscar nuestro propio prestigio ni el de una escuela determinada.

> «La palabra que me habéis oído no es mía,
> sino del Padre que me envió.
> El Valedor, el Espíritu Santo,
> que enviará el Padre en mi nombre,
> os lo enseñará todo
> y os recordará lo que yo os dije» (Jn 14,24.26).
> «A vosotros os he llamado amigos,
> porque os he comunicado
> cuanto escuché a mi Padre» (Jn 15,15).

La obediencia del Hijo

Virtud básica de un hijo es obedecer a los padres (recuérdese la parábola de los dos hijos: Mt 21,28-31). Pues bien, toda la vida de Jesús consiste en cumplir

puntualmente la voluntad del Padre; y, aunque no tiene necesidad de explicitarlo continuamente, sí lo hace en el discurso de la cena:

> «El mundo ha de saber que amo al Padre
> y que hago lo que el Padre me encargó» (Jn 14,21).
>
> «Si cumplís mis mandamientos,
> os mantendréis en mi amor;
> lo mismo que yo cumplo los mandamientos de mi Padre
> y me mantengo en su amor» (Jn 15,10).

Lo capital de estas frases es que inscriben la obediencia en el amor. No basta con la mera sumisión, con la anulación de la voluntad propia, si no se comprende como expresión del amor. Frases como éstas revelan lo más hondo de la espiritualidad de Jesús. El amor, que es comunicación y entrega, es incompatible con la desobediencia. La obediencia de Jesús al Padre es libertad suprema, como es libre el amor. Nada hay forzado en la obediencia de Jesús, del mismo modo que no lo hay en el amor. Todo acto de obediencia es un acto de amor. Y, al igual que el amor mutuo, del mismo modo la obediencia de Jesús revela también el amor del Padre. ¡Si aprendiéramos de Jesús lo que es ser hijos de Dios...!

Conocer al Padre

Al transmitirnos lo que aprendió del Padre, Jesús nos revela muchas cosas sobre el Padre. Pero más importante que conocer cosas sobre el Padre es conocer al Padre. Y también de este conocimiento es Jesús el mediador: nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. ¿Y qué es conocer al Padre?

Hemos de partir de la experiencia humana de conocer a otras personas. No es igual el conocimiento que

tenemos de un objeto que el que tenemos de una persona. No conocemos de igual modo un mineral que a un compañero o a un amigo. Dado que compartimos una naturaleza humana común, poseemos la base para un conocimiento personal mutuo. Si no compartiésemos tales experiencias, nuestro conocimiento del otro sería pura aproximación. Por más que expliquemos al ciego de nacimiento lo que es la luz y los colores, su conocimiento del arco iris o del plumaje de un papagayo no pasará de ser un conocimiento por analogía. El hombre puede entender ciertas reacciones y comportamientos de los animales, porque también él actúa en ocasiones de manera parecida; pero los animales nunca lograrán conocer al hombre como persona.

Y aquí viene lo paradójico: cada cual es único e irrepetible en su conciencia, se sabe idéntico a sí, presente a sí por la conciencia, se posee como distinto de todos los demás; y precisamente esa experiencia de lo irreductible le permite salir hacia otra conciencia única e irreductible: puede conocer al otro como persona porque se conoce a sí mismo como persona.

Semejante conocimiento no es puramente intelectual, sino que implica globalmente muchos estratos de la persona: emociones, imaginaciones, deseos... Lo global se puede descomponer en aspectos sin perder la unidad. Conocemos a otras personas de vista, de oídas, poco más que como si fueran objetos. Cultivamos su relación dlrecta, y enseguida se despiertan la simpatía o la antipatía, la atracción y el agrado o el disgusto... No procuramos ni mantenemos la neutralidad. Uno puede conocer al otro por lo que dice, pero además puede descubrir motivaciones, adivinar reticencias, compartir emociones... Si podemos engañarnos acerca del otro, también podemos acertar. También la antipatía es una forma de relación que no es puramente racional.

Si hasta aquí hemos discurrido en términos de dualidad —yo y el otro—, introduzcamos a un tercero. A veces un tercero nos pone en contacto con otro, nos introduce en su conocimiento, nos ayuda a estrechar lazos. Y no me refiero al conocimiento de oídas, por lo que me cuenta el tercero, sino al acceso directo, gracias a los buenos servicios del mediador.

Partiendo de estos presupuestos, preguntamos: ¿podemos conocer a Dios como persona? No compartimos con Dios una misma naturaleza. Nuestra distancia respecto de Dios es inmensamente mayor que la distancia entre el animal y el hombre. ¿Cómo podemos, pues, conocer a Dios como Padre? Se habla del conocimiento natural de Dios, que significa saber que existe y tener noticia de algunas de sus propiedades metafísicas. Se trata de un conocimiento más bien racional, intelectual, que puede provocar otras reacciones. Es el Dios de los filósofos, no el Dios que buscamos. Casi podríamos llamarlo «el Dios desconocido», como el del ara que observó Pablo en Atenas.

¿Cómo podrá el hombre conocer a Dios? La revelación nos da respuestas. Ante todo, nos dice del hombre, y sólo del hombre, que es imagen de Dios. Por eso, partiendo de experiencias humanas, el hombre puede remontarse y llegar de algún modo a Dios. Arrancando de la primera página del Génesis, los autores bíblicos hablan de Dios en términos antropomórficos, valiéndose del lenguaje de los símbolos. Y cuando hablan de otros seres (cósmicos, animales, etc.), lo hacen en cuanto que el hombre tiene alguna experiencia de ellos. Los raros momentos de éxtasis, de enajenación o de misticismo significan el paso de un nivel de la conciencia a otro superior. El extático sale de su conciencia normal.

La revelación avanza con un paso cualitativamente diverso: podemos conocer a Dios como Padre, porque Jesús nos lo revela. Es el tema central del evangelio de Juan: Jesús, revelador del Padre. Una revelación que tiene lugar en momentos de controversia o de intimidad. Además, Jesús glorificado nos envía, nos infunde su Espíritu, que nos confiere una especie de naturaleza divina y nos permite sintonizar con la divinidad en una longitud de onda inusitada y trabar una relación interpersonal con Dios como Padre.

a) Retornamos al principio y fundamento para ser testigos privilegiados de la revelación que el Padre hace del Hijo y la que, por el Espíritu, el Hijo hace del Padre. Tal es nuestra oración y contemplación. Y si insertamos palabras nuestras de petición, es para que se nos conceda dicha contemplación. En la llamada oración sacerdotal, Jesús declara: «En esto consiste la vida eterna, en conocerte a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesús, el Mesías» (Jn 17,3). Pedir ese conocimiento es vital para nosotros —dando a la palabra «vital» su sentido etimológico fuerte—. Cuestión de vida o muerte, de vida espiritual, de vida vencedora de la muerte: «en esto consiste la vida eterna».

> «Unos vecinos de Jerusalén comentaban: '¿No es éste el que intentaban matar? Pero resulta que habla públicamente y no le dicen nada. ¿Habrán reconocido realmente las autoridades que éste es el Mesías? Sólo que de éste sabemos de dónde viene; cuando venga el Mesías, nadie sabrá de dónde viene'. Entonces Jesús, que enseñaba en el templo, exclamó: 'A mí me conocéis, y sabéis de dónde vengo. Yo no vengo por mi cuenta, sino que me envió el que es veraz. Vosotros no lo conocéis; yo sí lo conozco, porque procedo de él, y él me envió'» (Jn 7,25-29).

El narrador utiliza aquí uno de sus recursos didácticos: presentar a una o varias personas que no entienden o entienden mal y que, con el malentendido, dan pie a la explicación ulterior de Jesús. Aquí son unos vecinos de la capital desconcertados por la identidad de Jesús: ¿es o no es el Mesías? Por sus acciones milagrosas y su enseñanza, parece serlo; por su origen, no puede serlo. Se sabe que éste viene de Nazaret y que es un artesano, mientras que del Mesías no se sabrá la procedencia. (En la cena de pascua dejaban algunos israelitas piadosos un asiento libre, por si se presentaba inesperadamente el siempre esperado Mesías). Esa gente tiene un horizonte muy limitado. Como si uno dijera que viene de la atmósfera una luz que procede del espacio, confundiendo un meteorito incandescente con una estrella lejanísima y brillante.

En Nazaret comienza la etapa empírica del viaje; antes de ella se dilata la etapa trascendente. También nosotros podemos desorientarnos pensando que una reconstrucción del Jesús histórico nos permitirá conocerlo como era. Sería un conocimiento de tipo informativo: útil, pero insuficiente. No faltan agnósticos que, rastreando en los evangelios informaciones históricas sobre la personalidad de Jesús, llegan hasta Nazaret y allí se quedan.

Conocer de veras a Jesús supone conocer de dónde viene, reconocer que es un enviado y descubrir a quien lo envió. A los comentarios desconcertados de la gente responde Jesús con una pregunta o contraponiendo dos tipos de conocimiento. No conocen al Padre, porque no reconocen al Hijo. Conocen muchas cosas de Jesús, pero desconocen lo último y fundamental. En cambio, Jesús sí conoce personalmente al Padre y es enviado a comunicar su conocimiento. Conocer superficialmente a Jesús es conocer superficialmente o desconocer al Padre

de Jesús, al Dios verdadero. Acudamos al Evangelio cada vez a contemplar la suprema revelación: «Nadie conoce quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».

En otro pasaje, discutiendo sobre el valor del testimonio, Jesús inculca la misma idea:

> «'Yo soy testigo en mi causa, y es testigo también el Padre que me envió'. Le preguntaron: '¿Dónde está tu padre?' Contestó Jesús: 'Ni a mí me conocéis ni a mi Padre. Si me conocierais a mí, conoceríais a mi Padre'» (Jn 8,18-19).

b) Vamos a meternos en el corazón de una controversia, en el capítulo más polémico y más duro de Juan. Escuchemos primero el «crescendo» y la culminación de los versos finales:

> «Le contestaron los judíos: '¿No tenemos razón al decir que eres samaritano y que estás endemoniado?' Contestó Jesús: 'No estoy endemoniado, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis a mí. Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga. Os aseguro que quien cumple mi palabra no sufrirá jamás la muerte'. Le dijeron los judíos: 'Ahora estamos seguros de que estás endemoniado. Abrahán murió, lo mismo que los profetas, y tú dices que quien cumpla tu palabra no sufrirá jamás la muerte. ¿Por quién te tienes?' Contestó Jesús: 'Si yo me glorío, mi gloria no vale; es el Padre quien me glorifica, el que vosotros llamáis Dios nuestro, aunque no lo conocéis. Yo, en cambio, lo conozco. Si dijera que no lo conozco, sería tan mentiroso como vosotros. Pero lo conozco y cumplo su palabra. Vuestro padre Abrahán disfrutaba esperando ver mi día: lo vio y se alegró'. Le replicaron los judíos: 'No has cumplido cincuenta años ¿y has conocido a Abrahán?' Jesús les dijo: 'Os lo aseguro, antes de que existiera Abrahán, existo yo'. Entonces cogieron piedras para ape-

> drearlo, pero Jesús se escondió y salió del templo» (Jn 8,48-59).

¿Cuántas veces hemos leído este capítulo? ¿Lo hemos meditado? Sucede que lo leemos como dirigido polémicamente a los judíos y no sabemos escucharlo como dirigido a nosotros, que nos profesamos cristianos. Se impone una meditación en tres círculos concéntricos: el interior se desarrolla en el escenario y con los interlocutores diseñados por el evangelista; el intermedio supone al evangelista escribiendo para su comunidad cristiana (cuando los cristianos ya han sido excomulgados en el sínodo de Yamnia); el exterior, que se va dilatando a lo largo de la historia, supone el Evangelio que actualmente conocemos y dirigido a nosotros.

Escuchamos de nuevo el tema de la honra o gloria y del conocimiento. Los judíos llaman a Yhwh «Dios nuestro»; evitan pronunciar el nombre sagrado, a la vez que lo reconocen como Dios exclusivo del pueblo. El verbo *yd'* (conocer, reconocer), con Dios como complemento directo, es frecuente en el AT. En Ezequiel se oye con frecuencia la frase «y sabréis que yo soy el Señor (Yhwh)». Jesús polemiza: «aunque lo llamáis 'nuestro Dios', no lo conocéis, porque os cerráis a la revelación que yo traigo de su parte. Ésa es mi honra y mi gloria, la que vosotros me negáis». Jesús sí conoce a Dios, su Padre, y faltaría a la verdad y a su misión si lo negara, si no lo confesara públicamente. Cuando invocamos: «Dios nuestro», «Dios mío», ¿lo reconocemos de veras como Padre de Jesús y Padre nuestro? Tal es el honor que debemos tributar a Jesús: reconocerlo como enviado y revelador del Padre, cumplir la palabra que nos transmite por encargo del Padre. Si es ésa la gloria de Jesús, es la clave de nuestra vida. La expresión que hemos traducido «existo yo» (haciendo juego con la

referida a Abrahán) corresponde a la expresión que Juan pone varias veces en boca de Jesús: «Yo soy», la cual responde a la expresión del AT «Yo soy el Señor» (*ani Yhwh*). En esa declaración culmina la polémica, la revelación que conducirá al desenlace del Calvario.

c) El texto siguiente pertenece al discurso de la cena, que es el discurso de las despedidas y las confidencias. Al estilo de las despedidas de Moisés (Dt), Samuel, David, el padre de los Macabeos y otros personajes paganos, en el cuarto evangelio pronuncia Jesús un discurso de despedida que, en rigor, encajaría muy bien antes de la ascensión (como la cuenta Lucas). El comienzo del discurso está marcado por las interrupciones de Tomás y de Felipe, que dan pie a respuestas programáticas de Jesús:

> «'No estéis turbados. Creed en Dios y creed en mí. En *casa de mi Padre hay muchas estancias; si no, os lo* habría dicho, pues voy a prepararos un puesto. Cuando vaya y lo tenga preparado, volveré a llevaros conmigo, para que estéis donde yo estoy. Ya sabéis el camino para ir adonde yo voy'. Le dice Tomás: 'Señor, no sabemos adonde vas, ¿cómo podremos conocer el camino?' Le dice Jesús: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie va al Padre si no es por mí'» (Jn 14,1-6).

Jesús no sólo trae la enseñanza y la verdad del Padre, sino que él es la verdad, la revelación del Padre en todo. Es el camino que conduce al Padre: ya en esta vida nos guía y asegura el acceso, mejor que la nube y el fuego a los israelitas en el desierto; y al final él nos toma de la mano para nuestro tránsito a la casa del Padre. Es la vida recibida del Padre, poseída y comunicada a nosotros. Podemos amplificar el enunciado combinando sus piezas. Es una verdad en camino, porque no todo

está dicho ni comprendido. Quien crea haber llegado al término del conocimiento, no ha empezado a conocer como es debido. Es verdad vital, no meramente intelectual. Es vida verdadera, auténtica, que se desarrolla a lo largo del camino. Es la revelación definitiva que inicia en nosotros un proceso y lo conduce a su término, que es Dios Padre.

Viene después la interrupción de Felipe. En la experiencia humana observamos muchas veces cómo un hijo se parece a su padre o a su madre. Decimos de él que es igualito, que es «clavado», en sus facciones, en sus ademanes, en sus movimientos... Hemos convivido con el padre, y nos parece tenerlo delante en el hijo. La experiencia nos ayudará a meditar lo que sigue:

> «'Si me conocierais a mí, conoceríais también al Padre. Ahora lo conocéis y lo habéis visto'. Le dice Felipe: 'Señor, enséñanos al Padre, y nos basta'. Le responde Jesús: 'Tanto tiempo llevo con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre: ¿cómo pides que te enseñe al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo no las digo por mi cuenta; el Padre que está en mí realiza sus propias obras'» (Jn 14,7-10).

Vamos a utilizar la imagen de la representación, la cual puede ser tan certera e intensa que haga presente su objeto: presencia por re-present-ación. Algo así intenta el actor dramático: desplegar ante nosotros la ficción y su sentido, que es su verdad; y lo mismo, aunque de otra manera, intenta el novelista con sus personajes y sus escenas. Pues bien, mucho más en el caso de Jesús, representación y presencia viva del Padre.

Contemplando en el Evangelio la vida de Jesús, percibimos al trasluz la presencia del Padre. El AT habla de ver a Dios en términos negativos y positivos: es

posible en el templo contemplar la «gloria», asistir a una teofanía; es imposible verlo tal y como es. Moisés, animado por las peticiones que ha visto satisfechas, pide un día al Señor: «Enséñame tu gloria». Y el Señor replica: «Mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y quedar con vida» (Ex 33,18.20).

Felipe emula la audacia de Moisés, pero recibe una respuesta positiva: en Jesús puede ver al Padre, si acierta a conocerlo en profundidad. Y nosotros, tanto tiempo leyendo y meditando los evangelios, acompañando mental, espiritualmente a Jesús, ¿aún no lo conocemos? ¿No contemplamos en él al Padre? No lo vemos como Felipe o como Tomás, pero la fe nos abre los ojos: «Dichosos los que sin ver creyeron» (Jn 20,29). Cuando contemplamos los misterios de la vida de Cristo, el misterio último es que es el enviado del Padre. Los místicos atestiguan la penetración que puede alcanzar la fe. ¿Cómo es posible esa revelación? Su fundamento es trascendente; tan misterioso que lo captamos con fe humilde, aunque no acabemos de entenderlo. El fundamento es la unidad del Padre y el Hijo, que supera la representación, porque es presencia pura. En Jn 10,30 afirma Jesús: «El Padre y yo somos uno»; declaración que escandaliza a los judíos. En Jn 14,20 completa: «Aquel día comprenderéis que yo estoy en el Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros». La unidad se abre para darnos cabida.

La acción del Espíritu

En la revelación de Dios Padre por el Hijo, el Espíritu Santo desempeña una función. Vamos a contemplarlo en unos cuantos textos:

> «El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús se puso en pie y exclamó: '¡Quien tenga sed acuda a mí

a beber: quien crea en mí! Así dice la Escritura: De sus entrañas manarán ríos de agua viva'» (Jn 7,37).

Es la fiesta de las Chozas, la más alegre del año. Coincide con el fin de las cosechas y recuerda el camino del pueblo por el desierto. Ante un público numeroso, Jesús se apropia una profecía del libro de *Isaías*:

«¡Atención, sedientos: acudid por agua!» (55,1).

«Serás un huerto bien regado,
un manantial de aguas cuya vena nunca engaña» (58,11).

El manantial es él, no el creyente. El evangelista añade la explicación de la frase:

«Se refería al Espíritu que habían de recibir los creyentes en él; todavía no se daba Espíritu, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Jn 7,39).

La promesa se hace durante una fiesta del rito antiguo; la entrega se difiere hasta la glorificación. Jesús es el manantial siempre manante, porque posee la plenitud del Espíritu (como un océano de aguas inferiores: *Apsu*). El Espíritu es el agua que lo llena y vivifica todo. Otros textos del AT ilustran esta enseñanza:

«Del zaguán del templo manaba agua hacia levante... Estas aguas fluyen hacia la comarca levantina, bajarán hasta la estepa, desembocarán en el mar de las aguas pútridas y lo sanearán. Todos los seres vivos que bullen allá donde desemboque la corriente tendrán vida, y habrá peces en abundancia. Al desembocar allí estas aguas, quedará saneado el mar y habrá vida dondequiera llegue la corriente» (Ez 47,1.8-9).

«Brotará un manantial en el templo del Señor» (Jl 4,18; cf. Zac 14,8).

Más que la sed, estos textos subrayan la vitalidad de la naturaleza y, con las imágenes del bullir de seres vivos y de la abundancia de peces, evocan el relato de la creación de Gn 1, con el poder recreador de las aguas, capaces de sanear lo estancado y curar enfermedades.

El Espíritu es el don por excelencia de Jesús glorificado, que cumple lo prometido en el discurso de despedida de la cena:

«Si me amáis, guardad mis mandamientos, y yo pediré al Padre que os envíe otro Valedor que esté con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Vosotros lo conocéis, pues permanece con vosotros y está en vosotros. Os he dicho esto mientras estoy con vosotros. El Valedor, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os dije» (Jn 14,15.25-26).

Jesús es la verdad: una verdad tan densa y tan inmensa que hay que desentrañarla y hacerla comprender a lo largo de las circunstancias de la historia. De esa tarea se encargará el Espíritu que enviará perpetuamente Jesús glorificado. También dice que lo enviará el Padre en atención al Hijo o cuando se lo pidamos invocando a su Hijo. Los versos combinados contienen una referencia trinitaria. No olvidemos que estos textos están escritos probablemente unos sesenta años después de los acontecimientos narrados, cuando la Iglesia ha crecido y se ha consolidado y dispone ya de escritos propios.

El Espíritu está presente en la comunidad cristiana recordando, instruyendo, desplegando y haciendo comprender la enseñanza de Jesús, aprendida del Padre. En los escritores del NT y en otros muchos posteriores ha estado presente y activo el Espíritu. En otro nivel, sucedía lo mismo o algo equivalente cuando escribían los

Santos Padres y los místicos y autores espirituales, los cuales no suplantan la acción del Espíritu, antes bien, se someten a ella y conducen a otros al encuentro inmediato con el Espíritu que vive y actúa en la Iglesia. Son mediadores que conducen a la fuente y que no suministran agua de su alberca privada.

Un autor sapiencial, Jesús Ben Sira, parece sentir en sí la tensión: «el canal se me hizo un río, y el río se me hizo un lago... derramaré doctrina como profecía» (Eclo 24,31.33). Por una parte, el maestro ha represado mucha enseñanza tradicional; por otra, se siente movido por un espíritu profético.

Es curioso cómo algunas personas espirituales parecen desentenderse del Espíritu. No es que lo olviden, sino que parecen no percatarse de su presencia y acción, no contar con él. Otros creen que el Espíritu alienta en la Iglesia, pero tienen miedo de escuchar su voz interior, como si se prestara a engaño. Por ejemplo, les da miedo leer la Biblia, por si la entienden mal. Como si todavía pesara la polémica protestante. Pensemos en cuántos protestantes han sacado fruto espiritual auténtico leyendo la Biblia. Si uno, por el bautismo, posee el Espíritu y lee con buena intención, sacará fruto de la lectura.

El Espíritu habita en toda la Iglesia y en cada cristiano y nunca está inactivo. Constantemente nos recuerda y enseña el misterio del Padre y del Hijo. La autoridad en la Iglesia también es asistida por el Espíritu; lo cual no la dispensa del discernimiento, al que también debe someterse. San Ignacio no reduce la vida espiritual a la obediencia mecánica, sino que desarrolla toda una teoría y una práctica del discernimiento. Hay que discernir para identificar la posible ingerencia de espíritus falsos, de espíritus del mundo: el discernimiento los desenmascara y despeja el campo para el encuentro con el «Espíritu de la verdad».

> «Cuando venga el Valedor, que yo os enviaré de parte del Padre, él dará testimonio de mí, y también vosotros daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio» (Jn 15,26-27).

Es éste un texto trinitario: el Hijo envía el Espíritu de parte del Padre, y será función suya dar testimonio. Por tanto, al cuádruple testimonio sobre Jesús —Moisés, Juan Bautista, las obras, el Padre— se añade el del Espíritu, que pone el sello a los demás. Ya en el bautismo, el Espíritu testifica bajando en figura de paloma y posándose sobre él. También los discípulos,impulsados por el Espíritu, son enviados a dar testimonio de Jesús como enviado del Padre. Toda la misión apostólica está bajo el signo del Espíritu, que es el primer protagonista del libro de los *Hechos de los Apóstoles* a partir de Pentecostés:

> «De estos hechos somos nosotros testigos con el Espíritu Santo que Dios concede a los que creen en él» (5,32).
>
> «El Espíritu dijo a Felipe: 'Acércate y pégate a la carroza...'» (8,29).
>
> «Pedro seguía dándole vueltas a la visión, cuando el Espíritu le dijo...» (10,19).
>
> «El Espíritu me ordenó ir con ellos sin reparos...» (11,12).
>
> «Durante una liturgia en honor del Señor, acompañada de ayuno, el Espíritu Santo dijo... Así, enviados por el Espíritu Santo...» (13,2.4).
>
> «Sólo sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me asegura...» (20,23).

El testimonio apostólico se realiza de dos formas: el anuncio del mensaje y el martirio; tal es la etimología

de *martys* = testigo. El primer mártir, Esteban, hablaba «con sabiduría y Espíritu». Al final de su discurso, «lleno de Espíritu Santo, fijando la vista en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús a la derecha de Dios, y dijo...» (7,55).

En conclusión, el texto trinitario (Jn 15,26-27) desemboca en un ámbito eclesial expansivo.

> «Lo que os he dicho os ha llenado de tristeza, pero os digo la verdad: os conviene que yo me vaya. Si no me voy, no vendrá a vosotros el Valedor; si me voy, os lo enviaré. Cuando él venga, convencerá al mundo de un pecado, de una justicia, de una sentencia: el pecado, que no han creído en mí; la justicia, que yo voy al Padre y no me veréis más; la sentencia, que el príncipe de este mundo está sentenciado» (16,7-11).

Con una breve frase, Juan intenta evocar la emoción del momento de la despedida. Conviviendo con Jesús, los discípulos le han cobrado cariño. Pedro lo manifestará con expresiones hiperbólicas de confianza propia, expresivas de un sentir sincero. Todos serán cobardes, pero con el dolor de quien ama y se siente desleal al amigo.

En ese clima suena extrañamente la afirmación de Jesús: «os conviene...» La ruptura será dolorosa; pero será ventajosa, porque va a inaugurar un régimen nuevo, que es la presencia activa del Espíritu. Jesús tiene que marchar al Padre para enviar al Espíritu. Y no lo enviará de una vez para siempre, sino que lo estará enviando constantemente a lo largo del tiempo.

En los versos 8-11 se introduce otra función del Espíritu: la de fiscal y abogado, a la vez, en un juicio en suprema instancia; según el esquema habitual, un juicio en el que se enfrentan un inocente y un culpable, por encima de los cuales el juez pronuncia sentencia, después de escuchar la argumentación del defensor y del acusador.

El Antiguo Testamento ofrece antecedentes a este respecto. Por ejemplo, el gran diálogo, casi un regateo, entre Abrahán y Dios a propósito de Sodoma: «¡Lejos de ti confundir al inocente con el culpable!... El juez de todo el mundo ¿no hará justicia?» (Gn 18,25). O bien la séptima plaga, que hace al Faraón reconocerse culpable (Ex 9,27). O bien la denuncia que hace Isaías de «los que por soborno absuelven al culpable y niegan justicia al inocente» (Is 5,23). El verbo griego que emplea Juan, *elenkhein*, es frecuente en el lenguaje forense y puede significar toda la argumentación hasta dejar convicto al reo.

Muy pronto se va a celebrar un juicio humano en el que Jesús será condenado. Pero la causa pasará a la instancia suprema, en la cual actuará el Espíritu para restablecer la justicia, demostrando que el supuesto culpable es en realidad víctima inocente. La prueba es que Jesús va al Padre, y nadie que sea culpable puede acercarse a Dios. El Levítico lo refiere a la pureza legal (p.e., 22,3); Is 59,2 lo refiere al pecado: «son vuestras culpas las que se interponen entre vosotros y vuestro Dios»; Jr 30,21 afirma la iniciativa divina: «y yo lo acercaré hasta mí; ¿quién, si no, osaría acercarse a mí?». Pues bien, Jesús va a Dios, que es su Padre; su inocencia queda relacionada con la filiación.

El Espíritu demostrará que el mundo es culpable, porque está dominado por el odio y la mentira. El mundo congrega cuanto es hostil a la misión de Jesús; los tribunales judío y romano han sido como la punta de lanza de ese mundo hostil, que seguirá así hasta el final. Su culpa es no creer en la misión de Jesús, en que Jesús ha sido enviado por el Padre.

Finalmente, se pronuncia una sentencia que condena al «jefe del mundo», o sea, al poder que, dominando el mundo y actuando en él y por él, toma cuerpo

en el proyecto contrario al del Padre; así se presenta en los relatos de las «pruebas» (no tentaciones) de Jesús en el desierto. Un poder que, además, actúa a través de Pedro, cuando éste intenta disuadir a Jesús de que acepte la cruz (Mt 16,22-23). Pues bien, la cruz es juicio, Jesús crucificado es juez, y su muerte es la sentencia definitiva; la validez de la sentencia queda demostrada por la acción del Espíritu.

A primera vista, puede parecernos que la cruz es fracaso. La historia puede curar de muchos juicios falsos, quizá por ingenuos o supuestamente bondadosos. Lo decisivo es el testimonio del Espíritu, que hace comprender la justicia de la sentencia.

> «Me queda por deciros muchas cosas, pero no podéis con ellas ahora. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por su cuenta, sino que dirá lo que oye y os anunciará el futuro. Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo explicará. Todo lo que tiene el Padre es mío, por eso dije que recibirá de lo mío y os lo explicará» (Jn 16,12-15).

Iluminados por ese Espíritu, podemos repasar la historia de la Iglesia y nuestra propia historia personal: ¡cuántos proyectos habrá que someter al juicio del Espíritu...! Porque también la Iglesia está amenazada por el «príncipe de este mundo», que muchas veces son los principios y valores por los que este mundo se rige. Incluso miembros responsables de la Iglesia pueden, como un día las autoridades judías, ponerse al servicio del mundo. Y hasta querrían esconderse o disimular, para no someterse al juicio del Espíritu.

El cristiano que quiera vivir su fe en medio del mundo tiene que escuchar los «argumentos» del Espíritu y sentirse en algún modo condenado por aquello en que

«se ajusta a este mundo» (Rom 12,2), es decir, por actitudes, valoraciones y proyectos contrarios al modelo de Jesús. No menos cuando es fiel y sufre por ello: para tener la entereza del testigo necesita escuchar por dentro «los argumentos» del Espíritu.

Teóricamente es fácil decir que Jesús es inocente en su pasión y muerte. Pero hay momentos en que reconocerlo con todas sus consecuencias resulta difícil, humanamente heroico; y es preciso el testimonio vivo del Espíritu. Aunque parezca lo contrario, Jesús tenía y sigue teniendo razón. La prueba es que ha ido al Padre y desde allí nos envía el Espíritu, el cual, a lo largo de la historia, no deja de desempeñar en cada coyuntura su función en el juicio de la suprema instancia.

III
El Padre y el Hijo en la pasión

¿Cómo vive Jesús su filiación en el momento supremo de la pasión? ¿Cuál es la actitud del Padre? Nos adentramos en lo más hondo de la espiritualidad de Jesucristo: la vivencia de su filiación en el momento supremo de su vida, que es su muerte.

a) Empezamos por arriba, por la *iniciativa del Padre*, y para ello leemos un texto del diálogo de Jesús con Nicodemo:

> «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que quien cree no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de él» (Jn 3,16-17).

El misterio de la pasión, como el de la creación, arranca del amor de Dios, un amor que desea comunicar vida. En el último libro del Antiguo Testamento leemos la siguiente reflexión:

> «Amas a todos los seres
>   y no aborreces nada de lo que has hecho;
> si hubieras odiado alguna cosa,
>   no la habrías creado.

¿Y cómo subsistirían las cosas
si tú no lo hubieses querido?
¿Cómo conservarían su existencia
si tú no las hubieses llamado?
Pero a todos perdonas, porque son tuyos,
Señor, amigo de la vida» (Sab 11,24-26).

Amor - vida - perdón: en ese complejo coherente encaja la pasión de Jesús. Por sí solo, este dato la ilumina con un esplendor emocionante: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). ¿Qué decir del que da la vida de su Hijo por sus enemigos, para hacerlos amigos? Dios mismo dio testimonio a favor de Abrahán: «Ya he comprobado que respetas a Dios, porque no me has negado a tu hijo, tu único hijo» (Gn 22,12).

Y nosotros nos hacemos eco: «Hemos comprobado, Padre, que nos amas, porque no nos has negado a tu Hijo, tu Hijo único».

Dar vida: tal era la ingente obra de artesanía de Jesús que contemplábamos en el capítulo 5 de Juan. Una artesanía superior incluso a la del Dios artesano de Gn 2, que modela la arcilla y obtiene una estatua, a la que tiene que insuflar parte de su aliento vital para que se convierta en un ser vivo. Jesús tendrá que emitir su último aliento, tendrá que expirar, para comunicar su vida.

La última parte del Génesis, la historia de José, adquiere forma y sentido por el designio de Dios de conservar la vida:

> «Dios me envió por delante, para que podáis sobrevivir en este país, para conservar la vida a muchos supervivientes» (Gn 45,7).
>
> «Vosotros intentasteis hacerme mal, pero Dios intentaba convertirlo en bien, conservando así la vida a una multitud, como somos hoy» (Gn 50,20).

Dios se vale de todos sus recursos para salvar la vida de José y, con él, la de todos los hermanos. Pero, misteriosamente, no salva la vida de su Hijo para salvar la vida de muchos hermanos. Sin pretenderlo, así lo atestigua Caifás, profeta por ignorancia:

> «'No entendéis nada. ¿No veis que es mejor que muera uno solo por el pueblo y que no perezca la nación?' No lo dijo por cuenta propia, sino que, siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús moriría por la nación. Y no sólo por la nación, sino para congregar a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Jn 11, 49- 51).

En la carta a los Romanos nos aclara Pablo la actitud del Padre respecto a la pasión de su Hijo:

> «Teniendo esto en cuenta, ¿qué podemos decir? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará en contra? El que no reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a regalar todo lo demás con él?» (Rom 8,31-32).

El Padre no se reserva ni escatima nada El que da lo más, da lo menos. En comparación con su Hijo, ¿qué cuenta todo el resto? En el trasfondo se entrevé el sacrificio de Isaac, que, aunque no se consume de hecho, sí se cumple en la intención de Abrahán. El sacrificio de Jesús, en cambio, se consuma realmente.

Los dos textos citados nos imponen la perspectiva desde la que contemplar la pasión. Sentir compasión con Jesús que sufre, víctima inocente, es humano, es noble: «dolor con Cristo dolorido, quebranto con Cristo quebrantado...» Pero podría quedarse en mera compasión natural, satisfecha de sí, pagada con el sentimiento. Hay que seguir adelante y penetrar en profundidad, contemplando la iniciativa amorosa del Padre, que explica

la pasión del Hijo. ¿La explica o la hace más misteriosa? Y, al decir «más misteriosa», no queremos decir «más enigmática», sino «más sobrecogedora».

b) Damos otro paso y nos preguntamos cómo vive la pasión el Hijo; para ello acudimos al capítulo 10 de Juan, donde Jesús se presenta como el Buen Pastor que se preocupa de las ovejas; y, paradójicamente, porque no lo pide la parábola, da la vida por ellas:

> «Yo soy el buen pastor: conozco a mis ovejas, y ellas me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco al Padre; y doy la vida por ellas. Tengo otras ovejas que no pertenecen a este redil: a ésas tengo que guiarlas para que escuchen mi voz y se forme un solo rebaño con un solo pastor. Por eso me ama el Padre, porque doy la vida para recobrarla después. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y para recobrarla después. Éste es el encargo que he recibido del Padre... Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen; yo les doy vida eterna, y jamás perecerán ni las arrancará nadie de mi mano. Lo que me ha dado el Padre es más que todo, nadie puede arrancarlo de la mano del Padre. El Padre y yo somos uno» (Jn 10,14-18.27-30).

El pastor, por bueno que sea, sabe que su vida vale más que la de todas las ovejas juntas; pero la comparación rompe la equivalencia y pasa más allá. En ese más allá se vislumbra la actitud de Jesús en la Pasión.

La relación entre las ovejas y el buen pastor es derivación y reflejo de la relación que hay entre el Hijo y el Padre. También en esto vamos más allá del realismo de la parábola, porque las ovejas no pueden conocer al pastor, si no es de modo instintivo. El conocimiento mutuo de Cristo y sus ovejas es de otro orden, porque el Hijo se ha puesto al alcance. Hablaríamos de un

instinto —una especie de metáfora del Espíritu— en ellas; sólo que el instinto se eleva a conciencia. Solamente conociendo así al pastor, pueden sus ovejas llegar a conocer al amo. Se puede sustituir «pastor» y «amo» por «Hijo» y «Padre».

Sus ovejas no son exclusivamente el pueblo judío, objeto de una revelación y un trato prolongados, sino todos los hombres. Basta que sepan escuchar una llamada personal y reconocerse en ella, porque esa llamada, «silbo amoroso», despierta la conciencia y revela la identidad: «me despertaste del profundo sueño».

La pasión de Jesús es un acto voluntario (vv. 17-18), no una imposición; y por ello ama el Padre a Jesús. Porque ama al mundo, entrega el Padre a su Hijo; porque se entrega su Hijo, lo ama el Padre. Pero entrega la vida, no para caer en el abismo (*sheol*), sino para recobrarla. Para Jesús, más que pasión, el morir es acción: el acto más pleno de una vida plenamente poseída.

Parece una contradicción: por una parte se nos dice que da la vida voluntariamente; por otra, que lo hace por encargo del Padre. Para resolver la aparente contradicción, observemos el sentido de la obediencia. Como buen Hijo, Jesús ama al Padre y hace cuanto éste le encarga; la voluntariedad se opone a la imposición humana. Jesús no es una víctima impotente que sucumbe ante el poder humano; no, Jesús se entrega voluntariamente para cumplir el encargo del Padre: «no tendrías poder contra mí si no te lo hubiera dado el cielo» (Jn 19,11).

Es, pues, Jesús quien toma la iniciativa cuando llega su hora, como muestran varios textos; mientras no llega su hora, es inútil arrestarlo; y, aunque lo intentan, no lo consiguen:

«Estas palabras las pronunció junto al tesoro, enseñando en el templo. Y nadie lo detuvo, porque no había llegado su hora» (8,20).

«Cogieron piedras para apedrearlo, pero Jesús se escondió y salió del templo» (8,59).

«Intentaron arrestarlo, pero él se les escapó de las manos» (10,39).

El poder de los hombres contra él, el de su jefe oculto, es aparente:

«Os lo digo ahora, antes de que suceda, para que creáis cuando suceda. Ya no hablaré mucho con vosotros, porque está llegando el príncipe del mundo. No tiene poder sobre mí, pero el mundo ha de saber que amo al Padre y que hago lo que el Padre me encargó. ¡Arriba, vámonos de aquí!» (14,29-31).

*Está a punto de llegar el príncipe que establece los va*lores, define los métodos y mueve las acciones de este mundo; y su venida, curiosamente, va a coincidir con la entrega de Jesús para cumplir el encargo del Padre. Aunque parezca lo contrario, aunque imaginemos que los dos se ponen en movimiento simultáneamente, para encontrarse a mitad de camino, no es así. El mundo siempre está en camino; Jesús escoge el momento de decir: «¡Arriba, vámonos!».

Así pues, para contemplar la pasión desde una perspectiva adecuada, tenemos que mirarla desde arriba, desde el designio amoroso del Padre, y desde abajo, desde la ejecución voluntaria del Hijo.

c) Ahora bien, aunque el jefe de este mundo no tenga poder externo sobre él, algún poder sí tienen desde dentro los afectos y lazos humanos. La valentía y decisión de la entrega no puede ocultar la *lucha interna*, descrita

por los sinópticos en la oración de Getsemaní y que Juan resume en un par de versículos:

«Ahora mi espíritu está agitado, ¿y qué voy a decir: que mi Padre me libre de este trance? No, que para eso he llegado a este trance. Padre, da gloria a tu nombre» (Jn 12,27-28).

La entrega tropieza con la resistencia humana, con dignos y nobles sentimientos humanos que tienen poder sobre él. Jesús tiene que pelear para imponer sobre la resistencia humana la voluntad del Padre. La turbación insinúa dudas, sugiere evasiones; la conciencia de la misión las disipa. Sería absurdo, después de tan largo viaje, retirarse al llegar al final: «para eso he llegado a este trance».

Lucas ofrece una versión particular de la oración en el huerto. Comencemos con una lectura sin imágenes *preconcebidas de Lc 22,39-46:*

«Salió y se dirigió, según costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al lugar les dijo: 'Pedid no sucumbir en la prueba'. Se apartó de ellos como un tiro de piedra, se arrodilló y oraba: 'Padre, si quieres, aparta de mí esta copa. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya'. Se le apareció un ángel del cielo que le dio fuerzas. Y, entrando en combate, oraba más intensamente. Le corría el sudor como gotas de sangre cayendo al suelo. Se levantó de la oración, se acercó a sus discípulos y los halló dormidos de tristeza, y les dijo: 'Levantaos y pedid no sucumbir en la prueba'».

La aparición del ángel y el sudor son datos exclusivos de Lucas y faltan en algunos manuscritos importantes, aunque figuran en otros no menos importantes. Por otro lado, la aparición del ámgel figura después en algunas

ocasiones. Respetemos, pues, el texto como está y donde está.

La copa es una imagen clásica del Antiguo Testamento que tiene su versión clásica en Jr 25 y en el salmo 75. En Jeremías es la copa drogada que se administra al condenado a muerte antes de la ejecución: «Que beban y se tambaleen y enloquezcan ante la espada que arrojo en medio de ellos» (v. 16). Todos los paganos la han de beber. Cuando algunos «se niegan a tomar la copa para beber», el profeta les intima: «Si en la ciudad que lleva mi nombre comencé el castigo, ¿vais a quedar vosotros impunes?» (v. 29). El salmo, por su parte, dice:

> «El Señor tiene una copa en la mano,
> un vaso lleno de vino drogado:
> se lo hace beber hasta las heces
> a todos los malvados de la tierra» (v. 9).

Sólo que ahora no se trata de un malvado, sino del más inocente, del único inocente de la tierra. Jesús se ha hecho hombre para realizar el designio del Padre a su pesar; entendiendo por «pesar» el sufrimiento que el hombre suele rehuir instintivamente. Jesús no «se droga» mentalmente para anular el sufrimiento, sino que ofrece su cuerpo y su espíritu como campo de batalla para dos fuerzas enfrentadas: la voluntad de vivir de un ser humano y la voluntad de Dios: ¡que pase, que no pase!

Antes de entrar en combate (en griego, *agonía*), viene un enviado celeste a darle fuerzas. Como Jacob con el personaje misterioso (L. Alonso Schoekel, *¿Dónde está tu hermano?*, Valencia 1985, 206-211), Jesús lucha... consigo mismo, y en la pelea queda empapado de sudor. Con el sudor —no de su frente, sino de todo el cuerpo— está ganando vida el nuevo Adán para los hombres El designio del Padre ha triunfado. Lo que

sigue es doloroso y sereno. Cuando en la cruz sienta la angustia vital, invocará a Dios; cuando se dirija al Padre, ya no habrá lucha, sino entrega confiada.

La carta a los Hebreos, 5,8 comenta: «Aun siendo hijo, aprendió sufriendo lo que es obedecer».

La angustiosa llamada la recogen Mateo y Marcos como cita del salmo 22 (sugiriendo quizá su recitación entera): «¡Dios mío, Dios mío! ¿porqué me abandonaste?» (Mc 14,34). No modifica el tenor del salmo introduciendo la invocación «Padre». Si Dios puede abandonar a un hombre, ¿puede el Padre abandonar al Hijo? Por ahora, como un inocente del Antiguo Testamento, Jesús clama a gritos a «su Dios».

d) Lucas recoge también los otros momentos, cuando Jesús se dirige al Padre: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (23,34).

Si la cruz es juicio que condena al mundo y a su príncipe, también es intercesión eficaz por los arrepentidos. Jesús «conoce nuestra masa» (Sal 103) y nos disculpa ante el Padre. Como recitaba el salmo 22, grito de angustia, alude también al salmo 103, el salmo de la paternidad comprensiva de Dios:

> «Como un padre se enternece con sus hijos,
> así se enternece el Señor con sus fieles.
> Pues él conoce nuestra condición
> se acuerda de que somos barro» (vv. 13-14).

Lo que comenzó en la cruz se prolonga para siempre: «siempre vivo para interceder por nosotros» (Heb 7,25).

La segunda cita está tomada del salmo 31,6. El orante deja a Dios en depósito, no un objeto precioso, sino el «aliento», la existencia humana entera (L. Alonso Schoekel, *Salmos* I, 484). Jesús deja en depósito su vida en manos del Padre, a quien tocará cuidar

de esa vida hasta que el Hijo la recobre. Hasta el último momento, según Lucas, las palabras de Jesús son de entrega al Padre. Por eso, según Juan, podrá decir que «está acabado» (19,30); o sea, acabado y completado el proyecto y el encargo del Padre.

Cambiando el nombre de «Señor» por el de «Padre», respondamos en este momento con las palabras del Salmo 121:

«El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu vida.
El Señor guarda tus entradas y salidas
ahora y por siempre» (vv. 7-8).

Dos textos del Antiguo Testamento

(Que nos pueden servir para una repetición o repaso de la pasión). La palabra griega *pais* puede significar hijo o siervo, por lo que se presta a una bivalencia significativa. Puede traducir los términos hebreos *'ebed* (siervo) y *ben* (hijo) y figura en la versión griega de los llamados «Cantos del Siervo».

El primer texto procede del libro más reciente del AT, el libro de la *Sabiduría*, en cuyo capítulo 2 los malvados proclaman su programa de vida —«sea nuestra fuerza la norma del derecho»— y su reacción frente al «justo» o inocente que los estorba en sus planes:

«Acechemos al justo,
que nos resulta incómodo:
se opone a nuestras acciones,
nos echa en cara las faltas contra la ley,
nos reprende las faltas
contra la educación que nos dieron;
declara que conoce a Dios
y dice que es *hijo del Señor*.

Se ha vuelto acusador de nuestras convicciones,
sólo verlo da grima.
Lleva una vida distinta de los demás
y va por un camino aparte;
nos considera de mala ley
y se aparta de nuestras sendas como si contaminasen;
proclama dichoso el destino del justo
y se gloría de tener por *Padre a Dios*.
Vamos a ver si es verdad lo que dice,
comprobando cómo es su muerte:
si el justo ese es *hijo de Dios*, él lo auxiliará
y lo arrancará de las manos de sus enemigos.
Lo someteremos a tormentos despiadados
para apreciar su paciencia y comprobar su temple;
lo condenaremos a muerte ignominiosa,
pues dice que hay quien mira por él» (vv. 12-20).

En el capítulo 5 del mismo libro sucede el desenlace, el juicio, en el cual quedan convictos y condenados los malvados y es glorificado el justo:

«Aquel día el justo estará en pie sin temor
delante de los que lo afligieron
y despreciaron sus trabajos.
Al verlo se estremecerán de pavor,
atónitos ante la salvación imprevista:
dirán entre sí arrepentidos,
entre sollozos de angustia:
Éste es aquel de quien un día nos reíamos
con coplas injuriosas, nosotros insensatos;
su vida nos parecía una locura,
y su muerte una deshonra.
¿Cómo lo cuentan ahora entre *los hijos de Dios*
y comparte la herencia con los santos?» (vv.1-5).

El segundo texto es el cuarto canto del Siervo (Is 53), incorporado a la profecía del Segundo Isaías, el profeta del destierro, el predicador de la esperanza. Canta el

misterio de un fracaso fecundo: fracaso hasta el límite de una muerte ignominiosa y fecundidad más allá de ese límite. Si del aparente fracaso del inocente puede brotar salvación, no hay razón para desesperar. Toda la tradición ha aplicado este texto a Jesús, comenzando por la explicación del diácono Felipe al eunuco de la reina Candaces. Doy el texto en la versión (con algunas licencias poéticas) de José Luis Blanco Vega:

«¡Mirad mi siervo! El éxito le espera.
Crecerá en gloria, brillará su nombre.
Si quien lo mira no le ve siquiera
figura humana ni apariencia de hombre
(tanto el dolor su humanidad vulnera),
pueblos vendrán a quien mi siervo asombre.
Y ante él —prodigio que estupor provoca—
todos los reyes cerrarán la boca.

¿Quién nos creyó? ¿Y a quién se hizo patente
el brazo del Señor? Ante él crecía,
renuevo de Israel, brote reciente,
viva raíz en tierra de sequía.
Pero ¿dónde el hermoso, el atrayente?
Sin gracia humana, quien le vio le huía,
se tapaba la cara entre aspavientos
como ante un hombre experto en sufrimientos.

¡Qué varón de dolores! El llevaba
también nuestro dolor. Ved su figura,
tal un leproso, un hombre que se acaba
bajo el rayo de Dios. Pero él nos cura,
que si nuestro pecado es quien lo clava
y es muela la maldad que lo tritura,
dio nuestra culpa en él frutos felices
y son nuestra salud sus cicatrices.

Como ovejas dispersas por los llanos
vagábamos, cada uno en su sendero.
Y echole Dios los crímenes humanos

encima de sus lomos de cordero.
Oh sí, como cordero en nuestras manos
llevado sin balido al matadero
o, ante el esquilador, como una oveja
que se deja esquilar sin una queja.

No tuvo defensor ni tribunales
de justicia. ¿Quién meditó su suerte?
Le arrancaron del mundo, y por los males
del pueblo, herido va como de muerte.
Tumba le dieron con los criminales
—junto al del malhechor, su cuerpo inerte—;
mas no hay pecado en él ni quien lo mira
vio en su boca el color de la mentira.

Dios quiso triturarlo, hacer su vida
prenda de expiación, sangrante prenda.
Pero él verá su estirpe bendecida,
largos sus años, logro en cuanto emprenda
Dios por sus manos. Y de cada herida
le ha de brotar la luz, para que entienda
que el justo mereció con su tormento
todas las luces del conocimiento.

De crímenes de muchos se hizo reo
para justificarlos. Yo le he dado
toda una multitud como trofeo,
toda una muchedumbre por legado.
Porque arrostró morir, porque le veo
—siervo mío— hecho carne de pecado,
porque cargó sobre él nuestros errores
y ruega por nosotros pecadores».

IV
La gloria del Padre y del Hijo

La cruz tiene ya en los cuatro evangelios una misteriosa componente de gloria. Mateo describe el momento de la muerte con los motivos literarios de la teofanía, es decir, como manifestación del Dios poderoso: la oscuridad, la voz potente, el terremoto... Marcos también menciona la oscuridad y la voz potente, pero introduce además el punto de vista de un testigo presencial pagano: «Realmente este hombre era hijo de Dios» (15,39). Lucas, por su parte, estructura todo su relato en torno a una progresiva subida: a Jerusalén (9,51), al templo (19,45), a la cruz (23,33) y al cielo (24,51). Juan, finalmente, presenta a Jesús entronizado como rey (19,14).

En la cruz, Jesús juzga y reina. Empieza a ser rey del tiempo y del espacio. Una frase litúrgica sonaba así: «Regnavit a ligno Dominus». La iconografía oriental presenta con frecuencia al Cristo en majestad, en la cruz y coronado. Contra la declaración formal de Jesús frente a Pilato, ha habido intentos históricos de atribuir a Jesús un reino de este mundo, con todas sus consecuencias.

Ahora queremos contemplar la gloria que el Hijo resucitado recibe del Padre. San Ignacio dice en la tercera semana: «cómo la divinidad se esconde...»; y en

la cuarta semana precisa: «la divinidad, que parecía esconderse, se muestra». Lo dividiremos en tres momentos o aspectos: resurrección, ascensión y parusía.

Resurrección

No deja de ser curioso que la relación entre el Padre y el Hijo sea menos frecuente en los textos pascuales. Como si el contexto paradójico de la pasión reclamara más menciones explícitas al respecto. Es verdad que muchos textos enuncian la relación de Jesús con Dios, pero falta el aspecto explícito de la paternidad y la filiación.

Empezamos con dos textos de Pablo:

> «Por el bautismo nos sepultamos con él en la muerte, para vivir una vida nueva; lo mismo que Cristo resucitó de la muerte por la acción gloriosa del Padre» (Rom 6,4).

El griego emplea indistintamente dos verbos para referirse a la resurrección: *egeiro*, que significa propiamente despertar/se, y *anistemi / anistano*, que significa levantar/se. Si el texto de Romanos sigue conservando aún capacidad evocadora, deberemos imaginar a un durmiente (muerto), un amanecer esplendoroso (gloria) y un despertar por efecto de la luz matinal.

El Antiguo Testamento podría apoyar tal lectura imaginativa. La muerte como sueño, en Sal 13,4: «da luz a mis ojos, que no duerman el sueño de la muerte» (cf. Jr 51,39); la gloria como amanecer, en Sal 57,6.12: «Álzate sobre el cielo, oh Dios, y llene la tierra tu gloria». Por su parte, el Sal 36,10 dice lapidariamente: «tu luz nos hacer ver la luz»; ver la luz equivale a vivir. Finalmente, la metáfora del despertar y levantarse aparece en Is 26,19:

> «¡Vivirán tus muertos, tus cadáveres se alzarán. Despertarán jubilosos los que habitan en el polvo!»

Si Pablo no lo ha imaginado así, tampoco nos prohíbe hacerlo a nosotros. Lo importante por ahora es que la resurrección de Jesús es acción gloriosa del Padre, comunicación de vida gloriosa.

El segundo texto lo tenemos en el saludo de la carta a los Gálatas, donde Pablo emplea también el verbo *egeiro*, pero sin mencionar la gloria:

> «De Pablo, apóstol, no enviado por hombres ni nombrado por un hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre, que lo resucitó de la muerte» (Gal 1,1).

Leamos esta última fórmula superponiéndola a una fórmula clásica del AT:

> «YHWH, que sacó a su pueblo de Egipto, el Padre, que resucitó a su Hijo de la muerte».

Que Dios resucita (= levanta) a Jesús de la muerte, lo dice con frecuencia el NT sin mencionar el título «El Padre»: así aparece, empleando el verbo *anistano*, por ejemplo en Hch 2,24; 3,26; 13,33-34; 17,31; y empleando el verbo *egeiro*, en Hch 3,15; 4,10; 5,30; 10,40; 13,30.37; Rom 4,24; 8,11; 10,9; 1 Pe 1,21; etc. La filiación aparece explícitamente en 1 Tes 1,10: «esperando la venida desde el cielo de su Hijo, al que resucitó de la muerte, Jesús».

Otro término es la «gloria»: «es mi Padre quien me glorifica, el que vosotros llamáis Dios nuestro» (Jn 8,54).

En nuestra meditación, podemos insertar la pieza que falta para reconocer que el Dios que levanta o despierta a Jesús de la muerte es su Padre.

Por «línea carnal», Jesús es descendiente legítimo y heredero de David; a partir de la resurrección, y por la consagración del Espíritu Santo, recibe el ejercicio del poder real que compete al Hijo de Dios (Rom 1,3-4).

La gloria que recibe del Padre quiere Jesús *compartirla*. Durante la cena eucarística, según la versión de Lucas, surgió una disputa entre los discípulos «sobre quién de ellos se consideraba el más importante». Jesús corrige con su ejemplo ese modo humano de valorar y, tras contraponerlo al de su reino suyo, dice:

> «Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en las pruebas, y yo os encomiendo el reino como mi Padre me lo encomendó; para que comáis y bebáis y os sentéis en doce tronos para regir a las doce tribus de Israel» (Lc 22,28-29).

De esta promesa se hace eco el Apocalipsis en su primera parte. En la representación simbólica de las siete iglesias, el mensaje se dirige a la Iglesia entera:

> «Al que venza y cumpla mis instrucciones hasta el final le daré poder sobre las naciones: las apacentará con vara de hierro, las quebrará como cacharros de loza —es el poder que recibí de mi Padre—, y yo le daré la estrella matutina» (Ap 2,26-28).

El autor está poniendo en boca de Cristo el salmo 2, expresión del nuevo poder real, que él recibe del Padre y lo comparte con los que, como él, superen la prueba. Y poco después dirá:

> «Al vencedor lo haré sentarse en mi trono junto a mí, igual que yo vencí y me senté junto a mi Padre en su trono» (Ap 3,21).

Está aludiendo al salmo 110: el Padre entroniza a su Hijo y éste hace lo propio con aquellos seguidores suyos que venzan en la prueba.

Combinando la parte final del Apocalipsis con la parábola de Mt 22,1-14, descubrimos otro aspecto de esta glorificación: un rey, que es el Padre, celebra la boda de su Hijo, a la que todos son invitados. Es la boda del Cordero con la Iglesia:

> «Ya reina el Señor Dios nuestro todopoderoso. Hagámosle fiesta alegre dándole gloria, porque ha llegado la boda del Cordero, y la novia está preparada... Dichosos los convidados a la boda del Cordero» (Ap 20, 6-7.9).

Ascensión

Una serie de textos de Juan describen la resurrección-ascensión como «volver al Padre», «ir al Padre», «marcharse al Padre», «ir a reunirse con el Padre»... Dichos textos abundan en el discurso de la cena (tratándose de una despedida, es lógico que el personaje diga adónde va y por qué se marcha) y con frecuencia recurren a la imagen espacial de ir y volver, venir y marcharse. Para ilustrar el sentido teológico con un rasgo humano, evoquemos algún momento de nuestra vida en que hayamos abandonado un lugar para regresar a la casa paterna y reunirnos con nuestros padres.

> «Se enteraron los fariseos de los cuchicheos de la gente. Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos enviaron alguaciles a detenerlo. Pero Jesús les dijo: 'Poco tiempo estaré aún con vosotros, después volveré al que me envió. Me buscaréis y no me encontraréis, y adonde yo voy no podéis ir vosotros'» (Jn 7,32- 34).

El contexto es la fiesta de las Chozas; la ocasión inmediata, los rumores de la gente, que lo tiene por Me-

sías. Mesías es «el que había de venir», enviado por el Padre. Pues bien, el que había de venir ya ha venido, y le queda poco tiempo para actuar, porque tiene que volver al punto de partida, al Padre que lo envió. Las autoridades judías, a pesar de los milagros, rehúsan reconocerlo como Mesías: por eso no podrán acompañarlo en el gran viaje de vuelta. ¿Podrán otros?

El lavatorio de los pies es un acto solemne que, en el evangelio de Juan, ocupa el lugar del banquete eucarístico. El lavatorio es rito de incorporación a la persona y la obra de Jesús: Pedro no comprende su profundidad, aunque insiste en expresiones de afecto sincero al Maestro.

> «Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que llegaba la hora de pasar de este mundo al Padre, después de haber amado a los suyos del mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando el diablo ya había sugerido a Judas Iscariote que lo entregara, sabiendo que el Padre lo había puesto todo en sus manos, que había salido de Dios y volvía a Dios, Jesús se levanta de la mesa, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe. Después echa agua en una jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba ceñida» (Jn 13,1-4).

El evangelista subraya en tono solemne la conciencia que tiene Jesús de su misión: ha cubierto gran parte del itinerario y entra en la etapa final, dispuesto a cruzar la meta. Su misión ha sido revelar el amor como fuente de vida; ahora lo va a rubricar dando su vida por amor. Es el «extremo» del tiempo y de la intensidad. Después retornará al amor del Padre. Este texto, entre otros, aclara la identidad de «Dios» con el Padre.

Como se asociaba a sus discípulos en la realeza y la gloria, también se los asocia en el viaje de vuelta,

que para ellos será de ida. ¿Podrán los discípulos acompañarlo? ¿Cuándo podrán hacerlo?

> «No estéis agitados. Creed en Dios y creed en mí. En casa de mi Padre hay muchas estancias; si no, os lo habría dicho; pues voy a prepararos un puesto. Cuando vaya y os lo tenga preparado, volveré para llevaros conmigo, para que estéis donde yo estoy. Y sabéis el camino para ir adonde yo voy» (14,1-4).

Por propia iniciativa y con sus solas fuerzas, los discípulos no son capaces de emprender semejante viaje al más allá absoluto. Tiene que ir Jesús por delante, preparar la morada y volver a recogerlos.

La ida al Padre es un acto definitivo en el que también el amor llega al extremo: el extremo de compartir con los suyos la morada del Padre. Es más, podemos afirmar que sólo con relación a los discípulos hay una vuelta al Padre, ya que el Hijo está siempre con el Padre. La unión e intimidad no se rompe ni decrece en ningún momento. La vuelta al Padre es más acto de servicio por parte de Jesús que el hecho de lavarles los pies. Si un día Juan Bautista se adelantó para «prepararle el camino», ahora se adelanta él para prepararnos alojamiento. La casa del Padre parece no estar completa mientras falten los hijos. Pero tendrán que esperar a que vuelva a recogerlos.

> «Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; creedme al menos por mis obras. Os lo aseguro: quien cree en mí hará las obras que yo hago, e incluso otras mayores, porque yo voy al Padre; y lo que pidáis alegando mi nombre lo haré, para que por el Hijo se manifieste la gloria del Padre. Si pedís algo alegando mi nombre, yo lo haré» (11-14).

El Hijo comparte con sus discípulos poder y autoridad. Del mis o modo que aprendió él en el taller del Padre,

así también sus discípulos han aprendido a su lado y seguirán aprendiendo; ya pueden desarrollar las mismas tareas, la obra del Padre: dar vida al mundo. Estando con el Padre, Jesús actúa como intercesor; su poder y sus obras se van realizando en las obras de los discípulos. Así la relación con el Padre es comunicativa.

> «Oísteis que os dije que me voy y volveré a visitaros. Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, pues el Padre es más que yo» (14,28).

El Padre es el origen y el término de todo. La marcha de Jesús, en principio y en teoría, es motivo de gozo, aunque a las inmediatas se interponga la pena. Como cuando la hija se casa y sale para su nuevo hogar. Por ahora, y en cuanto a los discípulos, prevalece el dolor; a lo más, les cabe la satisfacción de proceder rectamente. Según 16,6-11, la marcha de Jesús prueba su inocencia, lo reivindica; también esto debería ser motivo de gozo.

Al final del discurso dirigido a los discípulos, inmediatamente antes de la llamada oración sacerdotal, Jesús traza en dos versos el círculo completo de su órbita salvadora:

> «Salí del Padre y he venido al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre» (16,28).

Todavía nos queda un texto narrativo de resurrección. No se dirige a los discípulos, sino a una discípula ejemplar; no es discurso, sino diálogo. El afecto se abre paso incontenible:

> «María estaba junto al sepulcro, fuera, llorando. Llorosa se inclina hacia el sepulcro y ve a dos ángeles vestidos de blanco, sentados: uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cadáver de Jesús. Le dicen: 'Mujer, ¿por qué lloras?' Responde: 'Porque

> se han llevado a mi señor, y no sé dónde lo han puesto'. Dicho esto, da media vuelta y ve a Jesús de pie; pero no reconoció que era Jesús. Le dice Jesús: 'Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?' Ella, tomándolo por el hortelano, le dice: 'Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo iré a recogerlo'. Le dice Jesús: '¡María!' Ella se vuelve y le dice (en hebreo): '¡Rabbuni!' (que significa maestro). Le dice Jesús: 'Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios'. Llega María Magdalena anunciando a los discípulos: 'He visto al Señor y me ha dicho esto'» (20,11-18).

Jesús inaugura la era escatológica o definitiva. Es el primer día de la nueva creación. Como al principio, se encuentran en un jardín un hombre y una mujer. A semejanza de la esposa del Cantar, que busca desesperadamente al esposo, María, finalmente, reconoce la «voz del esposo» pronunciando su nombre y se abraza a sus piernas para prolongar aquel momento prodigioso, auroral. No puede ser de otro modo: aunque Jesús ha inaugurado en su persona el final (*eskhaton*), los hombres tienen que esperar la Parusía, la última visita del rey del universo.

Parusía

La palabra procede del verbo griego *pareimi*, que significa «estar presente» o «presentarse», y se aplicaba a las visitas de Estado de un soberano a una ciudad o territorio. El NT la emplea como un término técnico para designar la futura y última venida de Jesús. Aparece en el discurso escatológico de Mateo (24,3.27), en las cartas de Pablo a los Corintios y Tesalonicenses y en otros escritos. Sin usar explícitamente dicho término, la idea del retorno último de Jesucristo está viva en las

comunidades primitivas. Para los cristianos debe ser un acontecimiento gozoso, porque significa la liberación definitiva: «Cuando comience a suceder todo eso, erguíos y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación» (Lc 21,28).

En algunos ambientes, la palabra fue suplantada por imágenes terroríficas del juicio final y del fin del mundo que especulaban con la fechas y la forma en que habría de producirse la venida. Las nuevas anáforas eucarísticas han recobrado oportunamente el tema:

> «Anunciamos tu muerte,
> proclamamos tu resurrección:
> ¡Ven, Señor Jesús!» (I).
>
> «...mientras esperamos su venida gloriosa» (III).

En su relato de la Ascensión, Lucas distingue perfectamente la venida futura: «Este Jesús que os ha sido arrebatado vendrá como lo habéis visto marchar al cielo» (Hch 1,11). En cambio, Juan concibe más bien una escatología realizada, una presencia constante del Señor glorificado en la comunidad. A nosotros nos interesa aquí la relación de la parusía con Dios Padre. La leemos en anuncios de la pasión, después de la confesión de Pedro:

> «Si uno se avergüenza de mí y de mis palabras, este Hombre se avergonzará de él cuando vuelva con su gloria, la de su Padre y de los santos ángeles» (Lc 9,26).
>
> «Quien quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. Quien se empeñe en salvar la vida la perderá; quien pierda la vida por mí la alcanzará. ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo a costa de la vida?; ¿qué precio pagará por su vida? El Hijo del Hombre ha de venir con la gloria de su Padre y acompañado de sus ángeles. Entonces pagará a cada uno según su conducta. Os lo aseguro: hay algunos de los que están aquí que no sufrirán la muerte antes de ver venir al Hijo del Hombre como rey» (Mt 16,24-28).

«Parusía» es venida y manifestación de Jesús con la gloria del Padre.

La llamada oración sacerdotal (Jn 17) se puede leer como resumen de la glorificación del Hijo por y con el Padre. En los versos 1-8 desarrolla el tema de la glorificación mutua. En 9-19 pide por los discípulos, para que el Padre se ocupe de ellos. En 20-26 pide por los discípulos futuros. Entresaco algunos versos más explícitos:

> «Da gloria a tu Hijo
> para que tu Hijo te dé gloria a ti» (v. 1).
>
> «Yo te he dado gloria en la tierra
> cumpliendo la tarea que me encomendaste» (v. 4).
>
> «Ahora tú, Padre, dame gloria junto a ti,
> la gloria que yo tenía junto a ti
> antes de que existiera el mundo» (v.5).
>
> «Todo lo tuyo es mío, y lo mío es tuyo:
> en ellos se revela mi gloria» (v. 10).
>
> «Yo les di la gloria que tú me diste,
> para que sean uno como lo somos nosotros» (v. 22).
>
> «Padre, quiero que los que me confiaste
> estén conmigo donde yo estoy,
> para que contemplen mi gloria» (v. 24).

¿Cómo concebir, cómo explicar lo que es la gloria? Digamos que es un modo de ser diverso, propio de la divinidad. Según la etimología, los hebreos imaginaron primero la gloria de Dios, *kabod*, como peso, volumen,

algo perteneciente a la masa: consistente, asentado, presente. Más tarde comenzaron a imaginar la gloria como luz o esplendor: total y sin figura, presente, evidente; algo perteneciente a la energía.

En el anticipo o gran ensayo de la glorificación que fue la transfiguración, Jesús apareció como ser luminoso, energía radiante, con la gloria que va a recibir en la resurrección, la que tenía antes de la creación.

Demos paso a la imaginación en nuestra contemplación, como nos enseñan los escritores del Antiguo y del Nuevo Testamento. Demos paso también a una teoría astrofísica. Al principio fue la energía, la cual se condensó y formó materia, masa; la masa ahora se transforma en energía. Según Gn 1,Dios creó primero la luz, y el día cuarto creó dos fuentes luminosas. Cuando llegó la hora cósmica y planetaria, envió a su hijo como luz del mundo, como revelador de la gloria del Padre. Cumpliendo esa tarea en el mundo «dio gloria al Padre», porque la manifestó medio encubierta. Cuando ascienda al cénit de su plenitud, la revelará con más fuerza. «Y tu luz nos hace ver la luz» (Sal 36,10). «Vimos su gloria, como la de un Hijo único», y la veremos cuando estemos donde él está.

Pueden también leerse y meditarse los dos primeros capítulos de la carta a los Hebreos.

V
Dios, Padre del cristiano

Ya hemos visto varias veces cómo la gloria de Jesucristo se comunica a los cristianos. Nos toca ahora contemplar nuestra relación filial con Dios nuestro Padre. En una mirada inicial, podemos distinguir lo que él nos da como Padre y lo que nosotros le debemos como hijos. En la exposición, ambos aspectos, al ser correlativos, se entrecruzarán.

El Padre comienza borrando con el perdón todas las culpas precedentes. Después nos re-genera, nos hace nacer a una nueva vida. Nos da alimento, enseñanza, educación, reprensión. Nos protege, nos escucha. Al final nos dará la herencia.

Nosotros le debemos ante todo el amor filial, del cual brota la confianza, que desecha el temor servil. Debemos obediencia a sus mandatos genéricos o específicos. Debemos imitarlo en cuanto está a nuestro alcance. Amor, confianza, obediencia e imitación pueden ser un programa de vida cristiana.

a) El primer texto lo tomamos de la carta de Pablo a los *Gálatas*. Es útil recordar la situación: a la comunidad cristiana de Galacia se han incorporado algunos elementos judaizantes que andan afirmando que es nece-

sario circuncidarse y observar la ley de Moisés para salvarse. Si así fuera, la salvación no sería para todos ni llegaría por la acción y pasión de Jesucristo, y el mensaje cristiano quedaría prácticamente anulado. Pablo no puede tolerar semejante falsificación y escribe una carta polémica y hasta violenta en ocasiones.

El texto que citamos es de una densidad extraordinaria y bastaría por sí solo para una contemplación y hasta para orientar la vida entera del cristiano:

> «Cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que rescatase a los súbditos de la ley y para que nosotros recibiéramos la condición de hijos. Y, como sois hijos, Dios infundió en vuestro corazón el Espíritu de su hijo que clama: ¡Abba Padre! De modo que no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres heredero, por disposición de Dios» (4,4-7).

Pablo ha propuesto antes una imagen de la cultura de entonces. En una familia de personas libres, el niño nace libre, pero tiene que pasar por un proceso de educación y maduración antes de poder disfrutar de todos sus derechos y decidir por sí libremente. Durante ese tiempo, el niño es encomendado a un preceptor o ayo. La ley mosaica ha cumplido la función de ayo para los judíos antes de la llegada del Mesías. Los paganos, por su parte, vivían sometidos a poderes cósmicos, esclavos de fuerzas anónimas o de divinidades falsas.

En el plazo establecido por Dios, llega el Mesías, que libera del ayo a los judíos encomendados a la ley y les confiere todos los derechos de hijos, a la vez que libera a los paganos de su esclavitud y los hace hijos de Dios.

Además de las múltiples situaciones que conlleva el trato constante, el niño posee una especie de instinto

para reconocer a sus padres. Pues bien, también el cristiano necesita ese instinto. Además de ser hijo, tiene que sentirlo, para lo cual recibe el Espíritu Santo: una especie de instinto que le hace consciente de su filiación y le sugiere la primera palabra cristiana: «Abba». ¡Con qué alegría escuchan los padres balbucir al hijo sus primeras palabras: «mama», «papa»...! El que es en cuanto que es hijo, porque como hijo empezó a ser, ahora toma conciencia de ese ser suyo y lo pronuncia para sí y para ellos. En esas dos palabras se concentra toda la trascendencia social del ser humano: ser con otros.

Ésa es la analogía que ofrece Pablo a nuestra contemplación: Empezamos a ser cristianos como hijos; recibir la filiación es recibir el ser. Ese hecho radical se ha de expresar en la palabra igualmente radical, «Abba», en la que se concentra nuestra trascendencia suprema.

Lo opuesto a la filiación es la esclavitud o la sujeción del menor de edad. Del ser hijos de Dios arranca lo más hondo de nuestra libertad. Hay muchos modos de esclavitud, y algunos son voluntarios. El hombre, además de inventarse divinidades e instituciones que acaban esclavizándolo, se somete a sus propios miedos, gustos, hábitos... «Quien comete pecado es esclavo» (Jn 8,34). Pues bien, contra todas las esclavitudes, es preciso que afirmemos nuestra filiación.

Una consecuencia de la filiación es el derecho a la herencia, que no requiere necesariamente la muerte del testador: el hijo pródigo pidió por anticipado la parte de la herencia que le correspondería en un futuro, mientras que el otro hermano decidió quedarse a vivir con el Padre, con quien lo compartía todo («todo lo mío es tuyo»: Lc 15,31). Nosotros no debemos pedir ni obtener nuestra parte de herencia por adelantado: no podríamos con ella en esta vida. Pero, más allá, nuestra herencia será estar siempre con el Padre. Tampoco habrá peleas

y envidias, como las de Jacob y Esaú, porque la herencia que nos espera no será posesión cuantitativa, sino relación plenaria: gozar del amor paternal de Dios. ¿Alguna vez en nuestra vida hemos sentido el calor firme de la mano paterna o materna en la nuestra, el abrazo estrecho como transfusión de cariño sin palabras? Si un día, en nuestra infancia o adolescencia, nos sedujo el regalo más que el afecto con que éste se nos ofrecía, los años nos habrán enseñado a enmendar nuestra escala de valores. Que no haya trampa en nuestra balanza; que el regalo pese en proporción al afecto del donante. En esa línea hemos de imaginar y pensar nuestra herencia de hijos de Dios.

b) Otro texto de Pablo nos servirá para las siguientes contemplaciones. La carta a los *Romanos* es probablemente la más madura y consistente de Pablo, y tal vez sea, después de los evangelios, el texto más influyente en la historia de la Iglesia.Dentro de la carta descuella el *capítulo 8* por su riqueza y elevación de pensamiento. El arranque está en el capítulo precedente: el hombre se siente desgarrado entre querer y no poder, entre amor impotente y odio abyecto. Al no encontrar salida, da un grito y siente que la respuesta es la gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro.

Antes de desmenuzar tan importante texto, señalaré algunos jalones de su desarrollo. Hacia el comienzo (v. 3) y hacia el final del capítulo (vv. 29 y 32), se menciona cómo Dios envía y entrega al Hijo (tema implícito en v. 11). Y hacia la mitad, en dos diferentes longitudes de onda, habla de nuestra filiación actual (vv. 14-17) y futura (vv. 21-23). Lo cual nos invita a tener presente el tema de la paternidad y la filiación a lo largo de todo el capítulo.

> «En conclusión, no hay condena para los que pertenecen al Mesías Jesús. Porque la ley del Espíritu vivificante, por medio del Mesías Jesús, me ha emancipado de la ley del pecado y la muerte. Lo que no podía la ley, por la debilidad de la condición carnal, lo ha hecho Dios enviando a su Hijo, asemejado a nuestra condición pecadora para entendérselas con el pecado; en su carne ha condenado al Pecado para que la justa exigencia de la ley la cumpliéramos los que no procedemos por instinto, sino por Espíritu» (vv. 1-4).

Es como una oposición de dos triángulos. El primero lo forman Ley-Pecado-Muerte: los tres en implicación recíproca, y los dos primeros como potencias casi personificadas. La ley tiene un contenido bueno; es decir, lo que manda ejecutar es bueno, y por ello promete un bien; pero quien no lo cumpla comete un delito y tiene pena de muerte. Ahora bien, la ley manda desde fuera, no ayuda desde dentro a la debilidad; más aún, incita haciendo apetecible lo prohibido; la ley hace que la transgresión moral sea formalmente delito, pecado, reato.

El triángulo opuesto lo forman el Espíritu, el cumplimiento y la vida. No es del todo simétrico, porque aquí la base es el Espíritu, persona y no personificación, el cual no manda desde fuera, sino que impulsa desde dentro. Así cumple el hombre el contenido bueno de la ley y recibe del mismo Espíritu la vida. Pero, como el Pecado era un hecho consumado y una potencia, Dios envía a otro «más fuerte» (Lc 11,21) para debelarlo: a su Hijo, el cual baja a nuestro terreno, a la condición débil del hombre, y con su fuerza condena al Pecado.

Resumiendo: Dios envía a su Hijo al terreno donde se juegan los destinos de los hombres, terreno dominado por la ley, el pecado y la muerte. Jesús pelea en ese terreno y vence al Pecado, y después nos infunde el

Espíritu que da la nueva y auténtica vida. Es el régimen de paternidad y filiación que hemos contemplado en la pasión.

> «En efecto, los que viven según el instinto se inspiran en el instinto; los que viven según el Espíritu se inspiran en el Espíritu. El instinto tiende a la muerte; el Espíritu tiende a la vida y la paz. Porque la tendencia del instinto es hostil a Dios, pues no se somete a la ley de Dios ni puede hacerlo; y los que siguen el instinto no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no seguís el instinto, sino al Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (vv. 5-9a).

Continúa y se adensa el protagonismo del Espíritu, ahora presentado en contraste con la dimensión instintiva del hombre. Como dinamismo interno, el instinto es un bien necesario al hombre; pero fatalmente se desmanda si no es controlado y contrarrestado por otro dinamismo más poderoso. El instinto, aunque sea de conservación, va empujando al hombre en su progresivo avance hacia el desenlace natural de la vida, que es la muerte. El instinto es ciego y tenaz, no se somete a principios externos: él es su propia ley. En su desarrollo consecuente, no puede agradar a Dios.

¿Consistirá la solución en someter el instinto a la razón? Por ese camino, al hacerse consciente podría entrar en el juego ético y religioso y aspirar al agrado de Dios. Pero no es ésa la solución que Pablo propone, porque descubre cómo el instinto está instalado también en el nivel racional del hombre. La única fuerza capaz de contrarrestarlo es el Espíritu.

> «Y si alguno no tiene el Espíritu del Mesías, no le pertenece. Pero, si el Mesías está en vosotros, aunque el cuerpo muera por el pecado, el espíritu vivirá por la justicia. Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús de la muerte habita en vosotros, el que resucitó a Jesucristo de la muerte dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el Espíritu suyo que habita en vosotros» (vv. 9-b- 11).

Primero identifica al Espíritu como Espíritu del Mesías, o sea, como el Espíritu que descendió sobre el Mesías en el bautismo, residió en él con plenitud y lo guió en su ministerio; el mismo Espíritu que envía Jesús glorificado (Jn 15-16). Y a continuación explica el predicado «vivificante» asignado al Espíritu.

Hay que partir de la descripción de Gn 2 y de la concepción corriente en el AT. Dios infunde en la estatua de arcilla un soplo o aliento de vida. Respirar es vivir, morir es expirar. También la vida superior, elevada por la consagración a la esfera divina, tiene como principio un aliento infundido por Dios: el Espíritu Santo, Espíritu del Mesías. Siendo él plenitud de vida, es un dinamismo que arrebata al hombre entero, por la *resurrección de Cristo, hacia la vida plena. El Padre*, que resucitó a su Hijo, nos resucitará a nosotros por medio de ese Espíritu suyo que alienta en nosotros.

> «Así pues, hermanos, no somos deudores del instinto para vivir según él. Pues, si vivís según el instinto, vais a morir; pero si con el Espíritu mortificáis las acciones del cuerpo, viviréis» (vv. 12-13).

Estos dos versos completan con un nuevo dato lo dicho antes sobre la oposición entre Espíritu e instinto, aunque la formulación constituye una paradoja: el «Espíritu vivificante» morti-fica, da muerte, hace morir esas acciones que hacen al hombre reo y le acarrean la muerte. En otras palabras, el Espíritu da muerte a cuanto nos hace morir. La paradoja revela el drama de la vida cristiana en la situación presente: las fuerzas mortales están vivas y activas, y el Espíritu ha de actuar contra ellas. Esto nos obliga a tener a la vez cautela y esperanza.

«Cuantos se dejan llevar del Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y no habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos hace clamar: '¡Abba, Padre!' El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y, si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios, coherederos con Cristo; si compartimos su pasión, compartiremos su gloria» (vv.14-17).

Es, algo más desarrollada, la misma enseñanza ya meditada de Gal 4. Pablo juega con la homonimia «Espíritu» (Santo)/«espíritu» (nuestro), en la que este último significa la conciencia y su actitud fundamental. Decíamos que el Espíritu en nosotros es como un instinto que nos sugiere la invocación primera y primaria: «¡Abba!». Y añadimos ahora que el Espíritu en nosotros es un testigo que habla a nuestra conciencia y nos asegura que somos hijos de Dios. Robustecidos con el impulso radical y el testimonio maduro, nuestra actitud no puede ser servil, de esclavos regidos por el temor, sino que ha de ser de confianza filial: «Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor» (Sal 27,14).

«Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no tienen proporción con la gloria que se ha de revelar en nosotros. La humanidad aguarda expectante a que se revelen los hijos de Dios. La humanidad fue sometida al fracaso, no de grado, sino por imposición de otro; pero con la esperanza de que esa humanidad se emanciparía de la esclavitud de la corrupción para obtener la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que hasta ahora la humanidad entera está gimiendo con dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu gemimos por dentro aguardando la condición filial, el rescate de nuestro cuerpo. Con esa esperanza nos han salvado» (vv. 18-24a).

El tema es la herencia antes mencionada, que está condicionada a la participación del cristiano en la pasión de Cristo y que afectará al hombre entero, más allá de la muerte. En este punto se insertaría el debate en torno a si *ktisis* debe traducirse como «humanidad» o como «creación». Por razones de coherencia, nosotros preferimos la traducción «humanidad».

Lo que se opone es la humanidad en general, sometida a la esclavitud de la corrupción, y los cristianos, que ya poseen las primicias del Espíritu. Pero resulta que incluso los cristianos, por su condición humana común a todos los hombres, están por ahora sometidos a la corrupción; la herencia de una vida definitiva es para ellos una esperanza segura, pero esperanza al fin y al cabo; el Espíritu que poseen es la garantía, a manera de arras, de dicha esperanza; por eso, debido a la dilación de la liberación definitiva y a los peligros que corren, los cristianos gimen por dentro, aunque lo hacen con esperanza. Como hijos que son de Dios, son libres y no pueden ser esclavos del enemigo último y supremo, la muerte, la corrupción. La condición de hijos de Dios es real, aunque sus últimas consecuencias estén por ahora en suspenso, diferidas.

Suena también la imagen del rescate. El esclavo que nació libre, cualquier israelita esclavizado, tiene que ser rescatado para recobrar su estado legítimo, y compete a alguno de la familia rescatarlo. De modo semejante, cualquier hijo de Dios, esclavo de la corrupción, tiene que ser rescatado *in extremis*, más allá de la muerte. (L. Alonso Schoekel, *Hermenéutica de la Palabra* III, Madrid 1987, 241-261).

En conclusión, la conciencia de ser hijos de Dios nos hace esperar y llorar: esperar lo que será; llorar porque todavía no es. La salvación comenzó cuando los esclavos hebreos se liberaron de la tiranía del faraón

egipcio; y concluirá cuando los hombres se liberen de la tiranía de la corrupción.

> «Una esperanza que ya se ve no es esperanza; pues si ya lo ve uno, ¿a qué esperarlo? Pero, si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia. De ese modo el Espíritu socorre nuestra debilidad» (vv. 24b-26a).

En conclusión, pueden subrayarse dos cosas con toda claridad: primera, que la esperanza es elemento constitutivo de la conciencia cristiana; segunda, que esa esperanza radica en nuestra condición filial. En cuanto hijos de Dios, esperamos.

> «De ese modo, el Espíritu socorre nuestra debilidad. Aunque no sabemos pedir como es debido, el Espíritu mismo intercede con nuestros gemidos inarticulados. Y el que sondea los corazones sabe lo que pretende el Espíritu cuando suplica por los consagrados de acuerdo con Dios» (vv. 26b-27).

En nuestra debilidad congénita, gemimos y hacemos súplica inarticulada de nuestros gemidos. Es algo semejante a lo que ocurre con el niño, que, al no saber expresarse de otro modo, llora para que la madre comprenda y remedie su necesidad. El Espíritu toma nuestros gemidos y les da expresión articulada, porque él sabe qué es lo que hay que pedir y cómo hay que hacerlo. Y Dios Padre, que conoce nuestra intimidad, comprende nuestra necesidad y atiende al Espíritu. Así oramos al Padre «en Espíritu y de verdad» (Jn 4,23).

> «Sabemos que todo concurre al bien de los que aman a Dios, de los llamados según su designio. A los que escogió de antemano los destinó a reproducir la imagen de su Hijo, de modo que fuera él el primogénito de muchos hermanos. A los que había destinado los llamó,

> a los que llamó los hizo justos, a los que hizo justos los glorificó» (vv. 28-30).

La filiación divina de los cristianos está vinculada a la fraternidad con Jesús. Él es el hombre que lleva y manifiesta la «imagen y semejanza» de Dios. Al parecernos a él, recobramos la imagen ideal de Dios y nos parecemos al Padre como buenos hijos. De este modo, el Unigénito empieza a ser el Primogénito, y la familia de Dios Padre crece y se multiplica. (L. Alonso Schoekel, *¿Dónde está tu hermano?*, Valencia 1985, 324).

Después de toda esta exposición, Pablo —hablando en plural, en nombre de todos los cristianos— prorrumpe en exclamaciones de júbilo y de triunfo:

> «Teniendo esto en cuenta, ¿qué podemos decir? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará en contra? El que no reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a regalar todo lo demás con él? ¿Quién será fiscal de los que Dios eligió? Si Dios absuelve, ¿quién condenará? ¿Acaso Jesucristo, el que murió y después resucitó y está a la diestra de Dios y suplica por nosotros?
>
> ¿Quién nos apartará del amor de Cristo: tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada? Como dice el texto: 'Por tu causa estamos a la muerte todo el día, nos tratan como a ovejas de matanza'. En todas esas circunstancias vencemos de sobra, gracias al que nos amó. Estoy persuadido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni potestades, ni presente ni futuro, ni poderes ni altura ni hondura, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (vv. 31-39).

Muchas cosas nos faltan: Dios Padre las añade como propina al don de su Hijo. Muchas cosas se resisten en nosotros a la plenitud de vida: Dios Padre absuelve en

suprema instancia, y Jesús no puede ser fiscal. Muchas cosas se oponen desde fuera de nosotros: no tienen fuerza frente al poder del amor.

El Padre y los hijos

Seguimos contemplando, valiéndonos de otros textos, cuanto hace el Padre por nosotros y la debida respuesta de los hijos. En esta correlación, que define la vida cristiana, a veces acentuamos el don, a veces la respuesta.

a) Empezamos por el *amor mutuo*, como se propone en el discurso de la cena:

> «Quien conserva y guarda mis mandamientos,
> ése sí que me ama.
> Y a quien me ama lo amará mi Padre,
> lo amaré yo y me manifestaré a él» (Jn 14,21).

> «El Padre mismo os ama,
> porque vosotros me habéis amado
> y habéis creído que vine de parte de Dios» (16,27).

Los discípulos, como fieles israelitas, recitaban a diario la oración «Escucha»: «Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas». (Dt 6,5). En la convivencia con Jesús, se habían encariñado con él. Era un amor de estima y amistad humana, en el cual latía inconsciente, misteriosamente, un amor más alto. Mejor que los discípulos lo comprendía Jesús, que correspondía con un amor perteneciente a un orden superior y plenamente consciente. A través de su amor a Jesús, sin barruntar hasta qué punto era Hijo de Dios, se ganaban el amor del Padre. Por el amor humano de amistad se hacían hermanos de Jesús; al hacerse hermanos se hacían hijos de Dios Padre; y al hacerse hijos

gozaban de su amor. Y no es que fuera de los discípulos la iniciativa, ya que su amistad era toda respuesta.

Su amor a Jesús ha sido afectivo, cordial; pero se ha traducido en cumplir sus mandatos o instrucciones. Si hubieran sido rebeldes o displicentes o independientes, no habría crecido ni subsistido la amistad. El cumplimiento expresa, refuerza y condiciona la amistad.

El cumplimiento procede de una fe que trasciende la dimensión puramente humana. La frase de Juan se puede leer en dos perspectivas. En vida de Jesús, los apóstoles lo consideran profeta, enviado de Dios, incluso profeta máximo, como el anunciado en Dt 18. Después de la resurrección, y cuando escribe Juan, la fe reconoce a Jesús como Hijo de Dios, enviado por el Padre. La fe precedente y la amistad humana quedan englobadas y sublimadas en la nueva actitud.

El Padre está satisfecho de que Jesús sea reconocido como Hijo y enviado suyo, y a cuantos lo reciben como tal los acoge en su amor paterno. Las últimas consecuencias de ese amor todavía no las vemos ni las poseemos. Las vemos por la fe, las poseemos por la esperanza, según nos enseña la primera carta de Juan:

> «Ved qué gran amor nos ha mostrado el Padre: que nos llamamos hijos de Dios, y lo somos... Queridos, ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Nos consta que, cuando aparezca, seremos semejantes a él y lo veremos como él es» (1 Jn 3,1-2).

b) Vamos a contemplar en la primera carta de Pedro el tema del *nuevo nacimiento* o *regeneración* (muchos comentaristas consideran auténtica esta carta, probablemente dictada a un secretario redactor que conocía mejor la lengua griega).

«Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que, según su gran misericordia y por la resurrección de Jesucristo de la muerte, os ha regenerado para una esperanza viva, una herencia incorruptible, incontaminable, inmarcesible, reservada para vosotros en el cielo» (1 Pe 1,3-4).

«...pues habéis sido regenerados, no de semilla corruptible, sino por la palabra incorruptible y permanente del Dios vivo» (v. 23).

El comienzo es clásico y equivale a una acción de gracias. Dios, término de naturaleza, lleva el nombre-título de «Padre de Jesucristo». En el AT, Dios revelaba un nombre personal con el que poder invocarlo (como nosotros llamamos a una persona por su nombre). La Biblia escribe ese nombre con cuatro letras (*tetragrammaton*), YHWH, y los investigadores conjeturan con cierta probabilidad que se pronunciaba Yahwé. En tiempos posteriores, los judíos evitaron pronunciar dicho nombre y lo sustituyeron por otros términos (cielo, lugar, nombre, etc). En el NT, en cambio, Dios se presenta e identifica con el nombre-título de «Padre de Jesucristo», y con el título de «Padre» quiere ser invocado por los cristianos.

La razón es que él, por generosa iniciativa, nos ha hecho re-nacer a una vida dominada por la esperanza. No basta con nacer, aunque sea de línea patriarcal («ni por ser descendientes de Abrahán son todos hijos»: Rom 9,7). Esa vida ha sido inaugurada por la resurrección de Jesús «para no morir más». Como él padeció en nuestra carne y venció el pecado, así transportó nuestra carne a la vida resucitada y gloriosa. La resurrección de Jesús es condición y mediación de la nuestra.

El objeto de nuestra esperanza es la herencia que nos toca como a hijos y que se nos conserva en el cielo. Herencia que no se corrompe como la materia orgánica,

ni se marchita como las plantas, ni se contamina por el contacto de la muerte.

Según la fisiología de la época, el hombre procede enteramente del semen viril, que la madre recibe para cultivarlo hasta la madurez del nacimiento. El semen es un germen vital que encierra también el principio de la corrupción: nacer vivo es nacer corruptible. No así la generación actuada por Dios, en la cual el semen es su palabra, que es germen de vida nueva sin principio de corrupción. Porque —en la versión de los Setenta de Is 40,8— «la palabra de Dios permanece para siempre».

A la luz del texto citado de Pedro es posible leer el diálogo con Nicodemo, en el que se explicita el tema de «Dios Padre», aunque sin formular expresamente dicho título. Juan concibe en este pasaje el agua como seno materno, fecundado por el Espíritu como semen viril (L. Alonso Schoekel, *Hermenéutica de la Palabra* III, Madrid 1987, 143-158). Ese Espíritu es donado por Jesús glorificado. Continuando la lectura del texto, enseguida tropezaremos con Jesús como Hijo unigénito enviado por el Padre.

c) El que ha engendrado se preocupa por *conservar y promover* la vida de sus hijos. Vamos a ver cómo lo hace nuestro Padre, en concreto, por medio de la eucaristía. Para ello tomamos algunos versos del capítulo 6 de Juan, ordenándolos en función de lo que pretendemos. En el amplio discurso que pronuncia después de multiplicar los panes y caminar sobre las aguas, Jesús combina los temas de la fe en la persona y de la eucaristía como alimento.

Nos fijamos primero en el Padre, que atrae y conduce a los hombres hacia su Hijo. Los que él atraiga acudirán a su Hijo; los que él no atraiga no acudirán. De este modo queda clara la iniciativa del Padre.

> «Los que el Padre me ha confiado acudirán a mí, y al que acuda a mí no lo echaré fuera» (v. 37).

> «Nadie puede acudir a mí si no lo arrastra el Padre que me envió... Quien escucha al Padre y aprende de él acudirá a mí» (vv. 44-45).

«Atraer» y «acudir» se pueden concretar en «la fe» y «la eucaristía». El Padre provee a sus hijos de un alimento de vida superior, celeste:

> «No fue Moisés quien os dio pan del cielo; es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo» (vv. 32-33).

> «Éste es el pan que baja del cielo para que quien coma de él no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo» (vv. 50-51).

Ya estamos viendo que ese pan —el pan de la persona de Jesús y la eucaristía— es alimento para la vida, para la vida superior, que ya ha sido plantada y crece hasta su última consecuencia, que es la resurrección definitiva. El pan eucarístico anticipa la vida perpetua, celeste, y es garantía de vida en plenitud por la resurrección.

De nuevo nos encontramos con la iniciativa del Padre, cuya voluntad es la vida, y con el Hijo, que viene a cumplir dicha voluntad:

> «...porque no bajé del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y ésta es la voluntad del que me envió: que no pierda a ninguno de los que me confió, sino que los resucite el último día. Porque ésta es la voluntad de mi Padre: que todo el que contempla al Hijo y cree en él, tenga vida eterna y yo lo resucitaré el último día» (vv. 38-40).

El tema de la vida completa y perpetua reaparece una y otra vez en el discurso: «Yo soy el pan de la vida... quien cree tiene vida eterna... no muera... vivirá siempre... para la vida del mundo...» De modo lapidario, en forma tanto negativa como positiva, promete Jesús cumplir la voluntad del Padre: el triunfo de la vida:

> «Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día» (v. 54).

d) *Cuidados paternos*. Al engendrar, acto fundacional, el padre se compromete con la criatura, a la que deberá consagrar cuidados y desvelos. A los cuidados paternos han de acompañar los maternos. Cuando Moisés protesta a Dios por la carga que le ha echado encima, recurre a una imagen que, por implicación, desvela la «maternidad» de Dios:

> «¿Por qué maltratas a tu siervo
> y no le concedes tu favor,
> sino que le haces cargar con todo este pueblo?
> ¿He concebido yo a todo este pueblo
> o lo he dado a luz, para que me digas:
> 'Toma en brazos a este pueblo,
> como una nodriza a la criatura,
> y llévalo a la tierra
> que prometí a sus padres'?» (Num 11,11-12).

Quizá uno de los cuidados que deba dispensar el Padre consista en poner servidores suyos celestes al servicio de los pequeños (en edad o en espíritu), como figura en Mt 18,10:

> «Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, pues os digo que sus ángeles en el cielo contemplan continuamente el rostro de mi Padre del cielo».

Veamos cómo describe el evangelio de Juan, mediante la imagen del viñador y la viña, los cuidados del Padre:

«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Los sarmientos que en mí no dan fruto los arranca, y los que dan fruto los poda para que den más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he dicho. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí solo, si no permanece en la vid, tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; quien permanece en mí, y yo en él, dará mucho fruto, pues sin mí no podéis hacer nada. Si uno no permanece en mí, lo tirarán afuera como el sarmiento, y se secará: los recogen, los echan al fuego y se queman. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros pediréis lo que queráis y os sucederá. Mi Padre será glorificado si dais fruto abundante y sois mis discípulos» (Jn 15,1-8).

El esquema es simple y se puede completar con múltiples materiales. El Padre es un labrador —como en el salmo 65— que planta una cepa celeste —su Hijo— en la tierra nuestra, de los mortales. En esa cepa injerta unos sarmientos, o deja que éstos broten de ella. Después la cultiva: arranca lo seco y poda lo inútil y nocivo. Toda su ilusión y su orgullo es que la vid esté lozana y produzca un fruto abundante y de calidad.

Jesús es la vid verdadera o auténtica, porque la antigua, la de Is 5, resultó falaz: dio agrazones, o uvas verdes. Solamente una vid trasplantada del cielo —no de Egipto (Sal 80,9)— garantizaba el fruto que el Labrador esperaba. Las demás no son vides autónomas de una viña, sino sarmientos de una cepa. Reciben la savia —el Espíritu— únicamente a través de la vid.

Pero tienen que demostrar su inserción y vitalidad dando el fruto esperado. Es la misma correlación, que ya hemos visto, de don y respuesta. Más abajo explica Juan que el fruto esperado es el amor fraterno hasta el sacrificio.

e) Entre los cuidados paternos ocupa un lugar central la *educación*, con todo lo que tiene de exigente y hasta de doloroso. Ya hemos visto esa actividad de Dios con su pueblo (Dt 8). El final de la carta a los Hebreos dedica un párrafo al tema, con una cita del libro de los Proverbios:

«¿Habéis olvidado la exhortación que os dirigen como a hijos: 'Hijo mío, no desdeñes el castigo del Señor ni te desanimes si te reprende; pues el Señor castiga a quien ama y azota a los hijos que reconoce'? Aguantad por vuestra educación, que Dios os trata como a hijos. ¿Hay algún hijo a quien su padre no castigue? Si no os castigan como a los demás, es que sois bastardos y no hijos. Más aún, si a nuestros padres corporales que nos castigaban los respetábamos, ¿no hemos de someternos más aún al Padre de los espíritus para tener vida? Aquéllos nos educaban por breve tiempo, como juzgaban conveniente; éste para nuestro bien, para que participemos de su santidad. Ninguna corrección resulta agradable cuando es aplicada, antes bien, duele; pero más tarde produce frutos de paz y de justicia a los adiestrados en ella» (Heb 12,5-11).

Lo más notable de este diáfano texto es que por la corrección llegamos a participar de la santidad de Dios. En Num 16,22, Moisés se dirige a Dios con el título de «Dios de los espíritus de todos los vivientes» para interceder por la comunidad frente a los rebeldes amotinados (cf. Zac 12,1; Ecl 12,7). Aquí, en lugar de «Dios», se dice «Padre». Que el castigo puede ser expresión de amor, lo dice expresamente el Apocalipsis (3,19): «A los que amo yo los reprendo y castigo», aunque sin mencionar la dimensión paternal.

f) El Padre también nos *escucha*, como lo indica Jesús en su despedida de la última cena y en otros pasajes:

«Lo que pidáis al Padre alegando mi nombre yo os lo concederé» (Jn 15,16).

«Os aseguro que lo que pidáis a mi Padre él os lo dará en mi nombre» (Jn 16,23).

«¿Quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra, o si le pide pescado, le dará una culebra? Pues si vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más dará vuestro Padre del cielo cosas buenas a los que se las pidan!» (Mt 7,9).

«Pues si vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre del cielo dará Espíritu Santo a quienes lo pidan» (Lc 10,13).

El Espíritu Santo es el don primario y la síntesis de todo lo bueno. La experiencia humana de la paternidad sirve para revelar la paternidad celeste de Dios.

Sobre la súplica personal nos instruye también el sermón del monte:

«Cuando vayas a rezar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre en secreto. Y tu Padre, que ve lo escondido, te lo pagará» (Mt 6,6).

g) El cristiano responde con su *confianza*. Recordemos la expresión enfática del Sal 27,10:

«Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me acogerá».

Incluso en la tribulación, y sobre todo en ella, hay que conservar la confianza. Ante el escándalo de la prosperidad de los malvados, un orante del AT sintió la tentación extrema de pasarse a su bando, y sólo le contuvo la conciencia de su estirpe:

«Si yo dijera que voy a declarar como ellos, renegaría de la estirpe de tus hijos» (Sal 73,15).

El Evangelio dedica al tema un pasaje en el que la espiritualidad filial de Jesús se delata indirectamente. Escuchemos el tono sugerente, la interpelación cordial. Abandonando el tono categórico, Jesús solicita, provoca el asentimiento emotivo de sus oyentes. Así lo hemos de escuchar nosotros. El texto forma parte del sermón del monte:

«Por eso os recomiendo que no andéis angustiados por la comida y la bebida para conservar la vida, o por el vestido para cubrir el cuerpo. ¿No vale más la vida que el sustento, el cuerpo más que el vestido? Fijaos en las aves del cielo: ni siembran ni cosechan ni almacenan en graneros, y, sin embargo, vuestro Padre del cielo las sustenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros puede, a fuerza de cavilar, prolongar un tanto la vida? ¿Por qué os angustiáis por el vestido? Observad cómo crecen los lirios silvestres, que no trabajan ni hilan, y os aseguro que ni Salomón, con todo su fasto, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy crece y mañana la echan al horno, Dios la viste así, ¿no os vestirá mejor a vosotros, desconfiados? En conclusión, no os angustiéis pensando qué comeremos, qué beberemos, con qué nos vestiremos. Todo eso lo buscan los paganos. Y vuestro Padre del cielo sabe que tenéis necesidad de todo ello. Buscad ante todo el reinado de Dios y su justicia, y lo demás os lo darán por añadidura» (Mt 6,25-33).

Aquí tenemos sugerida la espiritualidad de la infancia espiritual, que no es infantilismo, sino abandono confiado; que no pretende anular la actividad humana, sino asumirla y controlarla con toda paz; que no es impasividad estoica ni fatalismo, sino serenidad fundada en la relación filial.

Aves y lirios: es como si el afecto paternal ensanchase los brazos para abrazar el mundo animal y el vegetal; lo más libre del vuelo, lo más bello entre lo humilde.

h) La *obediencia*, como ya hemos visto, es virtud fundamental de la filiación. Puede leerse aquí la parábola de los dos hijos (Mt 21,28-31), que insiste en el cumplimiento.

En la enseñanza de Juan, nuestra obediencia al Padre pasa a través de los mandatos que nos transmite el Hijo. Algo parecido a la obediencia de los israelitas a Dios a través de la ley promulgada por Moisés. Dios le dice: «manda a los israelitas...» (Ex 27,20; Num 5,2; 28,2); «Moisés les comunicó las órdenes que el Señor le había dado en el monte Sinaí» (Ex 34,32). También el Deuteronomio habla repetidamente sobre la obediencia. Y el propio Jesús insiste en ella en el discurso de despedida y se ofrece a sí mismo como ejemplo de obediencia:

> «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14,15).
>
> «Quien conserva y guarda mis mandamientos, ése sí que me ama... Si alguien me ama, cumplirá mi palabra... Quien no me ama no cumple mis palabras; la palabra que me habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió» (Jn 14,21.23-24).
>
> «Si cumplís mis mandamientos, os mantendréis en mi amor, lo mismo que yo cumplo los mandamientos de mi Padre y me mantengo en su amor» (Jn 15,10).

La obediencia confiada no anda con reclamaciones ni alegaciones de ningún tipo. Como reprende Dios en el libro de Isaías:

> «¡Ay del que dice al padre: ¿Qué has engendrado?, o a la madre: ¿Qué has dado a luz?...! Y vosotros ¿vais a pedirme cuentas de mis hijos? ¿Me vais a dar instrucciones sobre la obra de mis manos?» (Is 45,10-11).

Sobre la obediencia sin protestas dice Flp 2,15:

> «Así seréis hijos de Dios sin falta en medio de una generación perversa y depravada, ante la cual brilláis como estrellas en el mundo».

i) Finalmente, la *imitación*, categóricamente enunciada en Ef 5,1: «Imitad a Dios como hijos queridos». El hijo debe esforzarse por parecerse al Padre. En el sermón del monte, Jesús formula el ideal más alto al que debe tender el cristiano, aun sabiendo que es inalcanzable. Mateo nos ofrece el texto clásico, tan claro y fácil de entender como difícil de practicar. Forma parte de la serie que corrige la ley antigua con autoridad superior:

> «Habéis oído que se dijo: 'Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo'. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos... Si amáis sólo a los que os aman, ¿qué premio merecéis? También lo hacen los recaudadores. Si amáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? También lo hacen los paganos. Sed, pues, perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto» (Mt 5,43.45-48).

Lucas desarrolla ampliamente el tema en 6,27-38, donde concluye del siguiente modo:

> «...así será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, que es generoso con injustos y malvados. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo» (Lc 6,35-36).

La primera carta de Pedro insiste en el tema, haciéndose eco de la enseñanza del Levítico:

«Como hijos obedientes, no os dejéis moldear por los deseos de antes, cuando vivíais en la ignorancia; antes bien, como el que os llamó es santo, sed también vosotros santos en todo vuestro proceder; pues así está escrito: Sed santos, como yo soy santo» (1 Pe 1,14-16).

También nuestra imitación de Dios Padre pasa por la imitación de su Hijo, el hermano mayor (cf. Rom, 8, 28-30). Dios quiere que el Unigénito sea Primogénito de muchos. Es la adopción a través de la fraternidad con Jesucristo, que exige «transformarse a su imagen». De donde deducimos el principio de la imitación, que es también un principio de los Ejercicios Espirituales: contemplar para seguir. Se nos invita a imitar al hermano mayor bajo la mirada del Padre.

El «Padre nuestro»

Vamos a tratar de glosar la oración dominical proyectando la invocación inicial, la paternidad de Dios, sobre todas las peticiones.

Padre nuestro, nos atrevemos a llamarte, porque tu Hijo nos lo ha revelado, porque tu Espíritu dentro de nosotros nos sugiere esa primera y suma palabra: «Abba». Como en el Antiguo Testamento querías ser invocado como «Yhwh», el que es, ahora quieres ser invocado con el nombre o título de «Padre». ¿Te gusta escuchar ese título de nuestros labios? ¿Te agrada el que los hombres te llamen «Padre»? Padre de familia numerosa, porque así lo has querido, que conoces y cuidas de cada uno. Llamarte «Padre», oh Dios, es mi orgullo y mi gozo.

Te llamo «Padre», no simplemente porque eres creador, como lo dice el salmo: «Antes de que naciesen las montañas o fuera engendrado el orbe de la tierra...»

Para ti yo no soy como un monte plantado sobre la superficie de la tierra, sino que nací de otro modo para ser hijo tuyo.

Te llamo «Padre», no como a mi padre terreno, que me dio esta vida mortal, mientras que tú, comunicándome tu aliento, tu Espíritu, me has dado una vida inmortal. Eres tan Padre como mi padre terreno, y más que él, por el cariño, los cuidados y la atención que me dispensas. ¡Cuántas veces ha temblado o se ha conmovido mi padre por mí...! Pero también tú te conmueves; también a ti te da un vuelco el corazón. Así al menos me lo dicen los profetas y así me lo sugiere tu Espíritu.

Padre «nuestro», y no sólo «mío». Las exclusiva y los monopolios no te dan ninguna gloria. «Creced y multiplicaos»: a tu Hijo le ha crecido un cuerpo y se ha multiplicado en muchos hermanos. Y todos, hermanados por él, decimos: «Padre nuestro». Mi padre terreno me dio su apellido para identificarme; tú también me das tu apellido, y ahora me llamo «hijo de Dios», nos llamamos «hijos de Dios».

También nos atrevemos a llamarte «madre nuestra». Algunos valores de la relación personal nos los aprendí de mi padre, sino de mi madre. Porque en la tierra padre y madre se complementan y completan, al dar la vida y al llevarla a la madurez. Tú, en cambio, estás por encima de la división y diferenciación, lo encierras todo en tu simplicidad. De ti procede toda paternidad y toda maternidad: «Abro yo la matriz, ¿y no haré que dé a luz?» (Is 66,9). Por eso te decimos: «Madre nuestra». Tú no te preguntas, como Jerusalén madre: «¿Quién me engendró a éstos?». Tu Hijo se hizo hombre «nacido de mujer» (Gal 4,4) y nos hace hijos tuyos, hijos de Dios. Al experimentar tu ternura y tu cariño,

nos atrevemos a decir: «Madre nuestra», y pensamos que también ese nombre nos lo sugiere tu Espíritu.

Santificado sea tu nombre. Tu nombre o título de Padre debe ser respetado. Porque eres santo, no quieres castigar (cf. Os 11). Porque eres santo, no podemos abusar de tu compasión. «Fiarnos de tu perdón para añadir culpas a culpas» (Eclo 5,5) sería invocar tu título en vano. Abusar de lo santo es sacrilegio: tu paternidad debe ser reconocida como santa. «Pues, si yo soy Padre, ¿dónde queda mi honor?» (Mal 1,6).

Isaías contempló en una visión al Señor entronizado y escuchó un canto celeste que decía: «¡Santo, santo, santo!»; el nombre que pronunciaban era «Yhwh Sebaot» (= el Señor de los ejércitos: Is 6). Quiero aprender mi canto celeste, poniendo en él tu nuevo nombre revelado: ¡Santo, santo, santo es el Padre de Jesucristo! Así haré eco en la tierra a la liturgia celeste (cf. Ap 4,8).

Pero quienes hacen de ti un Dios intimidatorio, ¿santifican acaso tu nombre de Padre? Quienes te conciben o describen como un Dios interesado, ¿santifican acaso tu nombre de Padre? Los que a conciencia silencian tu nombre para que no suene en el mundo ¿no lo profanan con su silencio?

Nos has dado tu nombre como apellido y nos has confiado el honor y la santidad de tu nombre. Un día, los israelitas dispersos «profanaron tu santo nombre» (Ez 36,20-23). Cuando invocamos tu título de Padre, ¿lo profanamos con nuestra conducta? Transfórmanos, Señor, por la acción de tu Espíritu, para que nuestra vida en el mundo proclame la santidad de tu paternidad. Recuerda que un día dijiste: «Yo mostraré la santidad de mi nombre ilustre, profanado por vosotros» (Ez 36,23). Que todos lo reconozcan, empezando por nosotros, y no sólo de palabra: «Confiesen tu nombre,

grande y terrible: Él es santo» (Sal 99,3). Mira que «a tu casa conviene la santidad» (Sal 93,5), y nosotros somos de tu casa.

Venga tu reinado. Nuestro Padre es rey, y todos nosotros somos príncipes herederos. Es verdad que uno solo es Hijo a título pleno. Él vino para proclamar el reinado del Padre, que es un reinado paterno. No es tiránico el reinado de un Padre. ¡Oh, si después de tantos reinados y gobiernos injustos o violentos, se instaurase el reinado de nuestro Padre...!

> «Tú eres justo,
> gobiernas el universo con justicia...
> y el ser dueño de todos
> te hace perdonarlos a todos...
> tú, dueño de tu fuerza,
> juzgas con moderación
> y nos gobiernas con mucha indulgencia»
> (Sab 12, 15.16-18).

Los judíos celebraban una liturgia en la que se entablaba un diálogo:

> «—¡Portones, alzad los dinteles!,
> que se alcen las antiguas compuertas:
> que va a entrar el Rey de la Gloria.
> —¿Quién es ese Rey de la Gloria?
> —El Señor de los ejércitos;
> él es el Rey de la Gloria» (Sal 24,9-10).

Yo quiero pronunciar tu nuevo nombre y reconocer con gozo que el Padre de Jesucristo es el Rey de la Gloria.

Tú, Rey Padre, celebraste la boda de tu Hijo, legítimo príncipe heredero. Él aceptó y realizó en su vida plenamente tu reinado; lo anunció, lo describió en sus parábolas y lo promovió. Como en el salmo 72, era un

reinado de justicia en defensa de pobres y desvalidos, de prosperidad duradera. Él no intentó implantarlo por la fuerza, con legiones de ángeles; ni quiso alzarse, como Absalón, con un reino humano. Proclamó que su reino no es de este mundo.

Tu Hijo nos ha encargado proclamar y difundir tu reinado en la historia de los hombres. En la oración te pedimos que venga; en la acción trabajaremos para hacer realidad su venida. ¿Cuándo podremos cantar al Padre «que ya llega a regir la tierra: regirá el orbe con justicia, a los pueblos con rectitud» (Sal 98)? ¿Tendremos que esperar al cumplimiento del Apocalipsis para cantar: «Ya reina el Señor Dios nuestro todopoderoso» (Ap 19,6)? Entonces seremos nosotros quienes iremos a tu reino, cuando escuchemos aquella última llamada: «Venid, benditos de mi Padre, a heredar el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25,34).

Por ahora, nosotros pedimos que vengas tú a reinar, Padre Rey; un día «llegará el fin, cuando el Hijo entregue el reino a Dios Padre» (1 Co 15,24). «Entonces, en el reino de su Padre, los justos brillarán como el sol» (Mt 13,43).

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Es justo que en la familia, en el hogar, se cumpla la voluntad del padre; especialmente, porque la voluntad del padre es el bien de los hijos. Pero ¿sabemos nosotros lo que es nuestro bien y nuestro mal?

Tu Hijo nos explicó con detalle cuál es tu voluntad y nos dio ejemplo de cómo cumplirla. Frente a proyectos o designios opuestos, se mantuvo firme; frente a métodos tortuosos, se mantuvo distante; frente a resistencias internas, se mantuvo entero: «no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). Al menos durante algún

tiempo, se cumplió enteramente tu voluntad «en la tierra como en el cielo».

No nos abandones, Señor, a los deseos y caprichos de nuestra voluntad. Que seamos voluntarios y no voluntariosos. Pero ten piedad, como Padre, de nuestra débil voluntad, de la que tiran tantos objetos en tantas direcciones. Que se cumpla en nuestro ser terreno tu voluntad celeste. Mira que nosotros no podemos:

> «Querer lo tengo al alcance; ejecutar el bien, no. No hago el bien que quiero, sino que practico el mal que no quiero... Y me encuentro con esta fatalidad: que, deseando hacer el bien, se me pone al alcance el mal» (Rom 7,18.21).

«El cielo pertenece al Señor [nuestro Padre]; la tierra ha sido dada a los hombres» (Sal 15,16). Por eso en el cielo se cumple tu voluntad: «Nuestro Dios está en los cielos e hizo cuanto quiso» (Sal 115,3). ¿Y qué hacemos los hombres en la tierra?: cumplir la voluntad de quienes se imponen por la fuerza, la voluntad de quienes seducen con su astucia; cumplimos además nuestra propia voluntad, que confundimos con nuestra conciencia. Lo hacemos todo, menos tu voluntad. Y así nos va...

Padre nuestro, que se haga tu voluntad. Que sepamos reconocerla, discernirla en caso de duda, escogerla entre dos bienes, cumplirla con entereza y constancia. Para lo cual necesitamos tu ayuda, porque de otro modo no lo conseguiremos. Infúndenos tu Espíritu como nuevo dinamismo de nuestra existencia, y así cumpliremos voluntariamente tu voluntad, porque «cuantos se dejan llevar del Espíritu de Dios son hijos de Dios» (Rom 8,14). Si tu Hijo nos enseña a pedirlo, es que tú, Padre, quieres concederlo. Pero también esto depende de tu voluntad. ¡Que se haga tu voluntad, Padre!

Danos hoy el pan de cada día (o el pan de mañana). Corresponde al padre ganar el sustento de sus hijos. Antes del pan, la madre nos dio su leche. El pan es humilde y cotidiano. Mi padre no me lo ganó de una vez para siempre, en un golpe de fortuna o de suerte. Ganar el pan era para él una forma de cariño que practicaba cada día. No concentró el afecto en una explosión momentánea, para después desentenderse de mí para siempre.

¿Y tú, Padre? Son millones los hombres que hoy carecen del pan de cada día, ¿y tú te desentiendes? Si tu Hijo, que rehusó hacer un milagro para sí, decidió hacerlo para saciar el hambre de una muchedumbre, ¿por qué no haces tú algo por esa ingente multitud de hijos tuyos? ¿Quién profana en realidad tu fama: nosotros, con nuestra supuesta impotencia, o tú, con tu aparente indiferencia? Da a tus hijos, Padre, el pan de cada día.

Tú nos respondes que los hermanos deben colaborar; que deseas valerte de nuestro esfuerzo y generosidad para proveer; que la fraternidad consecuente realiza y revela tu paternidad. Ya no está tu Hijo entre nosotros para hacer milagros; pero la caridad que él enseñó hace milagros. Envía a un José iluminado que abra los graneros de la tierra. Da luz a los científicos, audacia a los gobernantes, solidaridad a todos para procurar el pan de cada día a tus hijos dispersos por el mundo.

Danos también el pan del mañana. El del sábado —día de reposo— que los israelitas recogían por adelantado el viernes. El pan del reposo final, del mañana sin noche ni día siguiente, del mañana definitivo, en que compartiremos tu reposo y el de tu Hijo. Danos un anticipo de ese pan celeste en nuestra peregrinación. Que nuestra eucaristía sea banquete hogareño, presidido por el Padre. «Sean tus hijos como renuevos de olivo

alrededor de tu mesa» (Sal 128,3). Que tu Espíritu consagre y transforme nuestro pan. Que sea ése nuestro pan cotidiano, mientras «esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo», cuando nos llamará y conducirá a comerlo en la mesa del cielo: «¡Dichoso el que coma el pan en el reino de Dios!» (Lc 14,15).

Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. «Te da un vuelco el corazón, te enterneces, se te conmueven las entrañas» (cf. Os 11,8) y perdonas. Al fin y al cabo, somos hijos tuyos y conoces nuestra masa. Enséñanos, pues, a perdonar.

Tú enviaste a tu Hijo a perdonar las ofensas cometidas contra ti y contra él, y él pidió perdón por los ofensores. No es que no le importara; al contrario, le importaba mucho: sintió y mostró indignación frente a los despiadados, y compasión con los débiles arrepentidos. Nos predicó y enseñó con sus obras el noble y difícil arte de perdonar.

Mira, Padre, a tus hijos. ¿Qué ha sido de ellos cuando se han negado a perdonar? La venganza de Lamec multiplicada por siete, la espiral creciente de la violencia. ¿Qué será de los hombres si no aprenden a perdonar? Nos indigna la injusticia, y es justo que así sea; pero «la ira del hombre no realiza la justicia que Dios busca» (St 1,20). El rencor vengativo nos turba e inquieta, con lo cual salimos perdiendo. Nuestro perdón, en cambio, puede transformar al ofensor y hacer que salgamos ganando.

Un maestro del AT que te invocó como Padre decía:

> «Perdona la ofensa a tu prójimo, y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas. ¿Cómo puede un hombre guardar rencor a otro y pedir la salud al Señor? No tiene compasión de su semejante ¿y pide perdón por sus pecados?» (Eclo 28).

Si tenemos que perdonar al prójimo, también necesitamos que él nos perdone. Si el prójimo tiene que hacerse perdonar por nosotros, ¡de cuánto tienes tú que perdonarnos, Padre del cielo...! La proporción es semejante a la de los denarios y los talentos de la parábola (cf. Mt 18,23-35).

Pero ya sabemos lo que cuesta perdonar: por amor a la justicia y por amor propio. Tú, Padre, sabes de nuestras rencillas y envidias y odios de hermanos; tú sabes de Caín y Abel, y porque sabías de ellos inspiraste a Esaú que abrazase a su hermano Jacob (Gn 32) y enseñaste a José a perdonar a sus hermanos, como lo pedía su padre (Gn 50). Perdónanos, Padre nuestro, y danos tu Espíritu para que sepamos perdonar.

No nos dejes caer en la tentación (es decir, haz que no sucumbamos en la prueba). No te pedimos, Padre, que nos libres de la prueba, porque la prueba es connatural al hombre, y ni siquiera tu Hijo se vio libre de ella. Lo que solemos llamar «tentaciones» de Jesús fueron en realidad pruebas. El rival, Satán, presentó a tu Hijo un programa de acción eficaz en este mundo en que vivimos y que él pretendía gobernar. Tu Hijo superó, recurriendo a la Escritura, aquellas pruebas y las que aún habría de afrontar hasta la pasión.

Por boca de un maestro tuyo nos amonestas:

> «Hijo mío, cuando te acerques a servir al Señor, prepárate para la prueba; mantén el corazón firme, sé valiente, no te asustes cuando te sobrevenga la desgracia... porque el oro se acrisola en el fuego, y los elegidos en el horno de la pobreza» (Eclo 2,1-2.5).

Las pruebas son experiencias humanas: pueden sobrevenirnos o ser provocadas por nosotros. No te pedimos que nos dispenses de ellas, Señor; te pedimos que nos

ayudes. Sabemos que el superar las pruebas nos hace madurar. Pero es que a veces, Padre nuestro, nos sometes a la prueba del fuego. Calcula bien la fuerza de tus hijos cuando les envías la prueba. ¿O es que te agrada mirar desde fuera cómo nos comportamos? ¿Acaso duermes en la nave mientras remamos contra el viento? Mira que la prueba arrecia y la fatiga crece. No sigas tensando nuestros nervio, que pueden romperse.

Permanece, Señor, junto a nosotros. A tu Hijo, según cuenta Lucas, un ángel le «dio fuerzas» para el «combate» final: envíanos también a nosotros tu Espíritu para que nos conforte en la prueba. Recuerda la promesa que pronunció por encargo tuyo el profeta del destierro:

> «Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo, la corriente no te anegará; cuando pases por el fuego, no te quemarás, la llama no te abrasará» (Is 43,2).

Es verdad que el niño tiene que aguantar y superar las pruebas para alcanzar la estatura de adulto. Nosotros queremos alcanzar la estatura de tu Hijo (Ef 4,13), y para ello no podemos rehusar las pruebas. Las aceptamos, Padre; pero ayúdanos tú a no sucumbir a ellas.

Y líbranos del mal (o del Maligno). ¿Qué es el mal? ¿Por dónde entra el mal? Si todo lo que creaste era bueno, y el conjunto era muy bueno, ¿de dónde viene el mal? ¿Era el mal aquel «caos informe» que tu «aliento» ordenaba? ¿O era la serpiente que reptaba clandestinamente hasta el paraíso? Si era bueno el fruto, ¿por qué era malo comerlo? ¿Acaso el mal es simétrico del bien y cuelgan ambos del mismo árbol?

El mal es el no ser, la muerte, el odio. Pero, si algo no es, ¿cómo puede ser malo? Si el hombre mortal es bueno, ¿cómo es mala su muerte? ¿No es el odio un amor al revés, un amor mal dirigido? «Me encuentro

con esta fatalidad: que, deseando hacer el bien, se me pone al alcance el mal» (Rom 7,21).

Reflexiono acerca de tu presencia paternal, y me cuesta entender; y digo: «Líbranos del mal». Quizá el mucho pensar también sea un mal. El no ser, al margen del ser, delimita y define. El no ser y la muerte, en la conciencia del hombre, adquieren ser, amenazan y angustian. Para librarse de ellos, el hombre odia: el odio tiene ser y destruye el ser ajeno. El malo, el Maligno, es quien promueve el odio, la muerte, el no ser: «por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (Sab 2,24). Padre, líbranos del mal.

La comunicación con los demás ocasiona un acrecentamiento del propio ser; el cerrarse a los demás, en cambio, es tanto como renunciar a ser más y equivale a no ser. Creemos que algo es un bien, y en realidad es un mal. Padre, líbranos del mal. ¡Cuántas caras tiene el mal...: queden confundidas! ¡Cuántas máscaras se pone el mal...: sean develadas! ¡Cuántos recursos tiene el mal...: resulten fallidos!

Pero tú, Padre, que de la nada sacaste el ser, sabes extraer del mal el bien: «Vosotros intentabais hacerme mal; Dios intentaba convertirlo en bien» (Gn 50,20). Si la muerte y el odio son sendos males, ¿qué mayor mal que la muerte por odio de tu Hijo? Y, sin embargo, de aquel mal tú sacaste bien, porque fue el triunfo del amor. Danos, Padre tu amor y líbranos del mal.

Filiación y fraternidad

La carta a los Efesios predica la unidad de la Iglesia por la paz entre judíos y paganos, que por dos veces relaciona con Dios Padre. La primera, en el texto clásico de 2,11-22, del que citamos dos versos:

> «Ambos [judíos y paganos], con el mismo Espíritu y por medio de él [Jesucristo], tenemos acceso al Padre. De modo que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los consagrados y de la familia de Dios» (vv. 18-19).

El segundo texto proclama los fundamentos de la unidad:

> «Uno es el cuerpo, uno el Espíritu, como es una la esperanza a que habéis sido llamados; uno el Señor, una la fe, uno el bautismo, uno Dios, Padre de todos, que está sobre todos, entre todos, en todos» (Ef 4,4-6)

La paternidad de Dios eleva a un nivel superior —al nivel de «la familia de Dios»— la fraternidad humana. En comparación con ello, todas las diferencias son simples minucias.

La primera carta de Juan nos muestra cómo nuestra filiación desemboca en la hermandad. Él lo expone con un estilo particular que puede dificultar la lectura, la cual requiere algunas observaciones preliminares.

Ante todo, esta carta no tiene una composición lineal (no avanza gradualmente) ni circular (no acaba retornando al principio), sino que oscila, se aleja, reitera... Una manera de leerla consiste en dejarse llevar de su movimiento irregular; otra, en fijarse en algunos jalones orientadores que podemos enumerar: a) la fórmula «x es...» o «en esto consiste...»; b) la identificación o discernimiento: «así sabemos que..., en esto conocemos...»; c) la antítesis de extremos: luz/tinieblas, quien ama/quien odia...; d) el refrán o aforismo, con fórmulas diversas: enunciativa, condicional, exhortativa...

En cuanto al tema de la carta, es central la filiación del Hijo como revelador del Padre, de cuya paternidad se sigue la fraternidad. No se da la una sin la otra: si somos hijos de Dios, somos hermanos de (nuevo) na-

cimiento. De este modo se resuelve simplemente la antinomia entre lo vertical y lo horizontal. Sobre nuestra relación con los demás gravita el peso de la paternidad divina; en la fraternidad vivida nos elevamos con Jesucristo hasta el Padre. Amamos a Dios en el prójimo y al prójimo en Dios. Así de sencillo y de arduo; así de profundo y de sublime.

La carta empieza como un texto que evoca el prólogo del Evangelio:

> «Lo que existía desde el principio,
> lo que hemos oído,
> lo que hemos visto con nuestros ojos
> lo que hemos contemplado
> y lo que han palpado nuestras manos
> es nuestro tema: la Palabra de vida.
> La vida se manifestó: la vimos y damos testimonio
> y os anunciamos que estaba junto al Padre
> y se nos manifestó.
> Lo que vimos y oímos
> os lo anunciamos también a vosotros
> para que compartáis nuestra vida,
> como nosotros la compartimos
> con el Padre y con su Hijo Jesucristo.
> Os escribimos esto
> para que se colme vuestra alegría» (1 Jn 1,1-4).

Ha llegado el momento histórico en que esa Palabra viva, anterior a todo, se va a pronunciar, es decir, se va a hacer sensible —audible y visible y palpable— con todo realismo corpóreo, comprometiendo los sentidos del hombre y haciéndole saltar desde el trampolín de su experiencia sensorial a un descubrimiento trascendente. Vemos un perfil humano, tocamos un cuerpo humano y palpamos la Vida; sentimos el pulso divino de un corazón humano y escuchamos palabras divinas en las vibraciones del aire que

respiramos. Somos testigos con los cinco sentidos. Así es la en-carna-ción: carnosa, humana.

El hombre ya no habla de oídas. Ahora sí que puede decir como Job: «Te conocía de oídas; ahora te han visto mis ojos» (42,5). Como testigo presencial, pronuncia un testimonio que compromete al testigo y quiere comprometer a los oyentes. A través de los sentidos, el apóstol ha convivido con la persona; y al descubrir a esa persona como Hijo, ha convivido con su Padre. De esta convivencia quiere hacer partícipes a sus oyentes, porque todos son invitados. El Hijo ha venido para que nos sintamos a gusto, en casa, en la familia de Dios. Como si fuéramos de la familia, como si fuéramos hermanos. Ya podemos ser de la casa de Dios, de la casta de Dios.

Después de la invitación, el texto prosigue proponiendo las condiciones:

> «Éste es el mensaje que le oímos y os anunciamos: que Dios es luz sin mezcla de tinieblas. Si decimos que compartimos su vida mientras caminamos a oscuras, mentimos y no procedemos con sinceridad. Pero si caminamos en la luz, como él está en la luz, compartimos nuestra vida, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado. Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y no somos sinceros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de todo delito. Si decimos que no hemos pecado, lo dejamos por mentiroso y no conservamos su mensaje» (1 Jn 1,5-10).

Pertenecer a tan noble familia tiene sus exigencias: la primera es purificarse, limpiarse. ¿Cómo? Reconociendo y confesando nuestra mancha para poder ser limpiados. porque por cuenta propia no lo lograremos. La sangre de la víctima inmolada purificaba al pueblo el día de la expiación (Lv 16; Rom 3,25). «La sangre de

su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado» (1 Jn 1,7), lo cual significa que por la purificación se ha pagado un precio altísimo (1 Pe 1,19), por lo que debemos saber apreciarlo.

Caminar en la luz significa, ante todo, no andar con tapujos y disimulos, no engañarnos ni intentar engañarlo, proceder con transparencia y claridad. Nuestra falta de sinceridad equivaldría a acusarlo de embustero. Y, en segundo lugar, significa caminar por el sendero que él ilumina, en el que no tropezamos ni nos extraviamos.

Y tras la purificación viene el cumplir sus mandamientos:

> «Nos consta que lo conocemos si cumplimos sus mandamientos. Quien dice que lo conoce y no cumple sus preceptos miente y no es sincero. Pero quien cumple su palabra tiene realmente colmado el amor de Dios. Quien dice que permanece con él ha de proceder como él procedió. Queridos, no os escribo un precepto nuevo, sino el precepto antiguo que recibisteis al principio. El precepto antiguo es el mensaje que escuchasteis. Pero, en cierto modo, os escribo un precepto nuevo que se hace realidad en él y en vosotros, porque se alejan las tinieblas, y la luz verdadera ya alumbra. Quien dice que está en la luz mientras odia a su hermano sigue en tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Quien odia a su hermano está en tinieblas, camina en tinieblas y no sabe adónde va, porque la oscuridad le ciega los ojos» (1 Jn 2,3-11).

Conocer al Padre es también reconocerlo como tal y, por lo tanto, obedecerle. Quien quiera vivir como hijo de Dios debe imitar al Hijo, que cumplió la voluntad del Padre. No se trata ya de mandatos legales, externos, impersonales, sino de mandatos recibidos con amor, como en la vida de familia. No basta con cumplir ma-

terialmente preceptos objetivos; hay que sentir, además, que con los preceptos se nos invita a expresar el amor con que correspondemos al amor del Padre. Conocerlo es también tratarlo y mueve a amarlo.

El mandato del amor fraterno es antiguo, no sólo porque aparece formulado ya en la ley revelada, sino, además, porque de algún modo es connatural a la conciencia humana; lo que tiene de nuevo es el ejemplo de Jesús. El sal 19,9 dice que «la norma del Señor es límpida: da luz a los ojos». Esto mismo puede aplicarse al precepto del amor fraterno, que abre un espacio luminoso en nuestra vida. Odiar equivale a desentenderse. El odio es oscuridad, y el amor es luz, que resplandece y brilla en el ejemplo de Jesús: «En las tinieblas amanece para los rectos el Piadoso y Clemente y Justo» (Sal 112,4).

> «No améis el mundo ni lo que hay en él:
> quien ama al mundo no posee el amor del Padre.
> Cuanto hay en el mundo —la codicia sensual,
> la codicia de lo que se ve,
> el jactarse de la buena vida—
> no procede del Padre, sino del mundo.
> Y el mundo pasa, con sus codicias,
> pero quien cumple la voluntad de Dios
> permanece por siempre» (1 Jn 2,15-17).

En el lenguaje de Juan, «mundo» es cuanto se opone al designio de Dios: el sistema opuesto de valores, la codicia egoísta de poseer y disfrutar...: valores incompatibles con el amor fraterno, porque encierran al hombre en sí mismo.

> «Éste es el ayuno que yo quiero:
> partir tu pan con el hambriento,
> hospedar a los pobres sin techo,

vestir al que ves desnudo
y no cerrarte a tu propia carne» (Is 58,6-7).

Donde reina la codicia no reina el Padre (Mt 6,24). La codicia no tiene cabida en la administración doméstica del Padre y de su familia.

> «Habéis oído que ha de venir el Anticristo: pues bien, han venido muchos anticristos, y eso nos demuestra que es la última hora... Vosotros habéis recibido del Espíritu la unción, y todos sois expertos. No os escribo porque desconozcáis la verdad, sino porque la conocéis y porque nada falso se sigue de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino quien niega que Jesús es el Mesías? Ése es el Anticristo: quien niega al Padre y al Hijo. Quien niega al Hijo no acepta al Padre; quien confiesa al Hijo acepta al Padre. Vosotros conservad lo que oísteis al principio. Si conserváis lo que oísteis al principio, también vosotros permaneceréis con el Hijo y con el Padre» (1 Jn 2,18-24).

En el mundo actúa y prospera el Anticristo, que tiene muchos aspectos y muchos secuaces. «Anti-cristo» equivale a «Anti-Mesías». Esos anticristos niegan que Jesús sea el Mesías o proponen otros; niegan que Jesús sea el Hijo enviado, y con ello niegan al Padre; quieren engañar con sus mentiras. Pero el Espíritu, como aceite que empapa y penetra, infunde en nuestro interior ese sexto sentido de la verdad que coincide gozosamente con la enseñanza del apóstol. Reducida esa verdad a fórmula concisa, sonaría así: «Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios». He ahí el fundamento, lo que oímos al principio; fundamento para construir, tener consistencia y permanecer en la compañía del Hijo y del Padre hasta el retorno glorioso de Jesucristo:

> «Os he escrito esto acerca de los que os engañan. Vosotros conservad la unción que recibisteis de él y no

> tendréis necesidad de que nadie os enseñe, pues su unción, que es verdadera e infalible, os instruirá acerca de todo. Lo que ella os enseñe, conservadlo. Así pues, hijitos, permaneced con él, y así, cuando aparezca, tendremos confianza y no nos avergonzaremos de él cuando vuelva» (1 Jn 2,26-28).

El párrafo que sigue expone lo que es ser hijo de Dios, sus exigencias y consecuencias:

> «Ved qué grande amor nos ha mostrado el Padre: que nos llamamos hijos de Dios, ¡y lo somos! Por eso el mundo no nos reconoce, porque no lo reconoce a él. Queridos, ya somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Nos consta que, cuando aparezca, seremos semejantes a él y lo veremos tal como es... Nadie que sea hijo de Dios comete pecado, pues conserva su semilla y no puede pecar, porque ha sido engendrado por Dios. En esto se distingue quién es hijo de Dios y quién lo es del diablo: quien no practica la justicia ni ama a su hermano no procede de Dios» (1 Jn 3,1-2.9-10).

A los que creen «los hace capaces de ser hijos de Dios» (Jn 1,12). En adelante, somos de la familia. Como los israelitas se apellidaban «hijos de Israel», porque descendían del patriarca, así también nosotros nos apellidamos hijos de Dios, porque Dios Padre nos ha engendrado. Si esa semilla domina en nosotros, no pecaremos; porque el Hijo, que nos comunica la filiación, vino «para quitar los pecados... y destruir las obras del diablo» (1 Jn 3,5.8).

Con todo, el cristiano no siempre es fiel a su condición filial. Es verdad que ya somos hijos, pero aún seguimos siendo niños, no adultos; no hemos alcanzado aún esa plenitud en la que ya no se dará la amenaza de la decadencia y la decrepitud. En la actual situación,

como un día Moisés, no podemos ver a Dios tal como es. Sigamos creciendo, empujados por el dinamismo de la vida divina en nosotros, confiando en que un día alcanzaremos la plenitud y podremos ver a Dios en su auténtico ser. Somos hijos de Dios por la fe, y lo vivimos con esperanza.

Para alcanzar amor

En el capítulo siguiente, Juan se explaya sobre su tema preferido: el amor como sistema de relaciones. Podríamos tomarlo como pauta para una «contemplación para alcanzar amor»:

> «Queridos, amémonos unos a otros,
> pues el amor viene de Dios.
> Todo el que ama es hijo de Dios y conoce a Dios.
> Quien no ama no ha conocido a Dios,
> ya que DIOS ES AMOR.
> Dios ha demostrado el amor que nos tiene
> enviando al mundo a su Hijo único,
> para que vivamos por él.
> En esto consiste el amor:
> no en que nosotros hayamos amado a Dios,
> sino en que él nos amó y envió a su Hijo
> para expiar nuestros pecados.
> Queridos, si Dios nos ha amado tanto.
> también nosotros debemos amarnos unos a otros.
> A Dios nunca lo ha visto nadie:
> si nos amamos unos a otros,
> Dios permanece en nosotros
> y su amor está en nosotros consumado.
> En esto reconocemos
> que él está con nosotros y nosotros con él:
> en que nos ha hecho participar de su Espíritu.
> Nosotros lo hemos contemplado y atestiguamos
> que el Padre envió a su Hijo

> como Salvador del mundo.
> Si uno confiesa que Jesús es Hijo de Dios,
> Dios permanece con él, y él con Dios.
> Nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor
> que Dios nos tuvo: DIOS ES AMOR.
> Quien conserva el amor permanece con Dios,
> y Dios con él.
> El amor llegará en nosotros a su perfección
> si somos en el mundo lo que él fue
> y esperamos confiados el día del juicio.
> En el amor no cabe el temor,
> antes bien,el amor desaloja el temor.
> Pues el temor se refiere al castigo,
> y quien teme no ha alcanzado un amor perfecto.
> Nosotros amamos porque él nos amó antes.
> Si uno dice que ama a Dios
> mientras odia a su hermano, miente;
> pues,si no ama al hermano suyo a quien ve,
> no puede amar al Dios a quien no ve.
> Y el mandato que nos dio es que
> quien ama a Dios ame también a su hermano»
> (1 Jn 4,7-21).

De todos los predicados que podemos aplicar a la sentencia «Dios es...», unos son analogías metafísicas, otros analogías poéticas; pero todos ellos son antropomorfismos más o menos depurados. Ahora bien, entre todos los predicados posibles, el que más se acerca a la realidad, el que más penetra en el misterio, es el escogido por Juan: «Dios es amor». Dirán los filósofos que Dios es *ens a se*, o que es el «motor inmóvil»... Juan, que es más escueto, da en el centro mismo de la diana: Dios es amor. Decían los paganos que el amor (Eros, Cupido...) era un dios o un diosecillo, y pensaban en el amor carnal. Juan invierte los términos y los sublima: Dios es amor.

Dios manifiesta su amor, da pruebas de él. Dice Ignacio que «el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante» (EE.EE. 231). Pues bien, de lo que Dios tiene y puede nos ha dado a su Hijo para comunicarnos su vida. Porque el amor es fecundo y comunica vida. El Hijo ha revelado el amor del Padre con su sacrificio, «para expiar nuestros pecados».

«De lo que tiene o puede»: el Padre nos hace partícipes de su Espíritu, que es Espíritu de amor, el cual, infundido en nosotros, nos capacita para amar y nos ilumina la conciencia para reconocer la presencia del Padre con nosotros. San Ignacio nos enseña a pedir «conocimiento interno... para que más le ame» (EE.EE. 233); Juan añade que hay que amar para conocer. Hay que «conservar el amor»; pero el amor sólo se conserva si crece, porque posee una entropía al revés: al moverse de uno a otro, va redoblando su intensidad.

Porque al amor de Dios por nosotros debe responder nuestro amor... a Dios y a los demás hombres. Nuestro amor a Dios no es inciativa, sino respuesta; «nosotros amamos porque él nos amó antes». Podemos atrevernos a amar a Dios sin temor. El temor suele referirse a un mal próximo, en concreto a un castigo. Ahora bien, su Hijo ha vencido al pecado y ha anulado el castigo; y no hay motivo para temer, Si el amor es cabal, total, ocupa todo el interior y no deja espacio al temor. Eso es «amar con todo el corazón»: un ideal al que nos va empujando el Espíritu.

¿Puede haber un amor perfecto si lo propio del amor es crecer? Hubo un amor perfecto, cabal: el de Jesús a su Padre y, por él, a los hombres. En nosotros el amor será perfecto relativamente, en cuanto cabe, en cuanto

nos cabe. Imitando a Jesús, nos irá cabiendo cada vez más. Y en ese dinamismo estará la perfección de nuestro amor.

Viene luego el amor a los hermanos: como consecuencia del amor de Dios y a Dios, como imitación del ejemplo de Jesús, como manifestación y prueba de amor auténtico a Dios. Ser hijos de Dios es ser hermanos. Sólo nos queda ser constantes y progresar, pues quien conserva el amor permanece con Dios, y Dios con él.

Vamos a terminar estos Ejercicios con una oración tomada de la carta a los Efesios:

«Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo,
Padre de la gloria,
os conceda un Espíritu de sabiduría y revelación
que os lo haga conocer
y os ilumine los ojos de la mente para apreciar
la esperanza a la que os llama,
la espléndida riqueza de la herencia
que promete a los consagrados
y la grandeza extraordinaria de su poder
en favor de nosotros, los creyentes,
según la eficacia de su fuerza poderosa»
(Ef 1,17- 19).

«Por eso doblo las rodillas ante el Padre,
de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra,
para que os conceda por la riqueza de su gloria
fortaleceros internamente con el Espíritu;
que por la fe resida Cristo en vuestro corazón,
que estéis arraigados y cimentados en el amor,
de modo que logréis comprender,
junto con todos los consagrados,
la anchura y longitud y altura y profundidad,
y conocer el amor de Cristo,
que supera todo conocimiento.

Así os llenaréis del todo de la plenitud de Dios.
El que, actuando eficazmente en nosotros,
puede realizar muchísimo más de lo que pedimos o pensamos,
reciba de la Iglesia y de Cristo Jesús
la gloria en todas las generaciones
por los siglos de los siglos. Amén»
(Ef 3,14-21).